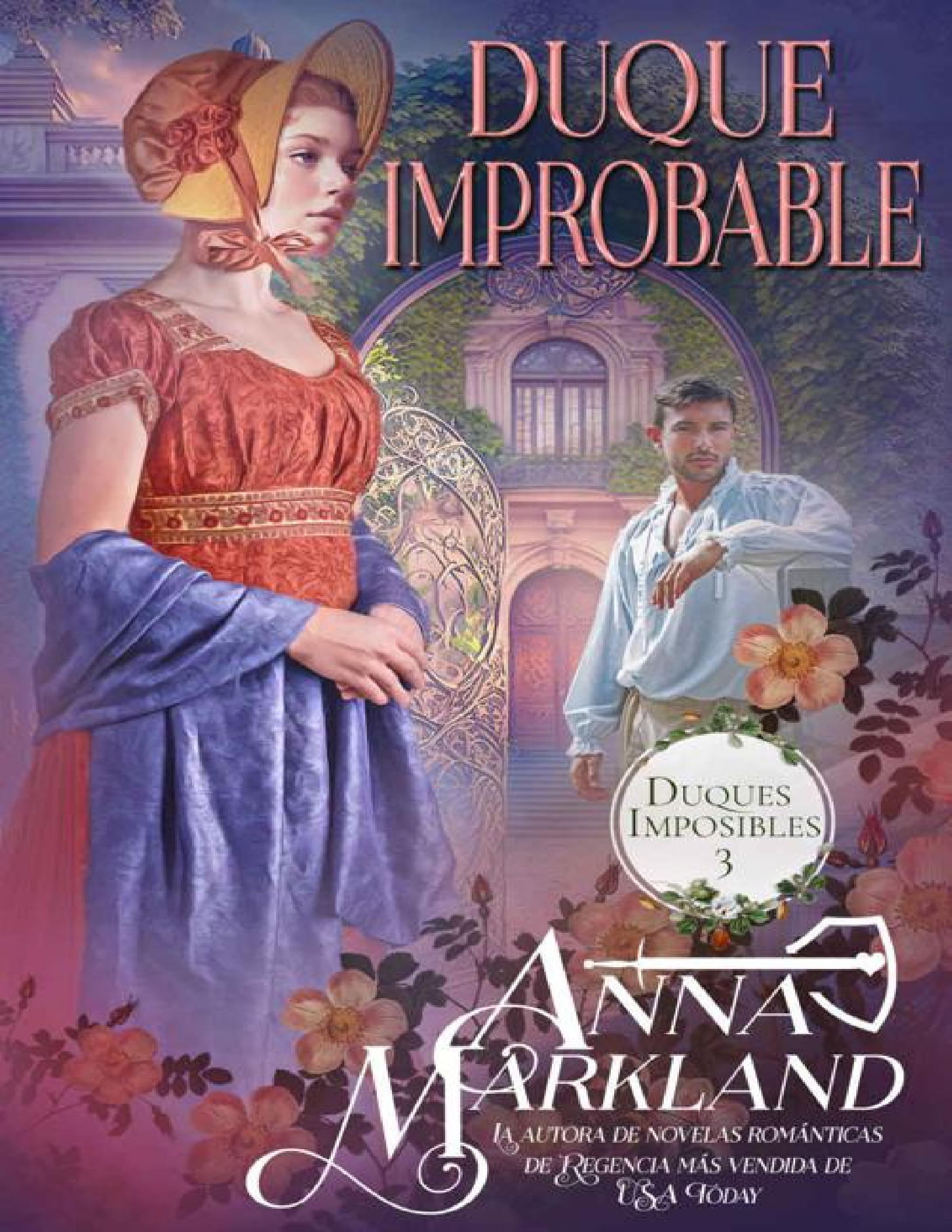




DUQUE IMPROBABLE

DUQUES
IMPOSIBLES
3

ANNA
MARKLAND

LA AUTORA DE NOVELAS ROMÁNTICAS
DE REGENCIA MÁS VENDIDA DE
USA TODAY

DUQUE IMPROBABLE

ANNA MARKLAND

Duques Imposibles LIBRO 3

Contenido

[DUQUE IMPROBABLE](#)

[Dedicación](#)

[Derechos de autor](#)

[La pandilla](#)

[¿Sirvienta o parte de la familia?](#)

[De vuelta a casa](#)

[Aguas turbias](#)

[Expresión Glacial](#)

[Bordes ásperos](#)

[Divide y conquistarás](#)

[Empantanado](#)

[Indescifrable](#)

[¿Aceptará?](#)

[Ivanhoe](#)

[Bienvenido a Cavendish](#)

[Mente inquisitiva](#)

[Planes a largo plazo](#)

[El triunvirato](#)

[Sobresalir](#)

[Progreso](#)

[Visitantes](#)

[Partida](#)

[Esto y aquello](#)

[Coronación](#)

[Volcán](#)

[Novedad](#)

[Erupción](#)

[Travesura](#)

[Pastel de pichón](#)

[Matón](#)

[Ratas ahogadas](#)

[Chantaje aristocrático](#)

[Reunión](#)

[Hombrecitos duros](#)

[Un defecto en el plan](#)

[La trampa](#)

[Galletas y limonada](#)

[Convaleciente](#)

[De vuelta a casa](#)

[A la luz](#)

[Preparándose para el gran día](#)

[La boda](#)

[Ropa de cama](#)

[El pabellón de caza](#)

[Epílogo](#)

[La historia de Anna](#)

Dedicación

—Los modales hacen al hombre.—
~Guille

Derechos de autor

Duque improbable de Anna Markland

Libro tres, Duques Imposibles

© 2023 Anna Markland

Portada de Dar Albert

Reservados todos los derechos. Este libro tiene licencia para su disfrute personal únicamente. No podrá revenderse ni regalarse a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, compre una copia adicional para cada destinatario. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor. Este libro o partes del mismo no pueden reproducirse de ninguna forma, almacenarse en ningún sistema de recuperación ni transmitirse de ninguna forma por ningún medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro tipo) sin el permiso previo por escrito del editor, excepto lo dispuesto por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos de América.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, empresas, eventos o lugares es totalmente coincidencia.

La pandilla

Derby, Inglaterra, 1821

Warrick Farrell miró fijamente el cuerpo sin vida de su padre.

—Quería seguir odiándote —dijo con voz áspera, tragándose el nudo en su garganta seca—. Toda mi vida juré hacerte pagar por abandonarnos a mi madre y a mí, tu hijo bastardo. Pero después me rescataste de la pobreza y descubrí que eras un buen tipo.

Las paredes revestidas de roble de la habitación principal de Cavendish Manor no ofrecieron respuesta. El médico se había marchado apresuradamente poco después de certificar que James Hastings, tercer duque de Beaufort, había muerto de apoplejía. No había nadie para ver las lágrimas inesperadas de Warrick, así que dejó que corrieran por sus mejillas.

Un alboroto en el pasillo lo alertó de la presencia de sus rebeldes protegidos. Pronto siguió un golpe seco en la puerta.

—Dios —exclamó, secándose las lágrimas con la manga—. Lo que me faltaba.

Si no dejaba entrar a los chicos, seguirían discutiendo y probablemente terminarían empujándose unos a otros. El resultado inevitable sería más ojos en tinta y más dientes perdidos.

Satisfecho de que la iluminación fuera lo suficientemente tenue como para ocultar su dolor, abrió la puerta apoyando un dedo contra sus labios.

Pareciendo incluso más exasperado que de costumbre, el mayordomo de Beaufort había emplazado su considerable corpulencia entre la puerta y los huérfanos. —Pido disculpas, Su Gracia —entonó Wilson—. Pero han sido muy insistentes.

—Entonces ¿ha estirado la pata? —Preguntó Eddie Powell mientras esquivaba a Wilson para entrar.

Warrick le quitó la gorra de la cabeza al muchacho. Los cinco niños que había traído con él cuando se mudó de Hull aceptaron de buena gana vestirse *con la ropa adecuada*, pero se negaban a renunciar de sus gorras de tela. Habían vivido en Beaufort durante seis meses y todavía se aferraban a esa prenda de los barrios marginales. Tres tutores habían ido y venido, todos altamente recomendados y experimentados, pero incapaces de domar a los muchachos. Habiéndose quedado huérfano a los diez años, Warrick había sobrevivido a los barrios marginales de los muelles de Hull gracias a un alma bondadosa que lo acogió. Cuando tuvo edad suficiente, a su vez protegió a pilluelos de la calle que no tenían familia. Sin embargo, empezaba a pensar que compartir su buena fortuna con ellos había sido un error.

—Mostrad respeto —dijo—. Mi padre no lo dudó cuando le pedí si podía traeros conmigo a Cavendish Manor.

Quitándose apresuradamente sus gorras, entró el resto de la tropa.

—Un buen hombre, el tipo este —susurró Kenny Watkins. —¿Qué nos pasará ahora que se ha ido?

—Otro tomará su lugar, digo yo —añadió Tim Cooper.

—¿Por qué Willie te llama Gracia? —Tom Williams preguntó con un resoplido—. Es un nombre de chica ¿no?

Warrick estaba bastante seguro de haberlo explicado antes. Tras lamentar durante mucho tiempo haber abandonado a su amante embarazada, James Hastings había buscado a su hijo

bastardo y al encontrarlo lo nombró heredero después de la muerte de su hijo legítimo. Aparentemente, la pandilla de pilluelos boquiabiertos reunidos alrededor del lecho de muerte no había prestado atención en su momento. —El nombre de nuestro mayordomo es Wilson, no Willie, y esa tal *Gracia* sería yo —dijo—. Ahora soy el duque de Beaufort.

Warrick podría haber sabido que Charlie Hart sería el primero en burlarse. —Eso parece —soltó una carcajada—. ¿Es por eso que ahora hablas tan elegante?

Pronto estaban los cinco rodando por la alfombra, riendo de buena gana.

Warrick volvió a mirar a su padre muerto.

—Tenías razón, padre —suspiró—. Hará falta algo de esfuerzo para convertir a esta pandilla en jóvenes respetables.

En verdad, una mayor incertidumbre se cernía sobre su propio futuro. Su padre confiaba en que un canalla de los barrios bajos podría convertirse en un par del reino, pero Warrick no estaba tan seguro. En seis meses, gracias a un tutor de elocución, se había librado de su acento del puerto de Hull. Se vestía como un caballero y tenía que admitir que se sentía bien con ropa cara y hecha a medida. Pero estos eran cambios externos. En el interior, Warrick Farrell seguía siendo el astuto habitante de los barrios marginales que siempre había sido.

* * *

Philip Fortescue, duque de Wentworth, tres días después de recibir la noticia de la muerte de Beaufort llegó a Cavendish Manor. Cuando un sirviente lo acompañó hasta el salón se alegró de ver que Alex Harcourt ya había llegado.

—No conocía muy bien a Beaufort —admitió a su compañero duque mientras se estrechaban la mano—. Pero papá y él eran amigos de toda la vida, así que acepté ser portador del féretro.

—Comprensible —respondió el duque de Harrowby—. Desafortunadamente, mis limitaciones físicas me han relegado a ser portador honorario del féretro. Sin embargo, seamos honestos: ambos tenemos curiosidad por ver cómo le está yendo Warrick Farrell con su nuevo título.

—Bueno, a ti y mi nos prepararon desde el nacer para heredar y todavía me parecen abrumadoras las responsabilidades de administrar un ducado.

—Abrumadoras es quedarse corto —declaró Farrell mientras entraba en la habitación y le ofrecía la mano—. Pido disculpas por no haber estado disponible para saludarlos a ambos.

Philip y Alex intercambiaron una mirada significativa después de estrechar la mano de su colega. No hubo ningún indicio de su acento en el hablar de Farrell.

—Suenas más como un duque que yo —comentó Alex—. ¿Cómo van las cosas?

Farrell se encogió de hombros. —Mi padre decidió que el acento era lo primero que debía desaparecer. No es que lo desaprobase. Sentía que mis compañeros nunca me aceptarían si no hablaba como un caballero educado en Eton y Oxford.

—Alégrate de haber escapado de Eton —respondió Alex—. Philip y yo nos ayudamos mutuamente a sobrevivir a esa brutal institución.

—Imagino, aunque los barrios marginales no eran exactamente un lugar fácil para crecer. Esa es otra mundo, ahí todos usamos nuestro nombre de pila. Simplemente no puedo acostumbrarme a que me llamen Beaufort.

Philip asintió.

—Con el tiempo te acostumbrarás, pero Alex y yo te consideramos un amigo. Te llamaremos Warrick, con tu permiso.

—Me gustaría y agradezco vuestro apoyo. Me siento bastante aislado. Seis meses no han

sido tiempo suficiente para trabajar con mi padre y prepararme para esto. No es algo que alguna vez quise o a lo que aspiré.

—Mientras que nuestros nacimientos nos dieron a los dos pocas opciones al respecto —respondió Alex—. Tener a tus huérfanos aquí debe aliviar algunos de los sentimientos de aislamiento.

—En realidad no. Están demostrando ser una prueba de la que podría prescindir. No estoy seguro de que quieran dejar atrás su antigua vida.

—¿Has contratado tutores?

—Tres se dieron por vencidos, desesperados, y se marcharon. Estos muchachos no son el tipo de alumnos a los que estaban acostumbrados.

Los hombres se sentaron en silencio durante unos minutos, hasta que Philip dijo: —Estoy seguro de que Alex está de acuerdo en que queremos ayudarte tanto como sea posible. Gracias a ti, Derrick Peploe está muerto y nuestro enemigo ya no representa una amenaza para nuestras familias. Estamos en deuda contigo. Sin embargo, salvo sugerir que envíes a los muchachos a Eton...

—Tiene que haber una solución mejor —interrumpió Alex—. Los snobs de Eton los crucificarán. ¿Quizás una institutriz? Alguien como mi cuñada.

—No se portaron bien con los tutores varones —respondió Warrick.

—A veces, una mujer puede triunfar donde los hombres han fracasado —replicó Alex—. Después de que te fuiste a Derbyshire, Amelia tomó un puesto en la familia del propietario de una fábrica de algodón en Lancashire. Aparentemente, ya ha domesticado a dos hijos diabólicos que nadie podría manejar.

* * *

Amelia Saxton había estado constantemente en los pensamientos de Warrick desde la última vez que la vio. Cuando su padre lo presentó por primera vez a la sociedad educada, ella era la única persona que parecía cómoda manteniendo una conversación con él. Se sentía como pez fuera del agua, pero ella lo tranquilizó. Compartían el mismo sentido del humor y sentía que se excitaba al tenerla cerca.

Un habitante de un barrio pobre que vivía de su ingenio no tenía nada que ofrecerle a una esposa, por lo que nunca había pensado en casarse. La mayoría de las mujerzuelas de su barrio se ganaban la vida vendiendo sus cuerpos. Era razonablemente guapo y popular, por lo que a menudo no tenía que desembolsar dinero ganado con tanto esfuerzo. A cambio, él hacía pequeñas cosas por ellas. Era fácil robar perfumes franceses y medias de seda en los muelles. Sin embargo, era muy cuidadoso cuando se trataba del acto sexual. Tenía sus clientes habituales ocasionales. Mujeres limpias.

Hermana de dos duquesas, Amelia estaba muy alejada de esa vida. Olía mucho mejor que cualquier mujer que Warrick conociera. Criada en una familia elegante y bien educada, sería una buena maestra, probablemente lo que su pandilla de inadaptados necesitaba.

Pero aparentemente había conseguido la posición perfecta lejos, en el norte. En cualquier caso, traerla a Cavendish Manor podría no ser una buena idea. No podía negar que se sentía atraído por ella, pero su padre lo había instado a buscar una heredera rica como esposa. Sólo el matrimonio con una dama con título lo establecería firmemente como miembro de la aristocracia. No es que le importara la aceptación, pero su padre había puesto sobre sus hombros la responsabilidad del ducado y le había dado una vida de riqueza y privilegios, una vida que nunca antes habría soñado.

Le debía a su difunto benefactor prestar atención a sus consejos. Además, ahora era duque,

pero Amelia conocía sus antecedentes y probablemente lo consideraba inferior a ella.

¿Sirvienta o parte de la familia?

Bolton, Lancashire

Después de un desayuno rápido, Amelia se detuvo frente a la puerta del estudio de su empleador. Su madre le había advertido constantemente que una institutriz no era ni una sirvienta ni un miembro de la familia. Amelia había trabajado para la familia Knowsley durante casi seis meses y todavía no estaba segura de cuál era su posición en ese entorno. Ser educadora de jóvenes había sido una ambición de toda su vida, entonces, ¿por qué se sentía incómoda e insatisfecha?

La señora Knowsley no paraba de hablar sobre los cambios en el comportamiento de Miles y Tristan. La familia era rica y ella tenía grandes esperanzas puestas en sus hijos. Las aspiraciones de la mujer de conseguir herederas tituladas para sus chicos parecieron aún más posibles en su mente cuando supo que las hermanas de Amelia se habían casado con duques.

Amelia se abstuvo de señalar que las situaciones de sus hermanas eran muy inusuales. Mientras que un caballero con título podría considerar casarse con una mujer de buena crianza y buena familia, pocos nobles considerarían desposar a sus hijas con los hijos de un nuevo rico industrial.

Los modales de Miles y Tristan habían mejorado, pero Amelia había asistido a funciones como hermana de dos duquesas. Los avispados y rudos muchachos de Knowsley habrían sobresalido de mala manera. Los aristócratas podían ser despiadados al denigrar a las personas que percibían como pertenecientes a las *clases bajas*. El hecho de que su padre fuera rico no ayudaría en absoluto. Serían ridiculizados y rechazados, sobre todo porque ninguno de los esfuerzos de Amelia había logrado librarlos de su acento de Lancashire. La culpa de ello recaía en gran medida en su padre, que estaba inmensamente orgulloso de su acento de Lancashire.

En cuanto al propio Sr. Knowsley...

Durante el trabajo voluntario de Amelia en el hogar para madres solteras establecido por su hermana, había oído muchas historias de sirvientes importunados por empleadores sin escrúpulos. El comportamiento del señor Knowsley hacia ella siempre fue impecable, pero había algo en el brillo de sus ojos y en su costumbre de guiñarle un ojo que le resultaba inquietante. ¿Quizás estaba tratando de decidir si ella era una sirvienta o parte de la familia, o si padecía un tic incontrolable?

Ahora, la había llamado a su estudio. Por qué razón no tenía idea. Si él pensaba hacer insinuaciones, ella se lo comunicaría inmediatamente y regresaría a Beverly. El hombre en el que nunca había dejado de pensar desde que lo conoció ya no vivía en Yorkshire. Warrick Farrell se había mudado a Derbyshire a instancias de su padre, el duque de Beaufort. Aún así, podría regresar a Harrowby Dower House con su madre, temporalmente, por supuesto, hasta que encontrara otro puesto. Habiendo escapado finalmente del comportamiento pretencioso de Lady Penélope, no estaba ansiosa por volver a soportarlo. Sin embargo, Eliza, duquesa de Harrowby, vivía a sólo un cuarto de milla de distancia. Su hermana mayor siempre fue una buena compañía y Amelia extrañaba muchísimo a sus sobrinos.

Los Knowsley no proporcionarían una referencia si ella se fuera sin previo aviso. Eso haría difícil encontrar otro puesto. Esperando lo mejor, llamó a la puerta y esperó permiso para entrar.

Sus esperanzas flaquearon cuando ingresó al estudio. Fumando un cigarro, su jefe estaba recostado en un sofá. Nunca antes lo había visto en mangas de camisa. No fue un buen augurio. Cuando él dio unas palmaditas en el espacio junto a él en el sofá, ella supo que algo no iba bien.

—Permaneceré de pie, gracias, señor —dijo, rezando para que sus rodillas temblorosas no se doblaran.

—No sea así, señorita Amelia —respondió—. Simplemente quiero conocerte un poco mejor. Después de todo, eres parte de nuestra familia.

Estuvo tentada de insistir en que para él era la señorita Saxton, pero podría resultar arriesgado enfrentarse al león en su guarida. —Se lo agradezco, señor Knowsley, pero...

Se movía rápidamente para ser un hombre tan corpulento, sobresaltándola cuando se levantó del sofá y se abalanzó sobre ella.

—Recuerda quién paga tu salario, Amelia.

Muchas de las madres solteras de Winifred Oliver House le habían contado a Amelia que se había utilizado la misma amenaza para coaccionarlas. Intentó dar un paso atrás, asqueada por el enfermizo dulzor del tabaco. Cuando él se negó a dejarla ir, ella recordó algo que Eliza le había enseñado una vez. Su hermana pensó que debería estar preparada si se encontraba al servicio de un lascivo.

Cuando Amelia le dio un rodillazo en la ingle con una fuerza nacida de la desesperación, él cayó al suelo. —En fin, señor —dijo sin aliento mientras él gemía, con las manos en las partes privadas—. No tendrá que preocuparse por mi salario en el futuro. Considere esto como mi aviso. Me iré hoy después de hablar con la señora Knowsley.

—No se te ocurra ir a meter ideas en la cabeza de mi tonta esposa —, siseó, aparentemente sin darse cuenta de que ella ya había abierto la puerta. Pasó junto a los boquiabiertos hijos de Knowsley mientras huía por el vestíbulo.

Ella no revelaría su comportamiento lascivo a la señora Knowsley. La mujer despistada se pondría del lado de su marido. Pero una salida abrupta los dejaría a todos preguntándose y alguien podría sumar dos y dos.

De vuelta a casa

Amelia le sirvió a su madre una segunda taza de té. Se sentía bien estar de regreso en Harrowby Dower House a pesar de la constante desaprobación de Lady Penélope por la decisión de su hija de abandonar Bolton.

Afortunadamente, Eliza había caminado desde la casa principal para unirse a ellos durante la merienda.

—Quizás te apresuraste demasiado a dejar un puesto tan bueno tan rápido y sin previo aviso —opinó su madre una vez más—. No te resultará fácil...

—Deja de molestar a mi hermana —interrumpió Eliza—. Ella hizo lo correcto.

—Dios mío —replicó su madre—. Sólo porque un hombre da palmaditas en el asiento de un sofá...

—Entonces —dijo Amelia—. ¿Qué hubieras hecho, mamá? ¿Te has sentado acaso junto a un hombre en mangas de camisa con una mirada de —*ven acá*— en sus ojos?

Lady Penélope se enfureció.

—Bueno, no, si lo dices así. No recuerdo que hayas mencionado que se había quitado la chaqueta.

Amelia y su hermana compartieron una mirada exasperada, pero no ganaría nada diciéndole a su madre que no había prestado atención. Escuchar sólo los detalles que quería escuchar era lo suyo.

—Supongo que tendrás que seguir *el Times* para detectar nuevas oportunidades —sugirió Eliza.

—Sí, aunque ya tiene casi una semana de antigüedad cuando Alex lo recibe en el Salón —respondió Amelia.

—Además, es sorprendente que quede tinta en las páginas después de que mi esposo absorba cada palabra.

—Bueno, un duque debería familiarizarse con los acontecimientos actuales —declaró Lady Penélope.

—Era broma, mamá —respondió Eliza secamente.

—Solicitaré otros puestos —dijo Amelia, aunque no tenía esperanzas. —Ojalá hubiera algo que pudiera hacer mientras tanto.

—Puedes ser mi dama de compañía —dijo Lady Penélope.

Amelia gimió para sus adentros, esperando que Eliza percibiera la desesperación en sus ojos.

—En realidad —dijo Eliza, aumentando las esperanzas de Amelia—. Mildred Thompson ha mencionado la necesidad de que alguien cuide a su hijo y a algunos de los otros niños en Winifred Oliver House.

El optimismo momentáneo de Amelia flaqueó.

—Pero todos son bebés. ¿Qué edad tiene ahora Nicholas Thompson?

—Tres, creo —respondió Eliza.

—Y algo así como un diablillo, según he oído —añadió Lady Penélope.

—Eso no me molesta —dijo Amelia—. Lo que no me atrae es la perspectiva de trabajar para *Lady Mildred*. ¿No podría cuidar de Sax y Avery por ti, Eliza?

—Me encantaría, y a los niños también, pero hay que considerar a Nanny Brown. Dificilmente puedo degradar a una servidora tan fiel. Y puede que sólo estés aquí unas pocas

semanas.

Amelia entendió. —Supongo que hablaré con Mildred.

* * *

A Mildred Thompson no le sorprendió que Amelia Saxton hubiera venido a visitarla. Había oído los rumores. La chica había dejado abruptamente un puesto de institutriz supuestamente maravilloso en Lancashire, probablemente debido al despido.

Realmente debería estar agradecida a los Saxton. La hermana mayor y su marido les habían proporcionado a ella y a su hijo ilegítimo un lugar para vivir y un puesto de autoridad limitada en Winifred Oliver House. Eliza y Alex Harcourt habrían estado en su derecho de dejarla sola. De hecho, la incapacidad de Mildred para liberarse del hombre que había intentado matarlos a ambos podría haber resultado en prisión, o incluso en la soga. Derrick Peploe había disparado y mutilado al suegro de Jenny Saxton, y el duque de Wentworth murió a causa de sus heridas unos meses después. Sin embargo, ni siquiera la hermana mediana de Saxton parecía guardarle rencor.

Y Amelia siempre le había parecido a Mildred una buena persona.

Interiormente, Mildred sabía que todo esto era cierto mientras escuchaba las complicadas razones de Amelia para dejar su empleo. Sin embargo, no podía dejar de lado el resentimiento que sentía contra los Saxton. Dos de ellas, plebeyas de una familia empobrecida, se habían convertido en duquesas, un título que Mildred podría haber tenido si hubiera podido soportar vivir con el desfigurado y lisiado Alexander Harcourt. Imagínense, dos plebeyas ahora eran duquesas, mientras que ella, la hija de un barón, era...

—¿Se siente bien? —Preguntó Amelia, empujando a Mildred de regreso al estrecho espacio al que sus empleadores se referían como oficina.

Mildred enderezó la espalda. —Estoy perfectamente bien. ¿Me estaba diciendo...?

—Eliza mencionó que quería contratar a alguien para que cuidara de Nicholas y algunos de los otros niños aquí.

—Mi querida señorita Saxton —respondió ella. —No soy yo quien decide. La persona seleccionada estaría empleada por Winifred Oliver House. Como organización benéfica, esta institución no tiene los fondos para pagarle al solicitante seleccionado. Usted más que nadie debe ser consciente de ello.

—Ya veo —respondió Amelia—. Entonces, es mejor que siga viniendo aquí como voluntaria. Cuando no esté enseñando lectura o aritmética, puedo cuidar de los niños cuyas madres buscan empleo.

—Como quiera —respondió Mildred. Parecía que cuidar niños estaba por debajo de Amelia Saxton. Tenía una opinión tan alta de sí misma como la de sus hermanas.

—Buenos días, Mildred —dijo su visitante mientras se levantaba para irse.

—Buenos días, señorita Saxton. Y es *Lady* Mildred, por favor.

* * *

Amelia pasó por Harrowby Hall antes de regresar a Dower House. No estaba deseando que su madre la acosara sobre la probabilidad de encontrar un nuevo puesto.

—Mildred está tan engreída como siempre —le dijo a Eliza.

—Lo sé —respondió su hermana—. Sin embargo, ella nos advirtió que Peploe nos había seguido cuando huimos a Lincolnshire. Eso acabó provocando la muerte de ese desgraciado, así que supongo que debemos complacerla.

—¿Puedes creer que espera tener una niñera gratuita? *Winifred Oliver House* es una organización benéfica, ¿no lo sabe?, y no podría permitirse el lujo de pagarle a nadie.

—¿Ella dijo eso?

—En efecto. No esperaba que me pagaran, pero no me siento obligada a hacer nada para ayudar a esa... esa...

Le fallaron las palabras.

—Ya me hago una idea —dijo Eliza.

La mención de Derrick Peploe resucitó recuerdos del día en que los Harcourt y Saxton finalmente fueron liberados de sus amenazas. Amelia recordó vívidamente la abrumadora gratitud que había sentido cuando Warrick Farrell mató a tiros a Peploe. Y se apresuró a tomar medidas que probablemente salvaron la vida del duque de Wentworth después de que Peploe lo hiriera. Recordó con cariño el papel que había desempeñado al ayudar. Warrick había usado su corbata para detener la hemorragia y se había quitado el abrigo. Se sentía maravilloso estar al lado de su poderoso cuerpo mientras se arrodillaban en el suelo para atender a un hombre herido. Por supuesto, su madre la había censurado por acercarse demasiado a un hombre en mangas de camisa.

¡Qué ironía!

—Tía Amelia —gritó Sax con los ojos brillantes cuando entró al salón y corrió hacia sus brazos abiertos.

Saliendo de su ensoñación, abrazó a su sobrino y le susurró cerca del oído. —Cómo te he extrañado, Sax.

—¿Viniste a jugar conmigo? —preguntó.

—Por supuesto. ¿Dónde está ese hermano tuyo?

—Avery está durmiendo. Duerme mucho pero mamá dice que eso es lo que hacen los bebés. Papá me compró un cachorro. Tiene que vivir en los establos. ¿Quieres verlo?

—Por supuesto. Vamos.

Sax la tomó de la mano y la arrastró fuera del salón. Decidió disfrutar de sus sobrinos mientras tuviera la oportunidad. Aparecería un nuevo puesto, estaba segura.

Aguas turbias

Nadie, y menos aún el difunto duque de Beaufort, pensó que tendría tan poco tiempo para preparar a su recién nombrado heredero para su papel. Warrick y su padre habían pasado la mayor parte de los seis meses conociéndose y lidiando con lo que su padre consideraba prioridades. A Warrick le habían enseñado a montar, a hablar correctamente el inglés del rey y a vestirse apropiadamente para diferentes ocasiones.

Descubrió su amor por los caballos y disfrutó muchísimo de la euforia de los galopes diarios por los prados de Beaufort con el jefe de cuadras.

Nunca se había avergonzado de su acento, pero comprendía la necesidad de deshacerse de él. Era un hecho desafortunado de la vida que una persona con acento de clase trabajadora fuera automáticamente considerada ignorante.

Aprender a atar una corbata y elegir la vestimenta correcta para el té de la tarde le pareció una pérdida de tiempo, ya que el valet contratado por su padre, un diminuto español llamado Carlos, tenía un gusto impecable y tomaba las decisiones por él.

Desafortunadamente, no había tenido tiempo de informarse sobre las cosas que realmente importaban. Le habían presentado al administrador de la finca, pero no sabía nada sobre las fuentes de ingresos del ducado. Le había dado demasiada vergüenza decirle a su padre que no sabía leer ni escribir y, al parecer, Beaufort no se había dado cuenta de que su hijo bastardo era analfabeto.

Ahora, Warrick tendría que navegar por las turbias aguas de los libros contables y los documentos legales. ¿Y cómo se suponía que iba a ocupar su asiento en la Cámara de los Lores y votar sobre asuntos de importancia nacional si no sabía leer? Tarde o temprano, su ignorancia se haría evidente y el ducado de Beaufort sería el hazmerreír. Un matrimonio ventajoso estaría fuera de discusión.

Si se hubiera tragado su orgullo y admitido que era analfabeto, su padre habría solucionado el problema discretamente. Ahora tendría que resolverlo él mismo. Sólo había una persona que podía ayudarlo, pero ella trabajaba como institutriz de una familia en Lancashire. Y no estaba del todo seguro de querer que Amelia supiera su secreto.

* * *

Amelia prefería la compañía de cualquier persona a la constante censura de su madre y pasaba la mayor parte del día dando clases particulares en Winifred Oliver House o con la familia de su hermana en Harrowby Hall. Ahí tenía la oportunidad de leer detenidamente *The Times* pero desafortunadamente, los anuncios para institutrices parecían haberse agotado. Aún así, disfrutaba jugando con Sax y su perro lobo. A juzgar por sus enormes patas, Brutus probablemente se convertiría en una bestia intimidante del tamaño de un pequeño pony. Pero era jugueteón y obviamente devoto de Sax.

Sus hermanas mayores habían monopolizado a Sax cuando era un bebé. Ahora, Amelia tenía la oportunidad de ver florecer a su hermanito. Se volvió experta en cambiarle los pañales a Avery y aprendió a calmarlo cuando se quejaba. Soñaba con un día en el que pudiera cantarle a su propio bebé para que se durmiera. Tal como iban las cosas, probablemente terminaría siendo una solterona cascarrabias: una tía querida, pero nunca madre. Se entristecía al pensarlo, especialmente cuando su bebé imaginario tenía los inconfundibles ojos verdes y el cabello oscuro de Warrick Farrell.

El alivio de su creciente apatía llegó un día mientras almorzaba con Eliza, Alex y Sax. —He

recibido una carta de Jenny —anunció Eliza—. Nuestra hermana está embarazada otra vez.

Eufórica por Jenny y su marido, Amelia se negó a reconocer una punzada de celos. — Recuerdo la desesperación de Jenny cuando creyó que había perdido a Philip. Estaba muy angustiada cuando fuimos a espiar la librería de Hull y pensó que Philip había ido allí para encontrarse con Mildred.

—Pero al final todo salió bien y ahora ella es la duquesa de Wentworth — intervino Alex.

Amelia suspiró.

—Sólo desearía que no estuviera tan lejos en Lincolnshire.

—Raventhorpe no está tan lejos —respondió Alex.

Eliza estuvo de acuerdo. —Y Jenny se lamenta de que se siente agotada mientras intenta completar la remodelación de Wentworth Manor.

—Menos mal que está haciendo cambios —dijo Amelia—. La decoración de esa casa era horrible.

—Tienes buen ojo para ese tipo de cosas —dijo Eliza—. ¿Por qué no pasar unas semanas con Jenny? Estoy segura de que agradecería tu ayuda.

—Dicen que un cambio es tan bueno como un descanso —respondió Amelia. Obviamente, Eliza y Alex habían sentido que ella estaba a la deriva como un barco sin su ancla. —Tal vez vaya a Raventhorpe, pero no le digas a mamá todavía sobre el bebé de Jenny, de lo contrario insistirá en acompañarme.

—Lo intentaré —respondió Eliza—. Pero ella es como un sabueso. Una vez que siente que algo está sucediendo, sigue el rastro.

La predicción resultó demasiado cierta. Dos días después, Lady Penélope y Amelia partieron hacia Lincolnshire en uno de los cómodos carruajes del ducado de Harrowby.

* * *

Warrick paseaba por los confines del estudio de su padre. Ahora era su estudio, pero aún no se veía haciendo negocios allí. Los tres ancianos de Mawdsley, Mawdsley y Mawdsley (abogados que habían representado los intereses del ducado durante décadas) lo miraron con nerviosismo.

—Puedo asegurarle a Su Excelencia —dijo William Mawdsley arrastrando las palabras, mirando por encima de sus quevedos—. No hay nada malo en los documentos que le hemos traído para que los firme.

—Sólo una firma rápida y su sello —añadió Josiah Mawdsley—. En los lugares apropiados, por supuesto.

Warrick miró la carpeta adornada con cintas que había sobre el escritorio. Apenas podía garabatear una X como consentimiento para asumir los derechos y responsabilidades del ducado de Beaufort. —Déjemelos a mí, por favor —dijo, ignorando la incredulidad de sus visitantes—. Una semana debería ser suficiente para examinarlos.

—¿Una semana, excelencia? —replicó Archibald Mawdsley—. Eso es...

Warrick levantó la mano, un gesto desdeñoso que había visto utilizar a menudo a su padre. Se sintió aliviado cuando funcionó tan bien para él como para su padre. Los tres abogados salieron del estudio con una reverencia.

Warrick se dejó caer en la silla de cuero junto al escritorio. —Con suerte, una semana será tiempo suficiente para aprovechar la oferta de ayuda de Wentworth.

La cortés tos de Wilson lo alertó de la presencia del mayordomo.

—El almuerzo está servido, Su Excelencia.

—Bien. Que preparen mi carruaje y preparen una maleta. Después del almuerzo, me iré a

pasar unos días a Wentworth Manor en Lincolnshire.

El color desapareció del rostro rubicundo del mayordomo.

—¿Solo, excelencia?

Warrick lo entendió de inmediato. —Supongo que tendré que llevarme a los muchachos.

Wilson se animó. —Informaré a su ayuda de cámara, Su Excelencia.

Warrick se puso de pie y se dirigió al comedor. Sin duda, la lucha por la comida entre los chicos ya había comenzado. Esperaba que Philip y Jenny Fortescue todavía lo consideraran un amigo después de pasar unos días con sus demonios como invitados.

Expresión Glacial

El coche de la ciudad de Beaufort era espacioso y estaba bien amortiguado, y los cojines eran lujosos. Sin embargo, viajar con cinco muchachos revoltosos era como estar atrapado en una tómbola. Las amenazas de echarlos en el siguiente cruce no lograron detener la discusión sobre quién debería sentarse más cerca de las ventanas. Después de sólo media hora, todas las corbatas estaban torcidas, incluida la de Warrick. Tom tenía un labio grueso cortesía del puño de Charlie. Tom había cometido el imperdonable crimen de arrojar la gorra de Charlie fuera del carruaje cuando éste lo alejó de la ventana con un empujón.

No queda más remedio que detenerse y retroceder para recuperar el casco.

Sudando, Warrick estuvo tentado de subirse al asiento ruidoso con Carlos mientras se reanudaba el viaje. Desgraciadamente, el español dedicaría al menos diez minutos a insultar a su amo en su propio idioma. Carlos probablemente no se dio cuenta de que Warrick sabía que estaba diciendo malas palabras. Un hombre no podría vivir toda su vida en el puerto de Hull sin aprender a decir palabrotas en varios idiomas. Warrick podía imaginarse perfectamente la diatriba que se desataría cuando llegaran a Raventhorpe y su ayuda de cámara viera a los desaliñados muchachos.

¡Todos mis malditos esfuerzos para nada!

Todo mi maldito trabajo duro para nada.

Warrick se encogió de hombros mientras continuaba la discusión. Parecía que todos los esfuerzos por mejorar el comportamiento de sus pupilos no iban a ninguna parte.

Al entrar en la avenida que conducía a Wentworth Manor, miró hacia los establos. Los mozos de cuadra estaban desenganchando a unos hermosos caballos negros de tiro de otro carruaje que llevaba el escudo de Harrowby. Los Harcourt habían venido de visita. Quizás debería haber avisado de su llegada en lugar de llegar sin avisar. Cuando su carruaje se detuvo, abrió la boca para advertir a los muchachos que se comportaran lo mejor posible. Sin prestar atención, salieron corriendo hacia la puerta principal.

Se apresuró a alcanzarlo a tiempo para ver al mayordomo examinando la escena ante él como si estuviera mirando un barril de gusanos retorciéndose.

—Fuera —ordenó, su rostro enrojeció cuando vio a Warrick—. Llévase a estos mestizos, señor.

Claramente, Beckley no lo recordaba.

—Mis disculpas, Beckley —dijo—. Beaufort para ver a Su Excelencia.

—Por supuesto... eh... Su Excelencia—, tartamudeó el mayordomo cuando se dio cuenta de ello.

La pandilla no esperó el permiso para entrar.

—Vaya, vaya —exclamó Eddie—. Mira las tetas de esa estatua.

Se produjeron fuertes carcajadas cuando los niños se agruparon alrededor de una diosa griega desgastada por el tiempo cuya hoja de parra verde descolorida cubría sólo sus partes íntimas inferiores.

—Mis pupilos —explicó Warrick al desconcertado mayordomo, rezando para que ninguno de los muchachos tuviera la temeridad de tocar los pechos de la estatua.

La conmoción hizo que Philip Fortescue entrara en el vestíbulo.

—Warrick —exclamó extendiendo la mano—. Qué agradable sorpresa. Bienvenido.

La amistad de Philip era obviamente genuina. La presencia de cinco niños rebeldes no podía

considerarse *una sorpresa agradable*, pero Philip parecía contento y ligeramente divertido al ver a sus inesperados visitantes comiéndose con los ojos los pechos de mármol de la estatua.

—Estaba simplemente mostrando mi nuevo laboratorio —dijo Philip—¿Os doy el recorrido?

Warrick había visitado una vez el laboratorio de Philip en Hull's Infirmary y le pareció fascinante.

—¿Continúas con tu investigación? —preguntó, nervioso por liberar a los huérfanos en una habitación llena de objetos frágiles.

—Sí. Mi esposa me aconsejó que lo hiciera. Jenny te saludará más tarde. Está arriba con su madre.

—Sí, vi el carruaje —respondió Warrick—. Supongo que Lady Penélope ha venido con los Harcourt.

—En realidad, sólo Amelia acompañaba a su madre. Está en el laboratorio esperando mi regreso.

Una ola de calor recorrió a Warrick. Un pulso latía en sus oídos.

—Maravilloso —exclamó con una garganta de repente tan seca como el desierto.

* * *

Amelia se sobresaltó cuando un grupo de chicos ruidosos irrumpió en el laboratorio, empujándose unos a otros. No los conocía, pero le recordaban a los hermanos Knowsley. Sus gorras parecían contrastar con la calidad del resto de su ropa.

Obviamente, esta no era una forma aceptable de entrar en una habitación llena de equipos importantes y frágiles. Irguió la espalda y adoptó la expresión facial que le había sido de gran utilidad en Lancashire. La postura transmitía un fuerte mensaje sin necesidad de pronunciar una palabra.

Se aclaró la garganta para llamar su atención.

Fue como si hubiera caído un rayo. El ruido cesó. Con gorras en mano, los niños se agrupaban con las cabezas descubiertas e inclinadas.

La euforia se disparó. Ella no había perdido su toque. A punto de felicitarlos por recordar sus modales, las palabras se le murieron en la garganta cuando Warrick Farrell entró con su cuñado.

Recordó que su padre había fallecido recientemente y ahora era duque. —Su Excelencia —murmuró, esperando fervientemente que sus rodillas temblorosas la sostuvieran cuando se levantara de su reverencia—. Mis condolencias.

Él era tal como ella recordaba. Alto, de hombros anchos y una poderosa cabellera negra azabache.

—Warrick, por favor —respondió, tomando su mano para ayudarla a levantarse—. Gracias por tu sentido pésame, Amelia. Es una agradable sorpresa volver a verte.

El acento y los callos habían desaparecido, las uñas cuidadas, pero el calor de su mano y el placer genuino en sus ojos verdes provocaron una ola en espiral de deseo desde sus muslos hasta su útero. De repente, el laboratorio parecía un infierno. Su efecto sobre sus sentidos no había disminuido.

Las risas del público sirvieron para devolverla a la realidad. Estos muchachos debían ser los huérfanos que Warrick había llevado a Beaufort, y ella lo miraba como si fuera un dios bajado del Olimpo. Rápidamente retomó su máscara de institutriz y el murmullo cesó.

* * *

Warrick rara vez se quedaba sin palabras. La supervivencia en los barrios marginales

dependía de que un hombre mantuviera su ingenio. La revelación de que lo habían nombrado heredero de su padre fue la última vez que quedó atónito.

Encontrarse con Amelia Saxton de forma tan inesperada había sido un shock, aunque su miembrolo consideró una sorpresa muy agradable. Ella era tal como la recordaba: alta, inocentemente atractiva y redonda en todos los lugares correctos.

Obviamente no esperaba estar en compañía, ya que no llevaba guantes. Su esquivo perfume le robó las fosas nasales cuando le dio un beso en sus cálidos nudillos. Consideró la cortesía ridículamente aristocrática y frívola. Ahora, lo invadió el deseo de prodigar besos a lo largo de su brazo.

A su falta de palabras se sumó su aparente facilidad para domar a los demonios sin decir una palabra. Esperaba que ella nunca le dirigiera esa expresión glacial.

—¿No quieres presentarme a estos caballeros? —ella dijo.

¿*Caballeros*?

—Por supuesto —respondió después de otro momento de confusión—. Muchachos, hagan una reverencia a la señorita Saxton.

Mientras cada uno de ellos murmuraba su nombre y se inclinaba cortésmente, Warrick se dio cuenta de que, de hecho, habían prestado atención al menos a algunas de las lecciones de comportamiento adecuado de sus tutores.

—Ahora, presenten sus respetos a Su Excelencia, el Duque de Wentworth —instruyó Amelia con una voz que no admitía oposición. —Este es su laboratorio y estoy segura de que estará encantado de explicarle algunos de los experimentos.

—Su Excelencia —repitieron al unísono mientras se volvían hacia Philip, con los ojos brillantes de expectación.

Bordes ásperos

El orgullo y la confianza de Philip en su investigación se hicieron evidentes mientras guiaba a los visitantes por el laboratorio. Amelia entendió completamente por qué su hermana lo amaba. Era guapo, estaba en forma y era inteligente. Tenía un sentido del humor que no era en absoluto condescendiente. El marido perfecto. Titulado y rico.

Le tenía mucho cariño a Philip, pero él no la atraía como hombre. Fue Warrick Farrell quien hizo que su corazón palpitara y provocara sensaciones de estremecimiento en lugares secretos. Las preguntas perspicaces que formuló sobre los experimentos de Philip demostraron una mente vivaz. Su cuñado era alto, pero Warrick lo superaba por centímetros. Tenía título y sin duda era rico.

Sin embargo, Warrick tenía un carácter terrenal del que Philip carecía. Había aprendido a hablar y vestirse como un aristócrata, pero ella apostaría que no había cambiado mucho por dentro. La gente nunca podía dejar atrás por completo sus años de formación. Eliza y Jenny ahora eran duquesas, pero no habían dejado que el título ni la riqueza se les subieran a la cabeza. Seguían siendo hermanas accesibles, adorables y con los pies en la tierra, hijas de una familia gentil y empobrecida. Estaba segura de que las chicas Saxton siempre tendrían eso en común.

Los niños huérfanos escucharon atentamente explicaciones científicas más allá de su comprensión. Reconoció que los recuerdos de lo que habían experimentado en los barrios marginales los moldearían, sin importar los esfuerzos de alguien por cambiar eso.

A Warrick le pasaría lo mismo y para Amelia fue inquietantemente sorprendente darse cuenta de que su atractivo residía en sus asperezas.

* * *

No por primera vez, el laboratorio de Philip le abrió los ojos a Warrick sobre la importancia de una buena educación. Había sobrevivido a los barrios marginales gracias a su ingenio, pero en la vida había mucho más que simplemente sobrevivir. Philip estaba usando su educación para mejorar la vida de los demás. La única contribución de Warrick a sus semejantes fue que estaba tratando de ofrecer a un grupo de malhechores la oportunidad de una vida mejor. Incluso en ese esfuerzo, él estaba completamente perdido, mientras que Amelia había sabido instintivamente cómo manejar a sus muchachos.

¿Qué tenía ella que sacaba lo mejor de las personas? Se sentía real en su presencia, no el impostor disfrazado de duque.

Estaba seguro de que ella haría maravillas con sus pupilos si venía a Cavendish Manor y tomaba el control.

Su cuerpo no lo entendió.

—Abajo, muchacho —gruñó cuando una imagen retozando desnudo con Amelia surgió en sus pensamientos... y en sus entrañas.

Ahí radicaba la dificultad. Había decidido seguir el consejo de su padre y casarse bien. Amelia Saxton podía ser hermana de dos duquesas, pero aun así era una plebeya. Él la deseaba y sería difícil no actuar según esa atracción si ella viviera en su casa. Sin embargo, casarse con una plebeya, una institutriz a su servicio, mancillaría la reputación del ducado que nunca había deseado. La nobleza estaría aún más convencida de que Beaufort no estaba en sus cabales cuando nombró a Warrick su heredero.

Muchos aristócratas tenían amantes, pero dudaba que Amelia estuviera de acuerdo con eso. Puede que fuera un hijo de los barrios bajos, pero sabía lo que era el honor. Si se casaba, tenía la

intención de ser fiel a su esposa. Sólo tenía que recordar el destino de su propia madre como amante abandonada para estar seguro de que nunca entregaría a Amelia a esa vida.

* * *

—Parecen interesados en la ciencia —comentó Amelia, aunque tuvo la sensación de que la mente de Warrick estaba divagando hacia otra parte.

No es que hubiera podido concentrarse en nada más que en su presencia. Supuso que debería sentirse intimidada por su tamaño. Él era muy alto, pero había una dulzura en él que la hacía sentir segura y protegida.

Él podría aplastarla como a un insecto si quisiera, pero sabía que nunca le levantaría la mano a una mujer. La mayoría de la gente probablemente pensaba que un hombre que había crecido en los barrios bajos no podía tener noción de honor, pero eso no era cierto en el caso de Warrick Farrell. El mero hecho de que estuviera tratando de compartir su buena suerte con un grupo de huérfanos demostró su valía.

Amaba y respetaba a sus cuñados ducales. Ambos estaban comprometidos en esfuerzos destinados a mejorar las vidas de los menos afortunados de la sociedad. Sin embargo, sospechaba que ni Alex Harcourt ni Philip Fortescue estarían dispuestos a enfrentarse a cinco pilluelos rebeldes.

—Sí —respondió Warrick—. Debo tener eso en cuenta cuando regresemos a Cavendish Manor. Nada mantiene su atención por mucho tiempo.

Se le ocurrieron muchas sugerencias, pero Warrick tal vez la considerara demasiado presuntuosa. La llegada de Jenny con Lady Penélope a su lado la salvó.

—Beaufort —exclamó su hermana, mirando a los niños—. Esto es una sorpresa.

—Llegaron sin avisar —resopló su madre, agitando una mano hacia los muchachos—. ¿Y quiénes son estas criaturas?

—Estamos encantados de ver a Warrick y sus pupilos cada vez que deseen visitarnos —respondió Philip.

* * *

Warrick hizo una reverencia a la duquesa de Philip.

—Su Excelencia —dijo, esperando que los muchachos estuvieran prestando atención.

—Aquí todos somos iguales —respondió—. Por favor llámame Jenny.

—Entonces insisto en que uses mi nombre de pila. Parece que no puedo acostumbrarme a que me llamen Beaufort.

—Nos entristeció enterarnos de la prematura muerte de su padre

—, dijo, poniendo una mano compasiva en su brazo.

—Gracias —respondió. Su genuino pesar lo conmovió, pero deseó que fuera la mano de Amelia la que descansaba sobre su brazo.

Se sobresaltó cuando la señora Saxton le metió la mano cubierta de anillos bajo la nariz.

—Lady Penélope —dijo—. La madre de Su Excelencia.

Haciendo caso omiso de la deliberada grosería, Warrick le dio un beso en los nudillos.

—Mi señora —dijo—. Nos hemos conocido antes.

—Lo recuerdo —respondió ella con altivez—. Estabas arrodillado en el suelo. Veo que hablabas en serio al intentar educar a estos canallas.

—Estaba arrodillado en el suelo porque intentaba salvar la vida de mi padre, señora —protestó Philip.

Con los dedos cruzados a la espalda, Warrick se volvió hacia sus muchachos, rezando para que demostraran que su fe en ellos estaba justificada.

—Caballeros, dense a conocer a la duquesa y a lady Penélope.

Respiró de nuevo cuando, uno por uno, hicieron un trabajo encomiable al inclinarse y dirigirse apropiadamente a Jenny Fortescue.

Había un sutil desprecio en sus voces cuando se presentaron a Lady Penélope, pero ella estaba tan decidida a asegurarse de que ninguno de ellos tocara su mano que él dudaba que ella fuera consciente de que habían tomado la medida de su desdén.

Divide y conquistarás

Las comidas con los huérfanos de Cavendish Manor no eran para personas débiles de corazón. Habían atenuado sus malos modales cuando el padre de Warrick aún estaba vivo. Los había complacido hasta cierto punto, recordándole que no se podían esperar milagros de la noche a la mañana.

Al parecer, asumieron que su muerte significaba que se les había declarado *carta blanca para eructar, sorber y hablar con la boca llena*. Warrick finalmente perdió los estribos por completo cuando comenzaron los pedos. Al señalar que tal comportamiento no estaba permitido en la mesa, cometió el error de referirse a ello como un *lanzar vientos*. Esto provocó risas histéricas y olores más ofensivos. Agravó su error utilizando el término *flatulencia*. Inmediatamente se convirtió en una competencia para ver quién podía producir las *lanzar vientos flatulentos más ruidosos y fétidos*.

Mientras conducía a sus malhechores al comedor de Wentworth Manor, sólo podía rezar para que la presencia de otros adultos tuviera un efecto aleccionador. Carlos y él tenían una batalla real entre manos cuando insistieron en que las gorras no estaban permitidas durante una cena en la casa de otro duque.

La duquesa, Lady Penélope y Amelia ya estaban sentadas, con una silla vacía entre cada una de ellas. —Sugerencia de Amelia para los puestos en la mesa — susurró Philip cerca del oído de Warrick—. Divide y conquistarás.

Luego se hizo cargo. —Kenny, estás entre Su Excelencia y Lady Penélope.

Con los ojos bajos y los hombros encorvados, Kenny se deslizó a su lugar y se encogió en la silla.

—Charlie, estás del otro lado de Lady Penélope. Tim, estás entre mi esposa y la señorita Saxton.

El alivio iluminó el rostro de Tim mientras Charlie se encogía como un delincuente sentenciado a la horca.

—Tom se sentará entre la señorita Saxton y mi colega duque, y Eddie, lugar de honor entre el duque de Beaufort y yo.

El pecho de Eddie se hinchó. Los otros chicos lo fulminaron con la mirada.

—Digamos las gracias juntos, ¿de acuerdo? —sugirió Philip—. Bendícenos, oh Señor —comenzó.

Para total asombro de Warrick, los muchachos se unieron a todos los demás. —Y estos tus regalos que estamos a punto de recibir de tu generosidad. Por Cristo Nuestro Señor, Amén.

Mientras la comida avanzaba sin que ninguno de los muchachos dijera nada, Warrick le sonrió agradecido a Amelia. Sabía cómo evitar un desastre potencial. Quizás fue la presencia de mujeres lo que había funcionado. Los tutores que había contratado y él habían fracasado. Podría pasar años buscando una institutriz tan capaz. Los chicos necesitaban a Amelia en Cavendish Manor. Y él también. Ninguna dama con título consideraría casarse con un hombre con una casa llena de delincuentes.

* * *

Amelia estaba de pie ante el espejo de caballero del dormitorio de invitados del tercer piso, donde Jenny y ella compartían cama con motivo de su primera visita a Wentworth. Aún sintiendo el brillo de la sonrisa de aprobación de Warrick durante la cena, no se sentía en lo más mínimo cansada.

—Parezco una solterona con este camisón —declaró, sorprendiéndose cuando Jenny entró en el dormitorio.

—Eres demasiado hermosa para ser una solterona —la regañó su hermana.

—Es como un sudario —insistió Amelia.

—Podemos ir a comprar algo un poco más femenino a Raventhorpe mañana, si lo deseas.

Amelia se encogió de hombros y el brillo desapareció rápidamente.

—¿Y para qué? Estoy destinada a ser una solterona que vive con su madre cada vez más cascarrabias.

—Tonterías. Por fin tenemos un rato para estar juntas. No te deprimas.

—Fácil para ti decirlo. Ya tienes un marido guapo que te adora.

Jenny la llevó a la cama. —Simplemente sientes lástima por ti misma. Veo cómo te mira Beaufort.

—Pero ahora es duque, no sólo Warrick Farrell.

—¿Puedo recordarte que estoy casada con un duque?

—Es diferente. Warrick no puede casarse con una plebeya, aunque me quisiera por esposa.

—Estoy segura de que así lo quiere, viendo como maneja a los chicos.

—Creo que esa es la única razón por la que Warrick parecía contento. Nunca podría ir a Beaufort sólo para encargarme de los chicos. Sería demasiado difícil verlo casado con otra.

Jenny se sentó en el borde del colchón.

—Bueno, egoístamente, prefiero que no te escapes a Derbyshire. Necesito tu ayuda para redecorar esta enorme casa.

El ánimo de Amelia revivió. —Será muy divertido. Ir de compras a Raventhorpe parece una buena idea.

Jenny asintió. —Es posible que incluso tengamos que ir más lejos para encontrar artículos de buen gusto. Scunthorpe o Lincoln, tal vez.

—Creo que lo primero que hay que reemplazar son esas horribles estatuas en el vestíbulo.

Jenny se rió. —Estoy de acuerdo. Y las urnas.

—Y los espejos empañados.

Amelia se puso seria.

—No debería decir esto, pero desearía que pudiéramos elegir tus nuevas remodelaciones sin mamá. A ella realmente le gustan las estatuas.

* * *

Después de una noche inquieta plagada de indecisión y peleas de almohadas en la cámara contigua, Warrick advirtió a sus pupilos que no toleraría ninguna travesura durante el desayuno.

No tenía por qué preocuparse. Una mirada de Amelia Saxton los transformó en ángeles con un comportamiento perfecto.

Su dilema no hizo más que empeorar. Definitivamente ella era la persona que se haría cargo de la educación de los muchachos. Pero él se sentía atraído por ella; de hecho, más que atraído. La necesidad de bajarle el corpiño del vestido y pasar la lengua por la curvatura de sus encantadores senos le hizo drenar hasta la última gota de saliva de la boca. La perspectiva de besar unos labios tentadores hizo que su verga se endureciera brutalmente. Verla todos los días sería una tortura. ¿Podría soportarlo por el futuro de los huérfanos?

Warrick y su anfitrión tenían previsto reunirse esta mañana en el estudio de Philip. Anticipó una sesión larga y difícil. Ya sería bastante difícil revelar su analfabetismo a su colega duque. Una cosa era segura: Amelia nunca descubriría su secreto.

Quizás fue fortuito entonces que la duquesa y su hermana planearan pasar el día de compras

en Raventhorpe. Fuera de la vista, fuera de la mente, esperaba.

Empantanado

—Bueno —suspiró Amelia mientras Jenny y ella bajaban del carruaje de Wentworth con la ayuda de un lacayo—. Raventhorpe es pintoresco, pero dudo que encontremos tiendas. La cervecería parece ser el único establecimiento comercial.

—No hay mucho más por aquí, aparte de granjas, Su Excelencia—, les informó el lacayo James—. Podemos ir a Scunthorpe si quieren tiendas.

—Lo siento, Amelia —dijo Jenny, señalando el camino lleno de baches que aparentemente servía como vía principal de Raventhorpe—. Sólo vine aquí una vez de camino a la mansión—.

—Y supongo que estabas prestando más atención a Philip que al paisaje.

—Me conoces bien —admitió su hermana con una sonrisa tímida.

Amelia examinó la bucólica escena. —¿Por qué no salimos a caminar? Los prados más allá parecen extenderse por millas.

—Buena idea —respondió Jenny—. James puede ayudarnos a pasar el montante y luego quedarse en el carruaje hasta que regresemos.

—Le pido perdón, Su Excelencia —respondió James—. Su excelencia me cortará la cabeza si la dejo sola en el campo.

—Tiene razón —dijo Amelia—. Podríamos necesitarlo si nos encontramos con un toro feroz.

James se puso pálido.

—Le está tomando el pelo —explicó Jenny—. Pero tal vez debería acompañarnos.

* * *

Con los documentos cruciales en la mano, Warrick acompañó a Philip a su estudio y se sentó en la silla de cuero que le indicó su anfitrión. No esperaba la humillante experiencia de revelar su incapacidad de leer y escribir. Sus antecedentes ya habían sumido en dificultades a su nuevo ducado.

—La duquesa y su hermana han ido de compras al pueblo —dijo en un esfuerzo por retrasar lo inevitable.

—Sí, aunque dudo que encuentren algo que quieran comprar. Es básicamente una comunidad agrícola.

—Recuerdo que un médico vino de allí cuando dispararon a tu padre.

—Sí. Es anciano y está jubilado, pero aun así es capaz.

—Lo recuerdo —respondió Warrick, dándose cuenta demasiado tarde de que se había repetido.

—Nunca te agradecí adecuadamente tus esfuerzos por salvarlo —dijo Philip.

—No hay necesidad. Sólo lamento que la bala finalmente lo matara.

—Pero tus rápidas acciones le dieron meses extra que creo que realmente disfrutó. Mi madre está muy agradecida por los recuerdos del tiempo que pasaron juntos en Bath.

—Maravilloso invento, la silla de baño.

—En efecto.

—¿Aun la tienes?

—Sí. Detrás de la pantalla de allí. Sentí que pertenecía a este estudio donde pasó gran parte de su vida.

Warrick asintió, con un nudo en el estómago.

—Basta de charlas triviales, amigo mío. Echemos un vistazo a esos papeles antes de que los

aplastes hasta dejarlos irreconocibles.

El alivio que sentía se mezcló con la humillación. Warrick pensó que había logrado ocultar su problema, pero Philip evidentemente sospechaba. —Yo...

—Hice suposiciones —admitió su colega duque—. Y me disculpo por eso. Debería haberme dado cuenta de que nunca tuviste la oportunidad de recibir educación. Pensé que Beaufort...

—Me daba mucha vergüenza decírselo —confesó Warrick—. Pensé que tendría tiempo para aprender a leer y escribir por mi cuenta, sin imaginar que mi padre moriría tan pronto.

—Por lo tanto, los documentos son motivo de preocupación inmediata —dijo Philip—. ¿Cuestiones de herencia, supongo?

—Sí, pero no puedo usar mi marca donde debería estar mi firma. Me convertiría en el hazmerreír.

—Puedo guiar tu mano —ofreció Philip después de pensar un poco en el problema.

—No puedes imaginar lo agradecido que estaría —respondió Warrick.

—Sin embargo, esa es una medida provisional. A la larga, tendrás que adquirir las habilidades.

—Lo sé. Puede que parezca y hable como un duque, pero en realidad no soy tan apto para esta vida como mis muchachos.

—Disparates. Creo que tienes las cualidades de un excelente duque. Aportas una perspectiva diferente al título. La aristocracia británica necesita un shock para su sistema. Eres un tipo inteligente. Lo que te falta es un buen maestro.

A Warrick no le gustó el brillo sugerente en los ojos de Philip.

—Si estás pensando en la señorita Saxton, nunca podría revelarle mi ignorancia.

—Subestimas a Amelia si crees que ella pensaría menos de ti.

—He estado pensando en invitarla a ser la institutriz de los niños.

—Ella es probablemente la persona ideal —coincidió Philip.

—Le preguntaré —decidió Warrick en contra de su mejor juicio—. Pero prefiero que ella no sepa todavía sobre mi problema.

—Como desees. Ahora, lo primero es lo primero. Ocupémonos de esos documentos.

* * *

Las hermanas y su escolta no se habían alejado mucho de la valla, pero Amelia pudo ver que Jenny estaba cansada. El débil sol aún no había secado el rocío de la mañana. La hierba resbaladiza hacía que el avance fuera lento. —Deberíamos dar marcha atrás—, dijo.

—Sí, Su Excelencia—, asintió James nerviosamente mientras caminaba detrás.

—Sólo un poco más —insistió Jenny—. A la granja de allí, tal vez.

—Allá está la granja de Matthias Greg —dijo James—. Él tiene cerdos—.

Jenny y Amelia se taparon la nariz cuando un olor acre confirmó la advertencia del lacayo.

—Me encantaría ver lechones —dijo Jenny mientras se acercaban a las dependencias.

El trío se detuvo abruptamente cuando el suelo bajo sus pies se volvió pantanoso.

El corazón de Amelia dejó de latir cuando un enorme cerdo cubierto de barro salió de un cobertizo y trotó hacia ellos, moviendo sus patas regordetas con una velocidad sorprendente.

—Oh, Dios mío —exclamó Jenny, agarrando el brazo de Amelia—. No parece amigable.

Hay que reconocer que James obviamente pensaba con más claridad que sus damas. —Detrás de mí, Su Excelencia— siseó, agarrando el brazo de Jenny.

Desafortunadamente, Jenny perdió el equilibrio y se resbaló en el barro, arrastrando a Amelia con ella.

James se quitó la peluca blanca. Agitándola y gritando a todo pulmón, corrió hacia el cerdo que atacaba.

La bestia que gruñía se detuvo, dio media vuelta y se retiró.

Revolcándose en el barro, Amelia y Jenny se rieron ante la cómica visión de un sirviente con librea infundiendo miedo en el corazón de un cerdo enfurecido por medio de una peluca.

Se reían a carcajadas cuando el granjero enojado salió de la granja.

James se giró para correr hacia ellas, aparentemente más temeroso de Matthias Greg que del cerdo. Él también resbaló en el barro.

Amelia sabía que estaba mal reírse de la desgracia de otra persona, pero ella y su hermana parecían no poder parar. Era como si volvieran a ser las traviesas chicas Saxton de años atrás.

Indescifrable

Warrick y Philip acababan de salir del estudio cuando una conmoción en el vestíbulo llamó su atención. Acompañadas de un lacayo, entraron la duquesa y Amelia, con el pelo y la cara embadurnados de barro. Los vestidos de las mujeres y la librea del lacayo estaban cubiertos de lodo. Huellas de barro salpicaban el suelo de baldosas. Amelia y su hermana estaban de muy buen humor, pero aparentemente a Philip no le hizo gracia. Corrió al lado de su duquesa.

—Estoy perfectamente bien —jadeó, con la cara roja como una remolacha—. Nos encontramos con un cerdo furioso.

—¿Has permitido que atacaran a mi esposa? —acusó al lacayo.

—No —intervino Amelia, dando un paso adelante para defender al sirviente. Al hacerlo, su zapato resbaló sobre las baldosas mojadas y se tambaleó con cara de pánico.

Warrick dejó caer el expediente que contenía sus documentos, extendió el brazo y la atrapó antes de que cayera.

Durante lo que pareció una eternidad, él miró fijamente sus grandes ojos color avellana, hasta que su pecho agitado captó su atención.

La fuerte tos de Philip lo devolvió a la realidad, pero no tuvo ningún efecto sobre el dolor en su ingle.

—Gracias —respiró Amelia, con la cara roja cuando él la puso de pie. —Oh, tus papeles. El barro.

Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, se le escapó de su brazo y estaba de rodillas recogiendo sus documentos dispersos.

Se arrodilló a su lado, pero ella ya había visto la naturaleza del contenido del expediente. Rezó para que ella no hubiera notado nada extraño en la firma garabateada que parecía como si una mosca con tinta en las patas se hubiera arrastrado por el pergamino. A él le había costado aceptar que la línea negra serpenteante representara su nombre, pero Philip le aseguró que las firmas de la mayoría de los nobles eran indescifrables.

Incapaz de encontrar la mirada curiosa de Amelia, suavemente tomó los papeles de sus manos, recogió el resto y metió todo en el expediente.

—Parece que estamos destinados a estar de rodillas juntos —dijo mientras él y el lacayo la ayudaban a levantarse.

—Es probable que sea necesario limpiar el carruaje —anunció Jenny mientras se levantaba las faldas y corría hacia las escaleras.

Dirigido a su marido, el descarado comentario de Jenny sacó a Amelia de su trance.

* * *

Philip continuó mirando enojado al lacayo. Siguiendo el ejemplo de su hermana, Amelia subió las escaleras hacia su habitación. Todavía estaban mareados por su desventura, pero el episodio con los documentos de Warrick atenuó el júbilo de Amelia.

Obviamente eran documentos importantes relacionados con su herencia del ducado. Quizás eso explicaba la consternación de Warrick cuando se dio cuenta de que ella los había visto. Las mujeres no tenían derecho siquiera a estar al tanto de esas cuestiones. Pero, ¿por qué se los había llevado a Philip? ¿Y qué tenía de molesto la firma garabateada junto al sello?

Lo que más distrajo fue la abrumadora emoción que surgió cuando Warrick la atrapó antes de que cayera. Podría haberse ahogado en las fascinantes profundidades esmeralda de su mirada. Un dolor de deseo floreció en su interior.

Sólo escuchó a medias a la pequeña doncella francesa que supervisaba la preparación de su baño, avergonzada de que sus pezones parecieran más duros y oscuros de lo habitual cuando la chica la ayudó a desvestirse.

Mientras se sumergía en la bañera, cerró los ojos y reflexionó sobre el enigma de Warrick Farrell. Sospechaba que él podría ofrecerle el puesto de institutriz de sus hijos. Era tentador aceptarlo. Estaba segura de poder preparar a los huérfanos para carreras que valieran la pena. Sin embargo, sería imposible ocultar sus sentimientos hacia su empleador. Los recuerdos de su fuga de Lancashire justo a tiempo la hicieron estremecer, aunque Warrick no se parecía en nada al depredador Knowsley. Aún así, sería difícil resistirse a su atracción por él.

Mientras el agua se enfriaba, su mente vagaba hacia la firma de aspecto extraño en los documentos. ¿Por qué traerlos a Wentworth? El pánico oscureció los ojos de Warrick cuando...

Se sentó repentinamente cuando se dio cuenta de la verdad.

—Es analfabeto —exclamó.

—¿Comentario, señora? —preguntó la criada.

— *Rien* —respondió Amelia, preguntándose cómo pudo haber sido tan obtusa. El comprenderlo lo cambió todo. Sentía demasiado por Warrick como para permitirle luchar solo con su carga. Si él se lo pedía, ella iría a Beaufort, para ayudar a los niños, sí, pero sus compañeros nunca lo aceptarían si no sabía leer ni escribir. Dependía de ella. Simplemente tendría que dejar de lado sus sentimientos personales y prepararlo para ocupar el lugar que le correspondía en la sociedad.

* * *

Consciente de que corría el peligro de llegar tarde a la cena, Warrick vaciló mientras Carlos jugueteaba con su corbata. ¿Qué clase de duque no podía decidirse sobre un asunto tan sencillo?

—¿Problemas, *Vuestra Merced*? —preguntó su ayuda de cámara, evidentemente sintiendo su confusión.

—Quiero tomar la mejor decisión para los chicos —respondió—Necesitan una institutriz.

—Sí —respondió Carlos—. *La señorita Saxton*.

Warrick negó con la cabeza. Incluso su ayuda de cámara había visto la idoneidad de Amelia para el trabajo.

—Ella está más que calificada —concordó.

—Y ella *también es buena para ti* —agregó Carlos—. ¡*Perfecta!*

Warrick no estaba seguro de si el español se refería a la señorita Saxton o a la corbata, pero su ayuda de cámara lo sacó por la puerta antes de que pudiera profundizar más. Fue lo mejor. Siempre había dependido de su buen juicio y seguramente los duques no buscaban la opinión de sus ayudas de cámara.

Tentado a quitarse la apretada corbata de su garganta antes de que lo estrangulara, asomó la cabeza en la habitación de los chicos.

—Sus comidas están en camino. Confío en que os comportaréis.

—¿Por qué no podemos comer en el comedor? —Preguntó Eddie.

—Porque los adultos necesitan un descanso de vuestras travesuras.

Unas quejas ahogadas fue la respuesta.

Con la esperanza de haber dicho lo suficiente, Warrick bajó corriendo las escaleras y entró en el salón. Ya se habían reunido todos para tomar una copa de jerez antes de cenar.

—Aquí está Beaufort, por fin —exclamó Philip con una sonrisa mientras indicaba a un lacayo que le atendiera.

Warrick tomó el vaso de la bandeja del lacayo, ansioso por no prestar demasiada atención a

Amelia y su hermana que estaban sentadas una al lado de la otra en el sofá. Mirar a Amelia Saxton tendía a confundir sus pensamientos. Ambas mujeres estaban ahora libres de barro. Eso llevó su imaginación rebelde a imaginarse a Amelia en una bañera de agua caliente... las pompas de jabón escondiéndola...

Contrólate, hombre.

De pronto la corbata se sintió más apretada. ¿Estaba enfermando de algo? Había vivido tanto tiempo en la inmundicia de los muelles que tal vez su cuerpo no podía soportar la limpieza.

Una mirada a la ceja levantada de Philip puso fin a esa idea ridícula.

Había participado en muchas empresas arriesgadas, la mayoría de ellas ilegales. Que lo atraparan le habría llevado a la cárcel, al destierro o a algo peor. Sin embargo, nunca antes se había sentido al borde de un precipicio.

Amelia Saxton lo tenía atado.

—¿Podrías acompañar a las damas Saxton a cenar? —preguntó Philip mientras le ofrecía su brazo a su duquesa.

—Por supuesto —respondió Warrick, aliviado de devolver el vaso lleno de jerez a la bandeja. El licor había destruido la vida de su madre y lo había dejado con la determinación de no entregarse a bebidas embriagantes. Seis meses como noble le habían enseñado que sería difícil evitar el alcohol. A los aristócratas les encantaba su brandy.

Amelia sonrió mientras lo tomaba del brazo.

Lady Penélope no lo hizo.

Apenas habían entrado al comedor cuando apareció Beckley.

—Perdonen la intrusión, excelencias. Hay un problema con los jóvenes.

Warrick apretó los dientes. Se habían llevado bandejas a la cámara de los huérfanos para que los adultos pudieran cenar en paz. Podría haber esperado algún tipo de discusión.

—Iré —dijo.

—Iré contigo —respondió Amelia.

¿Aceptará?

Reacia a retirar su mano de la sólida fuerza del brazo de Warrick después de haber subido las escaleras, Amelia, aun así, hizo un alto fuera de la habitación de los chicos. Las voces elevadas y las risas burlonas eran señales seguras de que se estaba produciendo una discusión.

—Déjeme entrar primero—, dijo sin aliento, esperando que él pensara que era el ejercicio lo que le había robado la capacidad de respirar adecuadamente.

—¿Está segura? —preguntó, aunque ella detectó un atisbo de alivio en la pregunta.

Sospechaba que Warrick Farrell había sobrevivido a su vida anterior gracias a la confianza en si mismo. Sin embargo, claramente no estaba seguro de cómo manejar a sus huérfanos en un mundo ajeno al que todos habían conocido. Sólo quería lo mejor para sus pilluelos. Ella podría ayudarlo en su noble esfuerzo.

Asintiendo, giró el pomo de la puerta, entró en la cámara y cerró lentamente la puerta detrás de ella. Esperó a que el quinteto en disputa se fijara en ella.

Pasaron un momento o dos hasta que los gritos se calmaron y otro momento hasta que cayó el silencio absoluto.

Era la primera vez que los veía sin gorra. Con la boca abierta, parecían muy jóvenes y vulnerables. De repente comprendió por qué insistían en usar gorra. Era su armadura protectora.

—Haré que uno de los sirvientes recoja vuestras bandejas si han terminado —dijo con calma.

Probablemente esperando ser reprendidos, continuaron boquiabiertos.

Kenny habló primero.

—Er... no, señorita Saxton. No hemos terminado.

—¿Entonces podéis hacer un poco menos de ruido? Los sirvientes tienen bastante que hacer sin que los molesten, y a mí me gustaría comer en paz.

—Ta´bien, señorita Saxton —murmuraron al unísono.

—Los caballeros dicen *está bien*, no *ta´bien* —dijo, sonando demasiado como su madre—. Tomad asiento en la mesa, por favor.

—Está bien, señorita Saxton —respondieron mientras se apresuraban a obedecer—. Perdón, señorita Saxton.

Se le ocurrió que estos muchachos habían conocido muy poco afecto en sus cortas vidas.

—Si lo queréis, volveré más tarde para asegurarme de que estáis arropados.

El anhelo en los brillantes ojos jóvenes casi le rompió el corazón.

—Hasta más tarde —dijo mientras los dejaba.

—Están demasiado silenciosos —susurró Warrick mientras cerraba la puerta suavemente.

—Están comiendo —respondió ella.

—Esto tengo que verlo —respondió, alcanzando el pomo de la puerta.

Sin pensarlo, presionó su mano contra su pecho. —Déjalo. Prometí subir más tarde para arroparlos.

Parecía que no podía quitar la mano, aunque tocar a un par del reino sin permiso era un gran *paso en falso social*.

Sus pezones hormiguearon cuando él cubrió su mano con la suya. Su corazón latía incluso más rápido que el de ella. Resultó imposible apartar la mirada de sus cálidos ojos verdes. Se acercó más. Estaba segura de que él quería besarla. Ella no debería permitirlo, ¿verdad?

En cambio, murmuró: —Los chicos te necesitan en Cavendish Manor, Amelia. ¿Serás su

institutriz?

Era lo que quería, lo que esperaba. El anhelo en sus ojos, la calidez de su mano y la sospecha de ella sobre su analfabetismo, todo hablaba de su necesidad. Sin embargo, sólo había mencionado a los muchachos. Quizás no le agradeciera su interferencia en su vida personal. Su corazón palpitante y el doloroso deseo de besarlo eran señales claras del peligro en el que se encontraba. Además, había prometido ayudar a Jenny con la remodelación de Wentworth Manor.

—Lo consideraré —respondió ella, retirando la mano.

Ella quiso recuperar la atenta respuesta cuando la luz de sus ojos se atenuó.

—¿Puedo acompañarla abajo, señorita Saxton? —preguntó.

Ya era demasiado tarde para recordarle que siempre la había llamado Amelia. Ella fue quien levantó la barrera. Quizás eso fue algo bueno.

—Por supuesto, Su Excelencia —respondió.

* * *

La atenta respuesta de Amelia le dio a Warrick una patada de lleno en el estómago. Obviamente, había hecho las cosas de forma totalmente equivocada. ¿De qué otra manera explicar su repentino cambio de comportamiento? Había pasado de *Warrick* a *Su Excelencia*. Casi había besado esos tentadores labios carnosos... otra situación cercana. Ser duque estaba lleno de trampas. La vida en los barrios marginales había sido mucho más sencilla. Si quería besar a una muchacha, lo hacía. Ahora, había todo tipo de pasos en falso que sortear. Al menos ella no había sido consciente de su palpitante excitación. El hombre tranquilo y sereno que siempre había mantenido el control de sus impulsos masculinos se convertía en un toro furioso en presencia de Amelia Saxton.

Amelia era una plebeya. Él también lo era, aunque las circunstancias de su nacimiento y educación la colocaron muy por encima del alcance de Warrick Farrell, habitante de un barrio pobre, pero inadecuado para Su Excelencia, el Duque de Beaufort. La ironía en todo esto...

Realmente había creído que ella aceptaría con gusto el puesto en Cavendish Manor. Incluso había jugado con la idea de confesar su analfabetismo y pedirle ayuda. Gracias a Dios había mantenido la boca cerrada. Al parecer, ella no se sentía tan atraída por él como él pensaba. Eso era algo bueno si estaba destinado a casarse con una heredera titulada. ¿No era así?

Si todavía fuera el viejo Warrick Farrell, tomaría la delicada mano cuyo calor penetraba la manga de su levita y hablaría abiertamente de su dilema. Pero los aristócratas desaprobaban ese tipo de cosas.

* * *

La comida servida durante la cena fue probablemente maravillosa. Todos los demás pensaron eso. Amelia no tenía idea de lo que estaba comiendo. No se atrevía a mirar a Warrick al otro lado de la mesa. Apenas dijo una palabra, excepto para informar a sus anfitriones que él y los niños se irían con las primeras luces de la mañana siguiente.

—Podrías quedarte uno o dos días más —dijo Philip.

—Desafortunadamente —respondió—. Mi presencia es necesaria en casa y no queremos imponer más.

—Creo que no —intervino Lady Penélope.

—Justo cuando Amelia estaba progresando con tus muchachos —exclamó Jenny, mirando a su madre—. Deberías considerar emplearla como su institutriz.

Confía en la franca Jenny para poner al zorro entre las gallinas. Si Amelia hubiera estado sentada al lado de su hermana, le habría dado una patada debajo de la mesa. Así las cosas, el calor la inundó de pies a cabeza.

—Le ofrecí el puesto —respondió Warrick, evitando su mirada—. Parece reacia.

A Amelia se le puso la piel de gallina cuando unos ojos curiosos se posaron en ella. ¿No se dio cuenta Warrick de que la estaba poniendo en un aprieto?

—¿Por qué rechazarías tal oferta? —Preguntó Jenny.

Al parecer, sintiendo la tensión, Philip se aclaró la garganta, pero su esposa no se dejó silenciar. —Eres exactamente lo que esos chicos necesitan.

—Estoy de acuerdo —dijo Warrick—. Pero entiendo perfectamente su compromiso previo de ayudar con las renovaciones aquí.

—Tonterías —replicó Jenny—. Tengo personal para ayudar con eso. Sería divertido hacerlo contigo, Amelia, pero este es el tipo de puesto que siempre has deseado.

Amelia se sintió incómoda. Cuando era la más joven, había pasado a un segundo plano y se contentaba con dejar que sus hermanas mayores fueran el centro de atención. Molesta porque quizás Warrick la había obligado a tomar una decisión sin darse cuenta, se armó de valor y lo miró. La súplica en sus ojos acabó con su intención de negarse. Él pensaba sólo en los chicos mientras que ella estaba siendo egoísta.

—Si realmente no me necesitas en Wentworth —dijo—. Estoy dispuesto a ir a Derbyshire —.

Ivanhoe

Warrick pidió prestado un hermoso caballo castrado para poder regresar a Cavendish Manor. Reconoció su cobardía al dejar a Amelia sola en el carruaje con los muchachos. Todavía no estaba seguro de cómo se sentía ella realmente al aceptar el trabajo de institutriz de la pandilla. Nunca sobreviviría horas en un carruaje estrecho sin sucumbir a la necesidad de tocarla.

Para su sorpresa, Eddie pidió ir de pasajero y Kenny insistió en que prefería sentarse al lado del conductor. Esto dejó algo de espacio para que Carlos pudiera hacer el viaje hacia el interior en lugar de aferrarse al maletero.

Después de tres horas, el conductor gritó su intención de salirse de la carretera y entrar en el patio de una posada en el pueblo de Retford. Warrick asintió en señal de acuerdo. Los caballos necesitaban un respiro. Se alegró cuando Eddie expresó su deseo de viajar con él. Lo enloquecedor es que había pasado tres horas deseando que fuera Amelia la que estuviera aferrada a su espalda. Ella no se habría quejado constantemente por el roce constante que le tenía el trasero en carne viva. Cuando el muchacho se bajó del caballo, Warrick estuvo tentado de sugerirle que se sentara en el abrevadero durante una hora. En cambio, le dijo que se esforzara más en escuchar durante las lecciones diarias de equitación.

Kenny se bajó del asiento del conductor y se jactó de lo maravilloso que lo había pasado. Se burló de Eddie por su dolor en el trasero. Las peleas parecían inminentes.

En ese momento se abrió la puerta del carruaje. Carlos salió, bajó los escalones y ayudó a Amelia Saxton a apearse. Recordó lo vergonzosamente desaliñado y agotado que estaba después del viaje a Wentworth. Amelia parecía tan fresca y perfectamente arreglada como cuando partieron: ni un pelo fuera de lugar, las cintas de su sombrero todavía atadas en un alegre lazo debajo de su barbilla.

Carlos salió del carruaje y le tendió el brazo.

—Permítame acompañarla, señorita Saxton —dijo.

Carlos debió haber notado la mirada de asombro de Warrick.

— *Libro* —dijo, como si eso lo explicara todo.

—¿Un libro? — Preguntó Warrick.

— *Sí*. Ella nos leyó *Ivanhoe*. Eran como... eh... *esclavos*.

Warrick había oído hablar de la popular novela escrita por Walter Scott. De repente deseó haber viajado en el carruaje para poder también quedar cautivado por la voz de Amelia leyendo cuentos de caballeros medievales.

—Era una elección entre eso y *El Monstruo* —dijo Amelia, alisando los pliegues inexistentes de sus faldas mientras se unía a ellas.

Podría considerarlo un monstruo si pudiera leer sus pensamientos lascivos sobre las largas piernas debajo de esas faldas.

—Philip me dijo que conoció al autor —añadió—. Se ofreció a prestarme su copia. Pero me decidí por *Ivanhoe* porque aún no he leído *El Monstruo*. No sirve de nada darles pesadillas a los niños.

Para mayor sorpresa y humildad de Warrick, Eddie y Kenny habían dejado de discutir y asentían con la cabeza en señal de acuerdo con las sabias palabras de Amelia.

Pasaron más de una hora en Retford explorando el concurrido mercado donde disfrutaron de empanadas de cerdo y puré. Los persuadieron a probar un vaso de zarzaparrilla, una nueva bebida promocionada por el movimiento por la sobriedad. Warrick simpatizaba con las muecas y

los ruidos de arcadas de los niños y estaba dispuesto a pasar por alto su única desviación del comportamiento caballeroso. Casi podía creer que eran una familia: una pareja feliz y sus hijos deambulando de un puesto en el mercado. La idea lo llenó de satisfacción.

Aun así, estaba intranquilo. Seguramente estallaría una discusión cuando reanudaran su viaje.

* * *

—Sospecho que Eddie ya ha montado suficiente a caballo por hoy — dijo Amelia mientras todos se reunían para reanudar el viaje—. ¿A alguien más le gustaría viajar con Su Excelencia?

Kenny negó con la cabeza.

—Quiero escuchar las historias de Sir Heave-Ho.

—Ivanhoe —corrigió Charlie—. Y yo también quiero escuchar.

—Yo y todos —intervinieron Tim y Tom.

—Yo también —les recordó.

—Sí, señorita Saxton —respondieron.

Amelia estaba contenta de que Charlie hubiera corregido a Kenny sin menospreciarlo, y estaba encantada de que todos quisieran escuchar más de la historia de aventuras de Walter Scott. —Tal vez a Carlos no le importaría viajar con el duque —sugirió, alarmada cuando el color desapareció de la curtida tez del español.

— ¿*Caballo*? —tartamudeó, alejándose del caballo castrado—. No, no, *señorita*—. Me siento con el conductor.

Amelia supuso que no debería culparlo. Como nunca aprendió a montar, tampoco se sentía cómoda con los caballos. Aunque podría ser emocionante viajar detrás de Warrick, con sus brazos entrelazados alrededor de su cintura...

Descartó la ridícula idea mientras el calor la invadía.

—Niña tonta —murmuró en voz baja.

—¿Puedes arreglártelas con todos ellos? —preguntó Warrick.

—Por supuesto —respondió ella—. Habrá unas vistas maravillosas una vez que nos acerquemos al Peak District. Estoy seguro de que disfrutarán del paisaje.

* * *

Es posible que Amelia haya llamado la atención de los muchachos con *Ivanhoe*, pero Warrick dudaba seriamente que estuvieran interesados en las vistas panorámicas. Había estado tan ocupado manteniendo la paz en el camino a Wentworth que apenas había tenido oportunidad de echar un vistazo al campo por el que viajaban.

Ella lo había llamado Peak District. Realmente debería aprender más sobre Derbyshire. Probablemente era el único duque del condado. Pasear por la finca estaba muy bien, pero tendría que aventurarse más lejos, *ampliar sus horizontes*, como solía decir su padre.

Se sentía bendecido por tener buenos recuerdos del hombre que lo había engendrado. Se alegraba de estar libre del resentimiento que había soportado toda su vida. Había reconsiderado su visión del mundo. Ahora sabía que no todos los aristócratas eran snobs egoístas. El cambio de circunstancias le había traído desafíos, pero su padre creía que estaba a la altura de ellos. Mientras montaba al caballo castrado, Warrick decidió hacer todo lo posible para estar a la altura de esa creencia. Tenía más confianza en el éxito ahora que contaba con la ayuda de Amelia.

Bienvenido a Cavendish

Amelia pudo disfrutar de vistas lejanas del Peak District sin interrupciones. El esfuerzo de actuar como jóvenes educados había agotado a sus pupilos. Se habían quedado dormidos cuando el carruaje pasó por Belper. Ella también estaba cansada, pero reconoció que la aprensión tenía tanto que ver con su cansancio como con el viaje. Warrick se había embarcado en una nueva vida. Ella quería ayudarlo a él y a sus huérfanos a tener éxito en esa vida, pero sería demasiado fácil apegarse más a él de lo que ya estaba. Cuando finalmente encontrara a su heredera, ella tendría que buscar otro puesto. Con suerte, para entonces sus esfuerzos por preparar a los niños para un futuro exitoso habrían dado frutos.

El paisaje le recordaba un poco a los valles de Yorkshire. Siempre había encontrado que caminar al aire libre era una buena manera de aclarar la mente. Si las cosas se ponían demasiado estresantes en Cavendish Manor, simplemente saldría a dar un largo paseo. —Ahora que lo pienso —susurró—. A los muchachos les vendría bien explorar las colinas y valles de Derbyshire.

Satisfecha con la idea, apretó la mandíbula y los puños mientras atravesaban las puertas de hierro forjado. Su ánimo mejoró cuando apareció ante su vista una casa encantadora.

Cavendish Manor no poseía la majestuosa grandeza de Harrowby Hall, ni era tan grande como Wentworth. Amelia supuso que la vivienda de dos pisos estaba construida con piedra gris, aunque una especie de enredadera cubría toda la fachada con una exuberante vegetación. Contó catorce ventanas con parteluces en total y parecía que sólo había dos chimeneas.

El carruaje se detuvo en un gran patio delantero salpicado de arbustos de poda. Ansiosa por descender, se detuvo para observar a Warrick al desmontar. Se le secó la boca. Sabía que él debía haber aprendido a montar solo al llegar a Derbyshire, pero desmontó con gracia atlética. Piernas largas...

—¡Estamos en casa! —Eddie gritó, haciéndola caer de nuevo a la tierra.

* * *

Warrick quedó impresionado con Cavendish Manor desde el momento en que vio por primera vez su nuevo hogar. Aunque ciertamente era más grandiosa que cualquier lugar en el que hubiera vivido, la casa construida en la época georgiana no era ostentosa. Parecía más una vivienda elegante que una mansión ducal. Una vez que conoció un poco mejor a su padre, reconoció que la casa reflejaba perfectamente los gustos más simples de James Hastings.

Había sirvientes, por supuesto, pero no tantos como para que Warrick no supiera pronto sus nombres. Al principio, lo miraron con cautela, pero rápidamente lo hicieron sentir como en casa cuando se dieron cuenta de que el duque estaba orgulloso de él. Warrick se alegró de escuchar la declaración de Eddie, que indicaba que consideraba a Cavendish su hogar. A Warrick se le ocurrió que él también sentía una sensación de pertenencia que nunca había sentido por ningún lugar donde había vivido.

Mientras desmontaba, esperaba que Amelia fuera feliz dentro de las paredes de la primera casa de la que se había sentido orgulloso.

Los muchachos se empujaban entre sí, pero al menos competían por el derecho de ayudar a su nueva institutriz mientras bajaba del carruaje.

La inseguridad le apretó la garganta. Reconoció que era una tontería, pero razonó que tenía *derecho* a darle la bienvenida. Aparentemente sintiendo su intención, los chicos retrocedieron.

—Bienvenida a Cavendish Manor, señorita Saxton —dijo, consciente de que los muchachos

todavía estaban al alcance del oído.

Amelia le tomó la mano. —Es una casa preciosa —respondió ella.

El toque de su delicada mano fue suficiente para enviar calor por su columna. Su sonrisa convirtió el calor en deseo fundido.

Incapaz de dejarla ir, miró fijamente sus labios y se dio cuenta demasiado tarde de que nunca debería haberla traído aquí.

La repentina aparición de Carlos junto a ellos rompió el hechizo.

—La guiaré, *Señorita* Saxton. —dijo, inclinándose hasta la cintura.

—Se lo agradecería —dijo, retirando la mano para colocarla en el brazo del ayuda de cámara —Disculpe, Su Excelencia—.

—Maldito español —gruñó Warrick mientras los veía desaparecer dentro de la casa.

* * *

La presentación de Amelia al personal reunido apresuradamente de Cavendish Manor fue una de las experiencias más extrañas que jamás había tenido. Rápidamente se hizo evidente que Carlos no sabía los nombres de los otros sirvientes. Mirando a un hombre alto cuyo atuendo proclamaba que era el mayordomo por encima de su larga nariz, tomó el relevo.

—Señor Wilson —anunció—. ¿Y usted es?

—Nuestra nueva institutriz —explicó Eddie cortésmente—. La señorita Saxton.

Wilson, mirando boquiabierto al chico, levantó una ceja mientras el alivio relajaba sus rasgos severos.

—Ya veo. Bienvenida a Cavendish, señorita Saxton.

Amelia podía imaginarse perfectamente a lo que los muchachos habían sometido a este tan formal mayordomo.

—Gracias, señor Wilson —respondió ella.

—Wilson será suficiente —dijo con lo que podría haber sido un intento de sonrisa

Amelia tenía la esperanza de haber hecho una amiga.

—Yo me haré cargo desde aquí, Wilson —dijo Warrick mientras se unía a ellos.

Amelia rezó para que llegara el día en que su voz profunda no causara sensaciones peculiares desenfundadas en lugares secretos. Intentó resueltamente disipar el calor que subía a su rostro. Nunca había sido propensa a sonrojarse, pero ahora... Quizás el largo viaje simplemente había sido demasiado.

—Le presento a mi ama de llaves, la señora Knight —dijo Warrick.

—Señorita Saxton —respondió la mujer diminuta con bastante amabilidad, aunque no hizo ningún intento de hacer una reverencia. Obviamente, una institutriz era considerada una consierva. A Amelia le recordó su primer día en la casa de los Knowsley.

—Sugiero la antigua cámara de Master Block por el momento —indicó Warrick.

—Estoy de acuerdo, Su Excelencia —respondió la Sra. Knight antes de invitar a dos doncellas a que la acompañaran mientras se dirigía a la escalera en el centro del vestíbulo.

Warrick presentó a los lacayos, criadas y personal de cocina restantes por su nombre. Amelia quedó impresionada pero no sorprendida. Warrick no tenía nada del desdén esnob por los sirvientes que exhibían muchos aristócratas.

—La señorita Saxton se reunirá con los niños y conmigo para cenar —informó a Wilson.

El mayordomo y el cocinero fruncieron el ceño. Parecía que ellos también la consideraban una sirvienta.

—Muy bien, Su Excelencia —respondió Wilson.

Amelia sabía algo que el personal desconocía. Warrick sólo podía tener una razón para

quererla en la mesa: asegurarse de que los muchachos se portaran bien. Saberlo fue a la vez divertido y decepcionante.

Mente inquisitiva

—Buenas noches, caballeros —dijo Warrick en respuesta a la solicitud de permiso de sus huérfanos para abandonar la mesa.

Estuvo tentado de sonreír ante las expresiones de asombro en los rostros de los lacayos que esperaban el comportamiento rebelde de la pandilla.

—Buenas noches —repitió Amelia—. Estaré arriba para veros en breve.

Hubo algunos empujones cuando llegaron a la puerta, pero no fue nada comparado con lo que ocurría antes.

—No quería ofrecerme a arroparlos de nuevo —susurró Amelia—. Eso podría haberlos avergonzado delante de los sirvientes.

—Lo entendieron —respondió Warrick—. Para ser honesto, incluso cuando todos vivíamos juntos en Hull, nunca se me ocurrió que pudieran desear algo tan simple.

—En el fondo son sólo niños pequeños —respondió.

Siguió un pesado silencio. Warrick deseó nunca haber mencionado los besos de buenas noches. No eran sólo los niños pequeños los que anhelaban los besos de Amelia.

—¿**Tu** habitación está bien? —preguntó, aunque ansiaba decirle lo agradecido que estaba de que ella hubiera aceptado venir a Cavendish.

—Es encantadora —respondió ella—. Se verá un poco menos vacía una vez que desempaque algunas de mis cosas.

Lo tomó como un buen augurio. Evidentemente, veía el puesto de institutriz como un compromiso a largo plazo.

Henry, el lacayo, sostuvo su silla mientras ella se levantaba.

—¿Crees que es demasiado pronto para decirles buenas noches? —preguntó—. No me gustaría entrometerme si todavía están... er...

A Warrick le gustaba ver a la verdadera señorita Saxton un poco desequilibrada. Insinuaba un espíritu más libre debajo del exterior remilgado. Cuando se puso de pie, se preguntó si el rubor se extendería hasta sus pechos, pero el cuello alto del vestido frustró su sed de saberlo.

—Estoy seguro de que Carlos ya los tiene en camisón —le aseguró—. Él es la única persona a la que parecen temer, probablemente porque les insulta en español cuando se portan mal. No saben qué hacer con él.

Se maldijo a sí mismo cuando ella desvió la mirada y el sonrojo se hizo más profundo. Los caballeros no hablaban de camisones ni de malas palabras en presencia de mujeres jóvenes de buena educación. Se aclaró la garganta, decidido a mantener su relación sobre una base profesional.

—Venga a mi estudio mañana, Amelia. Podemos discutir sus planes para los chicos.

Ella asintió.

—Como desee, Su Excelencia. Pero debería llamarme señorita Saxton. De lo contrario...

—Muy bien —aceptó —Buenas noches, señorita Saxton.

* * *

Amelia hizo una pausa antes de llamar a la puerta del dormitorio de los niños. Consideró pasar por su habitación a buscar un abanico, pero no había desempaquetado todo. Con un poco de suerte, los muchachos no notarían que estaba nerviosa y acalorada. En el curso de las discusiones del día siguiente, podría estipular su preferencia de comer con los sirvientes. Cenar todos los días con Warrick Farrell tenía el potencial de convertirla en una masa hirviente de

sentimientos lascivos. Los huérfanos eran astutos y rápidamente se daban cuenta de que algo estaba pasando.

Tuvo que ponerse recta y concentrarse en el motivo por el que había venido a Derbyshire. No se ganaba absolutamente nada suspirando por lo que nunca podría ser.

Dio un paso atrás cuando la puerta se abrió abruptamente y apareció Carlos.

— *Señorita* —dijo, ejecutando una reverencia exagerada. Ella asintió y entró en la cámara, algo aliviada cuando él cerró la puerta y se fue. Era una persona difícil de entender.

Todos los niños estaban en sus camas. Cinco rostros sonrientes borraron sus dudas. Haría todo lo posible para prepararlos para una buena vida. Ésa era la importante tarea que tenía por delante. Fue a cada cama por turno, metió las sábanas y besó la frente de cada ocupante.

—Dormid bien —dijo mientras salía de puntillas de la cámara.

Desempacó algunos artículos personales antes de desvestirse y ponerse el camisón. Habiendo conseguido por fin el tipo de posición que siempre había deseado, esperaba poder dormir bien por la noche. El depredador Knowsley había desperdiciado su primera oportunidad. Estaba segura de que Warrick Farrell era un hombre honorable que nunca la invadiría, por mucho que ella quisiera que lo hiciera.

* * *

Muy seguro de que tendría problemas para dormir sabiendo que Amelia Saxton estaba acostada en una habitación en el mismo piso que la suya, Warrick se retiró a la biblioteca, se sirvió un brandy y se sentó en una silla frente al fuego. Incluso beber lentamente no disminuyó el bulto en su ingle provocado por el sonrojo de Amelia. Abrió las piernas y usó la mano para reorganizar sus cosas de forma más cómoda.

En los barrios marginales, un hombre no pensaba dos veces antes de acomodarse las partes privadas. De hecho había estado a punto de hacerlo durante la cena sin pensarlo. Los muchachos se habrían divertido mucho bromeando sobre ese lapsus. Se suponía que debía dar un buen ejemplo.

Amelia podría haberse desmayado. Aunque pensándolo mejor, lo dudaba. Desde el comienzo de su nueva vida, ella había sido la única persona que lo había aceptado de inmediato, a pesar de sus asperezas. ¿O quizás debido a ellas?

Ese pensamiento requirió volver a ajustar sus partes. Debería retirarse y buscar alivio en su habitación, aunque Carlos probablemente estaba colocando el camisón que Warrick le había dicho mil veces que no le gustaba usar.

Cerró los ojos. Unas pestañaditas y luego subiría las escaleras.

* * *

Amelia razonó que era de esperar que el sueño le resultara difícil de alcanzar en una cama extraña. Estaba muy cansada después del viaje. La preocupación por el encuentro del día siguiente con el duque no tenía nada que ver con su inquietud.

Había metido varios libros en su equipaje, pero la mayoría consistían en cuentos de aventuras adecuados para niños. Lo que necesitaba era una novela que la hiciera dormir, de lo contrario temía estar dando vueltas en la cama toda la noche.

Durante un breve recorrido por las habitaciones de la planta baja, asomó la cabeza en lo que parecía una biblioteca bien surtida. Había una escalera principal por la que podía subir fácilmente en la oscuridad.

La casa estaba callada. Sólo el lejano ulular de un búho rompió el silencio. Asumiendo que todos estaban en la cama, se puso la bata que había dejado al pie de la cama, desistió de localizar sus pantuflas y se aventuró descalza en el pasillo.

Le tomó unos minutos a sus ojos acostumbrarse a la oscuridad total. Conteniendo la respiración, se agarró a la barandilla y bajó las escaleras una a la vez.

Habiendo llegado sana y salva al piso inferior, recordó que la biblioteca era una de las dos únicas habitaciones con chimenea, lo que explicaba el tenue resplandor debajo de la puerta. Con suerte, habría suficiente luz para ver los títulos de los libros en los estantes.

Rezando para que la puerta no crujiera, la abrió despacio, entró sigilosamente y la cerró enseguida.

Habían colocado una cortina de chimenea alrededor de las abundantes llamas que aún ardían en el hogar. Con la seguridad de que no había nada de qué preocuparse, se dirigió de puntillas a los estantes y comenzó su búsqueda.

Absorta en mirar los lomos del segundo estante que había examinado, se quedó helada cuando escuchó un ruido que sonó sorprendentemente como un suave ronquido.

Se le puso la piel de gallina cuando se giró lentamente y vio a Warrick tirado en una silla.

Lo correcto sería huir antes de que él despertara, pero parecía que no podía apartar la vista de las largas piernas estiradas ante el fuego. Las mariposas que revoloteaban en su estómago se convirtieron en una migración alada masiva cuando se dio cuenta de que su mano descansaba encima de...

¡Oh Señor!

A diferencia de ella, él parecía perfectamente relajado. Un día en la carretera había resultado en el comienzo de una sombra oscura de barba. Ya no podía negar que amaba a este pirata pícaro, pero él se sentiría mortificado si despertara y se diera cuenta de que lo había visto en una pose tan íntima.

Ella no tenía hermanos. Le había cambiado los pañales a Avery, pero los genitales de un varón adulto eran un completo misterio para ella. Se dijo a sí misma que simplemente tenía una mente inquisitiva y trató desesperadamente de resistir el impulso de saber qué había debajo de sus largos dedos. Sin previo aviso, agitó sus pestañas oscuras y abrió los ojos.

Su garganta se apretó y dejó de respirar cuando él estiró los brazos por encima de su cabeza, revelando un bulto distintivo donde había estado su mano.

Él se enderezó de golpe cuando finalmente la vio. Ella miró fijamente a los sorprendidos ojos verdes durante lo que pareció una eternidad antes de huir.

Planes a largo plazo

Mientras esperaba la llegada de Amelia para la reunión programada, Warrick paseaba por el estudio donde permanecía la presencia de su padre. Después del fiasco de anoche en la biblioteca, dudaba que alguna vez estuviera a la altura de las expectativas de su difunto p.

Cuando se dio cuenta de que Amelia lo había pillado con la mano en sus partes, su primer instinto había sido impedir que saliera de la biblioteca.

¿Y decir qué? *Lo siento, soy un bruto.*

Probablemente ella lo pensó de todos modos.

Todavía podía explicarlo. *Mi polla se puso dura al pensar en ti y traté de acomodarme mejor.*

Nada como empeorar las cosas. Ella era una inocente que probablemente nunca había escuchado la palabra *polla* y no tenía ni idea de lo que sucedía cuando un hombre deseaba a una mujer.

Cuando no apareció en la mesa del desayuno, Wilson le informó que había ordenado que enviaran bandejas a la habitación de los niños. Él había acogido con agrado el indulto. Carlos se había negado a afeitarlo, insistiendo en que parecería más un pirata español si se dejaba crecer la barba. Después de una noche de insomnio, no tenía energía para discutir, aunque no entendía la lógica pirata y la picazón lo estaba volviendo loco.

La ironía era que rara vez se había afeitado en Hull. Sabía que la picazón cesaría con el tiempo, pero la irritación subrayaba lo mimado que se había vuelto.

Sin embargo, Amelia llegaría en cualquier momento y él todavía no sabía qué decir. Quizás lo mejor sería simplemente actuar como si el incidente nunca hubiera ocurrido.

Pero sí ocurrió y, si era honesto consigo mismo, no se arrepentía. Amelia se había excitado. Lo había visto en esos ojos muy abiertos, percibió su olor cuando ella pasó corriendo junto a él para escapar... ¡descalza!

—Eres tonto —dijo en voz alta mientras su polla se erguía—. Eso simplemente agrava el problema.

Un ligero golpe en la puerta anunció su llegada.

—Adelante —gruñó con la garganta seca mientras se deslizaba en la silla detrás del escritorio.

* * *

La hora pasada desayunando con los huérfanos había sacado de la mente de Amelia los pensamientos sobre el embarazoso incidente de la noche anterior. Quería saber más sobre la vida de los niños en Hull antes de reunirse con Warrick para discutir sus planes.

Lo que había aprendido sobre sus difíciles infancias fortaleció su decisión de pensar sólo en las personas a su cargo. Entró al estudio, decidida a no mencionar lo de anoche.

—Ahora entiendo mejor lo que se necesita —comenzó, notando que él no se había afeitado. A punto de decirle que encontraba atractivos los inicios de una barba y un bigote cuidadosamente recortados, se aclaró la garganta y volvió a pensar en lo que era importante—. Ninguno tiene madre, por lo que no es de extrañar que respondan al afecto femenino.

—Después de todo, son hombres —respondió Warrick con un atisbo de sonrisa—. Por favor tome asiento.

Ella llenó sus pulmones mientras se sentaba frente a él en el escritorio. Estaba claro que no iba a ponérselo fácil.

—También carecen de padre, por lo que debemos satisfacer su necesidad de orientación masculina. Sería beneficioso, por ejemplo, que uno o dos lacayos nos acompañaran en los paseos por los valles.

—Me encantaría acompañarlos en esos paseos —dijo—. Soy su tutor y quiero familiarizarme más con esta zona.

Intentó frenéticamente reorganizar sus pensamientos. —Sí, claro. Además, Philip me dio generosamente algunos equipos de laboratorio y algunas sugerencias para experimentos sencillos.

—Me interesaría mucho —respondió.

Por supuesto que sí. Demasiado tarde recordó su fascinación por el laboratorio de Wentworth.

Adoptó su mejor voz de institutriz. —Además, debemos concentrarnos en las habilidades habituales: lectura, escritura, aritmética.

Se arrepintió de las palabras cuando el color desapareció de su rostro. Había tocado su punto doloroso. Él también necesitaba aprender lo básico y ella era la única persona que podía ayudarlo. Quizás se avergonzaría lo suficiente como para despedirla, pero ella siguió adelante.

—Sé que no sabe leer ni escribir, Su Excelencia. Ejerceré la máxima discreción y con gusto le ayudaré a superar este obstáculo.

* * *

Una bola de plomo de humillación se alojó en las entrañas de Warrick. Amelia no sólo lo había visto en su peor momento bestial, sino que había adivinado correctamente que era analfabeto. Él podría negar su afirmación, pero ¿por qué mentir?

La esperanza afloró poco a poco. ¿Quién mejor que Amelia Saxton para sacarlo de la ignorancia? Ella entendió su falta de educación y no lo juzgó por ello. Podría ser testarudo y rechazar su ayuda, o podría agradecerla.

—Aprecio su oferta —dijo, reprimiendo el impulso de sugerir lecciones privadas por la noche, tal vez en la biblioteca.

¡No!

Su determinación de mantener la distancia se había ido por la ventana y se había insinuado en cuanto al plan de estudios.

Recurriendo a algo que ella había dicho antes, le advirtió: —Sólo debe tener en cuenta una cosa. No todos los niños son huérfanos de padre.

Sus ojos se abrieron como platos.

—¿Oh?

—Kenny vino a mí cuando su padre borracho lo azotó hasta dejarlo apenas con vida. No era la primera vez que golpeaba al chico en un ataque de ira alimentado por la ginebra.

Una vez más, había hablado de cosas crueles de las que una joven gentil no debería saber nada.

—¿Qué? —dijo indignada, levantándose de la silla—. Entonces, se habrá librado del muy bruto.

Gracias a Dios que no había mencionado las semanas de cuidar la carne lacerada de Kenny y los meses de mecerlo en sus brazos cuando las pesadillas se negaban a dejar al niño en paz.

—Bueno, su padre amenazó varias veces con recuperarlo, pero logré frustrarlo.

Consideró preferible no dar más detalles sobre cómo había *frustrado exactamente* a Joss Watkins con sus puños.

Las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Es bueno que Kenny esté ahora lejos de las garras de su padre—, dijo ella—. No me mencionó nada de esto.

—No me sorprende. Está aterrorizado por ese cabrón.

Esperaba que ella se sorprendiera por su caída en el vocabulario de la calle. En cambio, sonrió y dijo: —Creo que *cabrón* es la palabra perfecta para un cobarde así.

El triunvirato

Sintiéndose más optimista después de que su broma poco femenina iluminara del hermoso rostro de Warrick, Amelia recuperó su asiento y sugirió que abordaran su educación de dos maneras.

—A los niños no les parecerá extraño que asista a sus lecciones. De hecho, apreciarán que se interese por su progreso. Dependerá de usted prestar mucha atención.

—Prometo hacerlo, señorita Saxton —respondió con fingida seriedad.

El pirata pícaro estaba jugando con ella. ¿Seguramente él también se daba cuenta de que no tenían futuro juntos? Quizás el coqueteo era algo natural para el macho de la especie. Su madre le había dicho muchas veces que lo que motivaba a los hombres era la búsqueda. Las pobres criaturas eran esclavas de sus viles deseos. Se estremeció al recordar la lascivia de Knowsley.

Si Warrick era incapaz de mantener una conducta profesional, entonces ella marcaría la pauta. —En segundo lugar, necesitará lecciones privadas. Propongo que los llevemos a cabo temprano en la mañana, tal vez en algún lugar donde no nos molesten. No sería del todo correcto que nos descubrieran juntos y solos.

Él entrecerró los ojos.

—Estamos juntos y solos ahora—.

—Es cierto, pero Wilson podría interrumpir en cualquier momento y...

Como para confirmar su predicción, el mayordomo apareció en la puerta después de golpear ligeramente.

—Señores. Mawdsley, Mawdsley y Mawdsley están esperando verle, Su Excelencia. He pasado a los abogados al salón.

—Pídales que pasen —respondió Warrick sin dudarlo.

El pánico apretó la garganta de Amelia cuando el mayordomo se fue. —No, no está bien, Su Excelencia. No pueden verme aquí.

—Wilson nos ha visto solos. Estoy seguro de que varios de los sirvientes saben de nuestra reunión.

—Tiene mucho que aprender sobre las costumbres de la nobleza

—respondió ella, dirigiéndose a la puerta—. Los abogados no son sirvientes. Rápidamente difundirán nuestra indiscreción.

—No estamos cometiendo una indiscreción, señorita Saxton —respondió con frialdad—. Usted es la institutriz de mis jóvenes pupilos y parece perfectamente natural que celebremos reuniones.

Su ánimo decayó. Quizás había imaginado que estaba coqueteando.

Antes de que ella pudiera recuperar el equilibrio y señalar el error de su suposición, él continuó. —Además, han venido por los papeles legales. Me gustaría que estuviera aquí cuando se los entregue. Por si acaso.

—Lo considerarán muy irregular.

—No importa —respondió mientras Wilson conducía a los visitantes al estudio.

* * *

Warrick se levantó para saludar a los Mawdsley. Sabía muy bien que había puesto a Amelia en una posición difícil. El recién nombrado duque de Beaufort se reprendió a sí mismo por ello. Warrick Farrell, habitante de los barrios marginales, disfrutaba de su feroz sonrojo y no le importaba en lo más mínimo la tontería aristocrática de mantener las apariencias.

Los abogados se esforzaron por disimular su desdén cuando presentó a Amelia como la institutriz de los niños. Apostaría que ninguno de los tres había estado casado alguna vez. Se negaron a sentarse y, en cambio, se quedaron esperando, claramente esperando que ella se fuera.

—La señorita Saxton y yo estábamos discutiendo cuestiones de plan de estudios —dijo, entregándole la carpeta legal al hermano mayor—. Supongo que desean examinar estos documentos debidamente firmados y sellados. Eso sólo debería tomar unos minutos y luego la institutriz y yo podremos seguir con nuestra planificación.

A él le recordaban a los buitres recogiendo un cadáver mientras se quitaban los quevedos, se colocaban los monóculos y examinaban cada página, con los hombros encorvados. Su despido apenas disimulado los había ofendido, pero sólo murmuraron su descontento. Sin duda mencionarían su mala educación en sus relatos de futuras reuniones. Que lo caractericen como un aristócrata arrogante más. Quizás entonces la presencia de Amelia no ocuparía un lugar central.

Esa esperanza se fue volando como un pájaro asustado cuando ella habló.

—Disculpe, Su Excelencia —dijo cortésmente. —¿Ha discutido con estos caballeros la importancia de que se confirme legalmente la tutela de los niños?

Los ojos de William Mawdsley se abrieron como platos. Desalojado de los pliegues de la cuenca de su ojo, el monóculo de repente colgó de su cinta negra. —No veo...

—La señorita Saxton tiene un muy buen punto —dijo Warrick—. Le proporcionaré una lista de nombres y circunstancias si tiene la amabilidad de investigar.

El trío lo miró fijamente como si hubiera hablado en griego. Archibald Mawdsley se recuperó primero. —Por supuesto, Su Excelencia. Buscaremos la tutela legal una vez que recibamos la información. Los documentos de sucesión parecen estar en orden.

—Se lo agradezco, caballeros —respondió, pronunciando una silenciosa oración de agradecimiento a Philip Fortescue—. Wilson los acompañará.

Una vez que el clic de la puerta principal al cerrarse le aseguró que el triunvirato había abandonado las instalaciones, Warrick arqueó una ceja.

—Lo ha manejado muy bien, Su Excelencia —dijo Amelia, con los ojos brillantes.

—Y usted logró reprimir las ganas de reírse, señorita Saxton —respondió con una amplia sonrisa.

Eso fue todo lo que hizo falta para liberar la risa que burbujeaba en su interior.

* * *

Amelia se rió con tanta fuerza que apenas podía recuperar el aliento. Entonces comenzaron los contratiempos, que evidentemente a Warrick le resultaron aún más divertidos.

—Creo —logró decir finalmente—. que será un duque perfecto.

Serenamente, sacudió la cabeza.

—De verdad —insistió—. Aporta una especie de bravuconería ruda que le resultará muy útil. Sabe cómo pensar con rapidez.

—Sobrevivir en los barrios marginales dependía de ello —respondió.

—Entonces, verás, su vida anterior es en realidad una ventaja. Úsela a su favor.

Se sintió aliviada al ver su sonrisa regresar.

—Nunca lo pensé de esa manera.

—Tiene buen corazón, que es otra cosa a su favor. Se toman decisiones pensando en el bienestar de los demás.

—No soy la persona desinteresada que cree que soy, Amelia —respondió, sin rastro de humor—. De lo contrario, no te habría pedido que vinieras aquí.

—Lo sé —admitió—. Y yo fui demasiado egoísta para negarme.

Sobresalir

Amelia recomendó que la educación de Warrick comenzara sutilmente. Así, asistió a una lección de escritura en el aula que su padre había financiado y equipado con lo necesario para una buena educación. Allí la vio escribir las letras del alfabeto en una gran pizarra pegada a la pared. Los muchachos le aseguraron que ya conocían las letras, pero aun así les hizo leer el alfabeto completo en voz alta cinco veces. Warrick estaba agradecido. La repetición era para su beneficio.

Luego, Amelia animó a cada niño a escribir su nombre en su pizarra individual.

Para Warrick todo esto era griego, pero no tuvieron problemas para escribir sus nombres. Se sonrojaron de placer cuando los felicitó. No imaginaba lo orgulloso que estaba realmente. Ya estaban mejor equipados que él para una nueva vida.

Sin embargo, se puso cada vez más nervioso. El suyo era un nombre largo y dudaba que recordara todas las letras necesarias y los sonidos asociados con ellas una vez que estuviera solo en su estudio. Envidiaba la facilidad de la juventud para aprender cosas nuevas.

Para su alivio, Amelia se lo puso más fácil. —¿Sabíais —preguntó, —que su tutor, Su Excelencia, debe utilizar sólo su título cuando firma documentos?

—¿Quiere decir que escribe sólo Beaufort? —preguntó Kenny.

—Bien hecho, señor Watkins. ¿Alguien quisiera ofrecerse como voluntario para imprimir ese nombre en la pizarra?

Eddie casi saltó de su asiento y le quitó la tiza de la mano. —Eso es fácil, señorita Saxton.

La tiza chirrió sobre la superficie oscura mientras Eddie escribía *Bofort*. Ofreciendo una sonrisa de superioridad a los demás, se sacudió el polvo de las manos y recuperó su asiento.

Warrick miró la pizarra y memorizó los símbolos.

—Buen intento, señor Powell —dijo la señorita Saxton, borrando el esfuerzo de Eddie con un paño húmedo—. Desafortunadamente, el inglés no siempre se escribe como suena. Beaufort proviene del idioma francés, por eso se escribe así.

En la pizarra imprimió *BEAUFORT*.

El ánimo de Warrick mejoró. Reconoció la palabra que había escrito en los documentos con la ayuda de Philip.

Su orgullo se disparó cuando Amelia anunció: —Como pupilos del duque de Beaufort, necesitareis aprender a deletrear el título. Repetid conmigo, B, E, A, U, F, O, R, T.

Les pidió que repitieran el ejercicio. Warrick articuló la ortografía junto con ellos.

Cuando recuperó su estudio poco después, pudo escribir *a Beaufort* una y otra vez. La pesada carga de la ignorancia se quitó de sus hombros. No era estúpido. Podía aprender y, por Dios, lo haría... con la ayuda de Amelia.

* * *

Amelia y los niños pasaron la primera parte de la tarde instalando los soportes de retorta, los tubos de ensayo y los matraces que Philip le había regalado. Decidió no incluir las lámparas de alcohol por el momento. Quería inculcar el amor por la ciencia, pero no podía arriesgarse a quemar la mansión.

Sus pupilos insistieron en almorzar en el aula cuando ella les contó sus planes para la tarde. Querían seguir adelante con la instalación de un laboratorio y su entusiasmo fue gratificante.

También pidió que les trajeran una bandeja, aunque estaba ansiosa por saber qué pensaba Warrick sobre la lección de escritura. Estaba complacida con la forma subrepticia en que le había

enseñado a escribir su título. Pero la prueba estaba en el pudín, como decía el refrán.

Se unió a ellos mientras colocaban el último equipo. La alegría en su rostro lo decía todo. La euforia se disparó cuando pidió a los niños que saludaran a su tutor.

—Buenas tardes, excelencia —entonaron obedientemente.

—Buenas tardes, señores —respondió—. Ya que habéis aprendido a deletrear mi título, os sugiero que lo utilicéis en lugar de Su Excelencia.

Amelia dio el ejemplo. —Buenas tardes, Beaufort.

—Buenas tardes, Beaufort —repitieron.

—Hemos hecho un lavatorio —anunció Tim.

El resto se rió, pero Amelia se sintió aliviada de que no se burlaran de Tim.

—Laboratorio —corrigió Kenny.

—Ya veo —respondió Warrick.

—Aunque no tenemos ninguno de esos tubos que puedes mirar —se quejó Charlie—. Las cosas pequeñas de Meck parecen más grandes.

—Te refieres a un microscopio —respondió Warrick—. Bueno, si hay progreso en los estudios, intentaremos obtener uno.

Amelia se tragó el nudo que tenía en la garganta. Por la alegría en sus rostros, uno podría pensar que les había prometido un suministro de caramelos para un año.

—Creo que ya has trabajado lo suficiente por hoy —dijo—. Ahora podéis ir a de jugar al cricket en el patio trasero hasta que Carlos avise que es hora de preparar la cena.

Todo interés por la ciencia desapareció cuando salieron corriendo del aula.

Con una amplia sonrisa, Warrick sacó un trozo de papel de su bolsillo interior y se lo presentó.

Le brotaron las lágrimas. Había escrito su título una y otra vez, cada versión mostrando un poco más de confianza. Ella quería besarlo, pero tuvo que conformarse con provocarlo.

—Sólo hay un problema, Beaufort.

—¿Oh? —respondió con un ceño cauteloso.

—Puedo leer esto perfectamente. La firma de un duque debería ser imposible de descifrar.

Sus hombros se relajaron. —Lo sé. Philip me enseñó que ahí es donde entran en juego todos los florituras y líneas garabateadas. Puedo manejarlas.

* * *

—He pospuesto esto —le dijo Warrick a Amelia mientras le entregaba un sobre grueso—. Un mensajero entregó un paquete en mi ausencia. Estaba sobre mi escritorio. Sospecho que es una invitación.

El rostro de Amelia palideció cuando aceptó la carta.

—El escudo real. La coronación.

—Es lo que pensaba. Supongo que se espera que asistan sus compañeros, pero...

—Tendrás que asistir —declaró—. Es un honor.

—Mi falta de educación se hará evidente.

—Tenemos algo de tiempo para remediar eso. ¿Cuándo es la ceremonia?

—Ábrelo y mira —dijo encogiéndose de hombros.

—Tendrá lugar el 19^{de julio} —leyó, pasando los dedos por la invitación en relieve—. Está firmado por el diputado Earl Marshal, Lord Howard y refrendado por el duque de Wellington. Tendrás un asiento en el palco del Lord Steward en el Poet's Corner de la Abadía de Westminster.

Su estómago se apretó. —Seré el hazmerreír.

—No —respondió ella con vehemencia—. Alex y Philip estarán allí. Sabes que puedes confiar en ellos. Puede que no tengas la experiencia de otros pares del reino, pero ya he señalado que eso no es necesariamente una desventaja.

El nudo en su vientre se aflojó. Deseó poder tomarla en sus brazos y absorber la confianza que ella tenía en él.

—Tienes demasiada fe en mí —suspiró.

—No. Debes tener fe en ti mismo, tal como la tuvo tu padre. Lo representarás a él.

Ella tenía razón. Debería estar orgulloso de asistir.

—Me gustaría que pudieras venir conmigo —dijo.

Ella sacudió su cabeza.

—Alguien como yo nunca sería invitado a un evento tan importante.

Sus palabras lo entristecieron. Era más que probable que sus dos hermanas asistieran con sus maridos ducales. Eliza y Jenny Saxton eran ejemplos destacados de plebeyas que se habían casado por encima de su posición y encajaban perfectamente en sus nuevos roles.

Como si adivinara sus pensamientos, ella dijo: —Tú y yo sabemos que mis hermanas son duquesas muy respetadas, pero todavía hay muchos entre la nobleza que las eliminarán debido a su nacimiento. Pero finalmente sobresalen por encima del resto, al igual que tú lo harás.

La admiración de Warrick por esta extraordinaria mujer creció. Si no fuera por la insistencia de su padre en la importancia de casarse con una heredera con título, se inclinaría por Amelia.

Progreso

Modificar las lecciones de escritura para enseñarle a Warrick fue relativamente fácil. Los chicos escribieron voluntariamente su apellido en sus pizarras y luego compitieron por turnos para mostrar sus intentos. Anunció que tendrían que llevar todas las pizarras a su estudio para determinar cuál era la más ordenada.

Repitieron la actuación con su nombre de pila y luego pasaron a Miss Saxton, Derbyshire y Cavendish Manor. Hubo muchas sorpresas cuando se trató de una explicación de los diferentes sonidos que podían emitir las vocales. Los chicos consideraron completamente ridícula la idea de la *e silenciosa*.

Practicar el sonido que se produce al combinar *s* y *h* causó mucha hilaridad mientras intentaban callarse unos a otros.

Sólo les quedaba un puñado de letras que no estaban presentes.

—¿Quién puede decirme qué letras no hemos incluido en nuestras lecciones? —ella preguntó.

Kenny no tuvo problemas para despegar la G, J, P, Q y Z.

Los muchachos de buena gana dijeron en voz alta las palabras que pensaban que usaban letras adicionales y ella las escribió en la pizarra.

Estaba claro que Kenny era un chico brillante que aprendía rápidamente. Amelia se estremeció al pensar qué habría sido de él si no hubiera sido por Warrick. Probablemente estaría muerto.

Satisfecha de haber hecho todo lo posible para enseñar a todos sus alumnos las letras del alfabeto, se emocionó cuando Warrick le aseguró en privado que podía escribir las palabras que habían practicado. Estaba empezando a comprender cómo los sonidos encajan para formar palabras. Le alegró enormemente saber que había practicado la escritura *de Miss Saxton*. Su corazón estuvo a punto de estallar cuando él le pasó subrepticamente un trozo de papel en el que había impreso AMELEA.

* * *

Warrick quedó absorto en las lecturas de Amelia de un libro llamado *Swiss Family Robinson*. Los chicos gruñeron cuando llegó al final de un capítulo, rogando saber qué vendría después. Sin embargo, no fue simplemente la historia lo que llamó la atención de Warrick. Le encantó el sonido de su voz y la forma expresiva en que contó la historia. Anhelaba un día en el que él también pudiera narrar una historia apasionante a los muchachos.

Hacía preguntas después de cada lectura, determinando así hábilmente quién había escuchado con atención. Ignorando por completo las respuestas a gritos, logró entrenarlos para que levantaran la mano si deseaban ser reconocidos.

Generalmente elegía al chico con la mejor postura en su escritorio. Pronto nadie se quedó atrás. Warrick, igualmente ávido de agradarle, se encontró cuadrando los hombros y enderezando la columna.

Después de cada lección, ella le permitía tomar prestada su copia del libro. Examinaba minuciosamente el texto que ella había leído y finalmente pudo reconocer parte del significado de los símbolos. Intentó leer algunos de los libros de la biblioteca de su padre, frustrado por su falta de éxito, hasta que Amelia encontró una copia ilustrada de *Los viajes de Gulliver* para él. Aparentemente, las discusiones diarias en su estudio giraban en torno al plan de estudios y el progreso de los niños. De hecho, ella pasaba el tiempo explicando la esencia de cada próximo

capítulo y luego lo dejaba descifrar las palabras de las páginas.

Su confianza en su capacidad para aprender creció cuando las palabras tuvieron sentido. Amelia Saxton no se limitaba a preparar a sus pupilos para una vida mejor. Le había demostrado al propio Warrick que tenía la inteligencia necesaria para sobrevivir y prosperar como duque. Él nunca podría pagarle por eso.

Esa idea lo entristeció. Era obvio que ella se preocupaba por él más de lo que debería. Al final tendrían que separarse. Ella no sería la única con el corazón roto cuando llegara ese día. Ya no podía negar que simplemente admiraba y respetaba a Amelia. La había amado desde el momento en que se conocieron.

* * *

Amelia recordaba bien la afición de su difunto padre por *Los viajes de Gulliver*. Sin embargo, nunca había disfrutado realmente del libro hasta que Warrick sintió un placer tan obvio con la historia.

Él asintió con la cabeza al comprender la inteligente sátira de Swift cuando ella explicó el significado oculto de la pequeña estatura de los liliputienses. —Su tamaño en miniatura representa las diferencias culturales de las civilizaciones que Inglaterra encontró en el curso de su expansión en el siglo diecisiete.

—Y la raza más pequeña es la más vanidosa —respondió—. Al igual que algunas personas de mente estrecha son excesivamente orgullosas.

—Exactamente —asintió ella, asombrada por la profundidad de su percepción. Se preguntó si él también estaba pensando en su madre y luego se reprendió por ese pensamiento tan desagradable.

—Los liliputienses hicieron la guerra a sus vecinos porque cascaban los huevos de otra manera. Mi padre me explicó que Swift se estaba burlando de los conflictos de Inglaterra con Francia: una serie de guerras brutales por desacuerdos arbitrarios y sin sentido.

Se rió de buena gana cuando Gulliver finalmente fue condenado por traición al orinar en un incendio en el palacio real. —No importa que haya apagado el fuego —se rió entre dientes.

Le encantaba verlo feliz y satisfecho con su progreso.

Sus discusiones le demostraron a Amelia que Warrick tenía una mente ágil. Entendía perfectamente la creencia de Swift de que el tamaño, el poder y el rango individual eran todos relativos.

Fue agri dulce darse cuenta de eso. No sólo tenía las cualidades de un buen duque, sino que también sería un maravilloso compañero de vida para alguna mujer afortunada.

Durante el día, confiaba en su férrea determinación para ocultar su angustia. Las lágrimas caían sobre su almohada todas las noches.

Visitantes

Reacio a participar en los preparativos de su partida a Londres, Warrick aceptó, sin embargo, que no tenía otra opción. Su falta de asistencia a la coronación llamaría la atención del nuevo rey, denigrando así la reputación del ducado de Beaufort.

Su mayor preocupación era dejar a Amelia y a los niños. A pesar de su insistencia en que estarían demasiado ocupados para notar su ausencia, su constante ceño fruncido le hizo saber que temía su partida.

El problema se alivió un poco con una carta que le dirigió el cuñado de Amelia. Queriendo estar seguro de que entendía completamente el contenido, la invitó al estudio.

Después de leer la misiva, ella le dijo: —Alex sugiere que él y Philip vengan a Cavendish y que ustedes tres viajen juntos a Londres. Han conseguido alojamiento.

Su ánimo se levantó. —Buena idea. Mi gerente comercial tiene problemas para encontrar un lugar en la ciudad. Parece que entonces todo el mundo y sus perros estarán en Londres.

Ella sonrió mientras seguía leyendo.

—Al parecer, Eliza y Jenny prefieren no asistir a la coronación. Preferirían pasar unos días aquí conmigo.

Su evidente alegría ante la noticia alivió el temor de su inminente partida.

—¿Traerán a sus pequeños? —preguntó.

—Sí, y mamá insiste en venir también.

No estaba seguro de si ella estaba contenta con la perspectiva de la visita de su madre, pero era un alivio estar rodeada de familia mientras él estaba fuera.

* * *

Abrazando a sus hermanas después de que bajaron de los vagones de Harrowby y Wentworth tres días después, Amelia dejó fluir las lágrimas.

—No me di cuenta de cuánto os extrañaba a todos —confesó.

Su madre carraspeó. —No *hace mucho* que estuviste en Wentworth.

Sintiéndose culpable de que ella y sus hermanas hubieran dejado a su madre fuera de la alegre reunión, Amelia no podía criticar el puchero de su madre.

—No te sientas mal —susurró Eliza cerca del oído de Amelia—. Mamá empezó en nuestro carruaje y desempeñó el papel de abuela cariñosa durante la primera hora. Admito que estábamos apretados y que había más espacio en el vehículo de Wentworth. Mamá insistió en cambiarse al carruaje de Jenny, pero afirmó que era por el perro. Gracias a Dios, la niñera Brown pasó a estar conmigo.

Asintiendo con simpatía, Amelia se arrodilló y abrió los brazos a sus sobrinos.

Sax fue junto a ella de buena gana.

—Tía Amelia —declaró.

—Has crecido mucho —respondió ella.

—Mamá dice que seré más alto que papá cuando sea mayor.

—Creo que tiene razón.

Incluso más grande que la última vez que lo había visto, Brutus se abrió camino hacia el abrazo.

Aferrados a las faldas de Nanny Brown, Avery y el Rowland de Jenny observaban, claramente cautelosos. Vivir en un condado diferente significaba que estos niños no la recordaban. Sin embargo, Warrick y los muchachos también habían venido al patio para darles la

bienvenida a todos. No quería que pensarán que se arrepentía de haberse mudado a Derbyshire. Sax rompió el hielo.

—No tengas miedo. Ella es nuestra tía —anunció.

Moviendo la cola furiosamente, Brutus ladró una confirmación.

Aparentemente tranquilizados, Avery y Rowland le permitieron abrazarlos.

—Estáis tan grandes... —exclamó.

—Tienes abrazos para todos menos para mí —se quejó su madre—. Y veo que los malhechores de Hull todavía están aquí.

Antes de que Amelia pudiera responder, Warrick dio un paso adelante. —Lady Penélope —dijo mientras se inclinaba por la cintura y tomaba su mano—. Bienvenidos a la mansión Cavendish.

—Gracias, Su Excelencia —respondió ella, con un sonrojo inusual sus mejillas cuando él le dio un beso en los nudillos.

—Ha aprendido diplomacia —le susurró Jenny a Amelia.

—Aprende rápido —respondió ella con voz ronca.

Jenny la miró con curiosidad, obviamente escuchando el anhelo que Amelia había tratado de reprimir.

La llegada a caballo de sus cuñados la libró de una inquisición.

—Nuestros maridos decidieron sabiamente no viajar con los animales —explicó Eliza—. De todos modos no había espacio.

Warrick se apresuró a dar la bienvenida a sus compañeros duques mientras desmontaban. A pesar de las terribles heridas sufridas en Waterloo, Alex Harcourt seguía siendo una figura masculina imponente. La experiencia de su esposa en el ejercicio y el masaje sueco le habían ayudado a recuperar la mayor parte de su movilidad. El parche que cubría su ojo de cristal sólo aumentaba su atractivo.

Cualquier mujer se sentiría atraída por el porte noble, la gracia atlética y la sonrisa dispuesta de Philip Fortescue.

Sin embargo, en opinión de Amelia, Warrick Farrell era igual a sus cuñados en todos los sentidos.

* * *

Warrick no sabía que la mesa de su comedor se podía extender para acomodar a todos, y aparentemente tenía suficientes sillas a juego. Susurró su agradecimiento a Wilson mientras acompañaba a Lady Penélope a un asiento junto al suyo.

—Es un placer, excelencia —respondió el mayordomo—. Es un placer volver a tener la casa llena.

Era cierto que la presencia de los pequeños hacía que Cavendish Manor pareciera más un hogar, aunque él pensaba que los pilluelos eran sus crías... ¡y Amelia, la mamá gallina!

Supuso que la casa de su padre alguna vez estuvo llena de vida, hasta que la tragedia golpeó a la familia Hastings. Cuando la duquesa y su hijo murieron en un accidente de carruaje, Cavendish Manor debió sentirse como una tumba para el afligido duque de Beaufort.

Un día, Warrick encontraría una esposa adecuada y formaría su propia familia aquí. Esperaba tener hijos, algo que nunca había considerado en su vida anterior. Les colmaría de amor y se aseguraría de que tuvieran todas las ventajas que la riqueza podía aportar. Pensó que sus hijos seguirían su ejemplo. Todas sus hijas tenían el cabello castaño y los ojos color avellana de Amelia, sin importar cuánto intentara alejar esa visión.

Era imperativo que encontrara pronto a su heredera, antes de que fuera imposible olvidar a

Amelia Saxton. Las festividades en Londres podrían brindar la oportunidad de conocer mujeres adecuadas. La perspectiva no le atraía mientras observaba a Amelia disfrutar del placer de la calidez de su familia. Los Harcourt y Fortescue eran sus amigos, pero anhelaba más. Quería ser una parte integral de este grupo íntimo: pertenecer.

Los chicos se comportaron como perfectos caballeros, hasta el punto de que incluso Lady Penélope lo notó. Sintió que no era simplemente porque Amelia esperaba eso de ellos. Ahora lo esperaban de sí mismos. Había obrado un milagro en poco tiempo. Sin embargo, si no se liberaba pronto de sus sentimientos por ella, nunca lo haría.

* * *

Agachado detrás de una hilera de cedros que bordeaban la avenida que conducía a Cavendish Manor, Joss Watkins gruñó cuando se corrieron las cortinas, bloqueándole la vista de una habitación brillantemente iluminada y llena de gente.

—Mi muchacho está disfrutando de una comida elegante —gruñó—. Mientras me cruje la barriga.

—No he comido desde ayer por la mañana —dijo Freddie Entwistle—. Más que el pan que robamos.

Joss estaba harto y cansado de las quejas de Freddie que habían comenzado en el momento en que dejaron Hull. Había pensado que sería prudente traer un cómplice para que le ayudara a recuperar a su desagradecido hijo fugitivo. Después de una semana caminando penosamente por caminos polvorientos, ahora entendía el motivo del apodo con el que Freddie era conocido universalmente. Realmente le recordaba a uno a un hurón.

—Cierra la boca —ordenó.

—¿Y si nos preguntan si somos jardineros con experiencia?

—Mentimos —respondió Joss, profundamente tentado a darle un revés tan fuerte al idiota que tal vez nunca despertaría—. Trabajar en el terreno nos acercará a Kenny.

—Luego lo agarramos y nos vamos —dijo Freddie.

—No —respondió Joss—. Le debo a ese Farrell una paliza que no olvidará pronto.

—¿Quién lo hubiera pensado? Warrick Farrell, un duque —dijo Freddie.

Joss apretó la mandíbula. Al principio, no había creído los rumores. Farrell parecía haber desaparecido, y Kenny con él. Habían sido necesarios meses para localizar adónde habían ido. Pero los había encontrado. Pronto, su inútil hijo volvería a estar en sus manos. Kenny Watkins pertenecía a Hull, robando para su padre, no a alguna maldita mansión a kilómetros de distancia.

Partida

De pie en el patio con su familia y los pilluelos, Amelia intentó aparentar valentía, pero incluso sus pupilos notaron su angustia.

—No se preocupe, señorita Saxton —le aseguró Kenny—. Warrick volverá antes de que se dé cuenta de que se ha ido.

La institutriz quería señalar que él no debería usar el nombre de pila de su tutor y la tentación de corregirlo era poderosa. Sin embargo, dudaba que algo coherente pudiera surgir de su garganta reseca.

—Sí —añadió Eddie, sacando el pecho—. Y estamos aquí para protegerla.

Temía la partida de Warrick, pero no podía creer que hubiera algo que temer en Cavendish.

El pequeño Avery de Alex gimió, su la cabeza apoyada en el hombro de su padre.

Con la mano aferrada al collar del perro, su hermano Sax se puso firme como un soldadito de plomo, claramente tratando de no mostrar su malestar porque su papá se iba.

Eliza también luchaba contra las lágrimas mientras él volvía a abrazar a Avery.

Alex abrazó a su familia, frotó las orejas del perro lobo y subió al carruaje tan rápido como su cojera se lo permitió.

Para no quedarse atrás, el hijo de Jenny gritó algo, extendiendo sus bracitos hacia su papá. Philip besó la frente de Rowland.

—Volveremos en unos días —aseguró a su esposa antes de reunirse con Alex.

La consternación de Amelia aumentó cuando Warrick estrechó la mano de cada uno de los muchachos. Pronto sería su turno.

—Señorita Saxton —dijo—. Te extrañaré.

Y dicho esto, se dio la vuelta y subió al carruaje.

—Yo también te extrañaré —susurró mientras el vehículo tomaba velocidad, llevando al hombre que amaba a Londres, donde conocería a su futura esposa.

* * *

Los tres duques pasaron la primera noche en una cómoda posada en las afueras de Northampton. Al parecer, Philip había hecho los preparativos de antemano. Warrick fue conducido a una habitación espaciosa que contaba con sus propias instalaciones. Dadas las condiciones de baches de las carreteras, no hubo muchas oportunidades para una conversación significativa durante el viaje. Warrick esperaba remediar eso cuando Alex, Philip y él se reunieran para cenar.

No debería haberse sorprendido cuando el posadero lo condujo a un comedor privado en la planta baja.

Sus compañeros duques se levantaron para saludarlo con un apretón de manos. Le gustó el gesto cortés, aunque le pareció una tontería después de haber pasado horas juntos en el carruaje.

—Entonces —comenzó Philip—. Planifiquemos nuestra estrategia.

Warrick se rió entre dientes. Alex y Philip habían sido oficiales del ejército británico y, al parecer, los viejos hábitos tardaban en desaparecer.

—Supongo que se espera que asistamos a los diversos bailes, musicales, veladas, etcétera, etcétera —dijo Alex.

—¿Bailes? —Preguntó Warrick.

—George probablemente será el anfitrión del más grande en Carlton House —explicó Philip.

Álex asintió.

—Pero habrá muchas familias nobles que querrán mostrar su apoyo al rey. Al menos no se espera que baile.

—Mientras que Warrick y yo tendremos que mostrarnos dispuestos — dijo Philip—. ¿Sabes bailar?

—Mi padre insistió en que tomara lecciones de los bailes más populares —respondió Warrick—. Pero en realidad nunca he bailado con una pareja.

—Me sorprende que Amelia no te haya preparado para el vals — comentó Alex—. Ella no es alguien que deje ninguna piedra sin remover.

Warrick sabía muy bien por qué Amelia no había sugerido que bailaran el vals juntos y estaba agradecido por ello.

—Estos bailes te brindarán la oportunidad perfecta de conocer a tu futura esposa —dijo Philip.

Warrick asintió, sin saber qué hacer con el repentino e intenso escrutinio de sus compañeros duques.

* * *

Los hijos de Alex y Philip se preocuparon tras la partida de sus padres. Ni siquiera el habitual buen humor de Sax se dejaba ver y Brutus gemía sin parar. Curiosamente, fueron los chicos de Hull quienes consiguieron distraer a los más pequeños de su enfado. Después de pedir permiso a Amelia para faltar a sus lecciones, llevaron a los tres hijos ducales a los establos y luego recorrieron los terrenos alrededor de la casa.

Avery y Rowland tomaron de la mano a Eddie y Kenny, sus pequeñas piernas esforzándose para seguir el ritmo de sus inesperados líderes. Sax los siguió haciéndose el grande pero tuvo que apresurarse para alcanzar al grupo.

—No puedo creer que estés permitiendo que esos rufianes se lleven a mis nietos a quién sabe dónde —declaró Lady Penélope.

—No son rufianes —replicó Amelia.

—Su comportamiento ha mejorado notablemente —dijo Jenny—. Es bueno para Rowland tener otros niños con quienes jugar.

—Y pronto tendrá un hermanito o una hermanita —dijo Eliza, acariciando la creciente cintura de Jenny.

Amelia abrazó a Jenny. —Estoy encantada por ti y por Philip —dijo.

—Y debes felicitar a Eliza también —respondió su hermana.

Amelia miró a su hermana mayor.

—¿Estás esperando otra vez?

Eliza asintió, ganándose un fuerte abrazo de ambas hermanas.

—Por supuesto, a nadie se le ocurre informarme —murmuró Lady Penélope, antes de entrar precipitadamente en la casa.

—Yo también me siento excluida —se quejó Amelia—. No compartiste tus felices noticias conmigo.

En verdad, su tristeza tenía más que ver con los celos. Sus hermanas se habían casado con hombres que amaban y formaron familias. Estaba destinada a permanecer solterona toda su vida. Si no podía tener a Warrick Farrell, no estaba dispuesta a considerar casarse con nadie más.

* * *

—Supongamos que tenemos que atrapar a tu mocoso y marcharnos — dijo Freddie mientras Joss y él observaban el carruaje que alejaba a Warrick Farrell de Cavendish Manor.

—¿Crees que he recorrido toda esta distancia y he dormido en la calle sólo para llevarme a Kenny? —respondió Joss—. No, Farrell va a volver...

—¿Pero cuándo? —Freddie se quejó.

—¿Y yo qué sé? Pero si esperamos mucho, no nos podremos llevar a algún pequeño....

—No —respondió Freddie, haciendo un sonido ahogado mientras se izaba con una cuerda imaginaria—. A los secuestradores los cuelgan del pescuezo...

Freddie tenía razón, pero Joss tenía que vengarse de alguna manera. Recuperar a su hijo no era suficiente. Tendría que idear un buen plan, pero lo primero era lo primero.

—Encontraremos la puerta de los sirvientes y nos presentaremos como jardineros.

Le tiró de la oreja a Freddie cuando se quejó porque no sabía nada de jardinería.

Esto y aquello

El carruaje de Harrowby se detuvo frente a una impresionante casa en una zona de Londres muy alejada de las calles bulliciosas y los distritos congestionados por los que habían atravesado. Hull era una ciudad de buen tamaño con algunos barrios residenciales muy buenos, pero Warrick nunca había visto nada parecido a esto.

—No estamos lejos de Westminster —explicó Philip—. y nuestro ex comandante en jefe del ejército está encantado de recibirnos a nosotros y a algunos otros camaradas de armas.

El ánimo de Warrick decayó. Conocía a muchos trabajadores portuarios de Hull que se habían ofrecido como voluntarios para luchar contra los franceses y nunca regresaron. Había evitado alistarse, principalmente porque no quería ser carne de cañón para los oficiales aristocráticos. En esta compañía de militares, sería considerado un cobarde.

—Es inevitable que escuches historias sobre las campañas —dijo Alex. —¡Los viejos soldados no pueden hablar de otra cosa!

—Y las historias se vuelven cada vez más exageradas cada vez que las cuentan —bromeó Philip cuando el conductor abrió la puerta.

—Simplemente no menciones mi desventura —le dijo Alex a Philip.

—Pero me gusta alardear de haber salvado tu miserable pellejo —respondió su amigo con un guiño.

Warrick conocía el vínculo especial que existía entre los dos duques. Habían sido amigos desde Eton y, efectivamente, Philip le había salvado la vida a Alex en Waterloo. Por lo tanto, era aún más notable que sus amigos hubieran tomado a Warrick bajo su protección y se hubieran ofrecido a guiarlo a través de las primeras etapas de su nueva vida. Eran hombres nobles en el verdadero sentido de la palabra: hombres a quienes emular. Sus antecedentes le impedían convertirse en su igual, pero estaba decidido a hacer todo lo posible.

* * *

A Philip siempre le gustaba reunirse con antiguos camaradas y repetir historias de guerra. Saber que otros hombres habían experimentado los mismos horrores hacía que los recuerdos de pesadilla fueran más fáciles de soportar. Habían pasado años desde que había sacado a Alex de debajo de un caballo moribundo, pero parecía que fue ayer.

Sabiendo que a Alex no le gustaba insistir en la historia de la catástrofe que le sobrevino en Waterloo, Philip deliberadamente restó importancia a su heroísmo cuando otro oficial lo mencionó.

También desvió la conversación de Warrick cuando algunos tipos le preguntaron por qué no se había unido al ejército. Supusieron que un duque le habría comprado una comisión a su hijo. Hay que reconocer que Warrick no puso excusas.

—En aquella época no me reconocían como hijo de un duque —dijo.

Esto resultó en el intercambio de algunas miradas curiosas, pero nadie siguió con el asunto.

Cuando las historias de guerra se agotaron, la conversación se centró inevitablemente en las mujeres, en particular en las señoritas elegibles que los hombres solteros esperaban encontrar en las diversas funciones celebradas junto con la coronación.

—Tienes competencia, amigo mío —bromeó Philip a Warrick.

—Supongo —fue su respuesta poco entusiasta.

—No te preocupes. Con tu apariencia y un rico ducado que ofrecer, cautivarás a alguna dama con título.

Mientras el color desaparecía del rostro de Warrick, Philip supo que Alex tenía razón cuando afirmó que el duque de Beaufort estaba enamorado de Amelia Saxton.

* * *

En el campo detrás de Cavendish Manor, Jenny, Amelia y su madre estaban sentadas en tumbonas viendo a Saxton y Brutus jugar al cricket con los muchachos. Profundamente dormido, Rowland yacía sobre el estómago creciente de su madre. Jenny miró de reojo a su hermana.

—Es obvio que añoras a Beaufort —dijo.

Amelia se enfureció. —Silencio —respondió ella—. Alguien podría escuchar.

—Los muchachos están demasiado absortos en su juego y Sax está encantado jugando.

—Ese es el único problema de ser hijo de un duque —añadió Eliza mientras se unía a ellos—. No tiene a nadie de su edad con quien jugar.

—Es mejor no tener compañeros de juegos que esos rufianes —, resopló Lady Penélope.

—Pero Avery está bien ¿verdad? —Preguntó Amelia, ignorando las quejas de su madre.

—Está durmiendo profundamente, la niñera Brown lo está cuidando — respondió Eliza mientras ella también se relajaba en una tumbona de lona.

—Escuché lo que dijiste —dijo Lady Penélope—. Vosotras, chicas, pensáis que toda hija de Saxton debería casarse con un duque. La vida no funciona de esa manera.

Jenny puso los ojos en blanco.

—Dos de nosotros nos casamos con duques y ella piensa que es imposible que la tercera lo haga.

—Es discutible de todos modos —dijo Amelia—. Warrick tiene la intención de obedecer los deseos de su padre y casarse con una mujer con un título.

Jenny recordó a los padres de Philip. Hubo un tiempo en que se habían opuesto rotundamente al matrimonio con su hijo. Quería darle esperanza a su hermana menor, pero había contado con el amor de Philip para sostenerla. Parecía que Amelia no tenía eso a qué aferrarse. Sin embargo...

—Yo luché por Philip —dijo—. Si quieres a Warrick, debes hacer lo mismo.

—Sería más fácil si supiera con certeza que él siente algo por mi de esa manera —respondió Amelia.

* * *

Amelia nunca había comprendido el atractivo del juego de cricket, pero era reconfortante ver a Sax y a los muchachos divertirse, sin mencionar las travesuras del perro lobo. Sin embargo, su atención inevitablemente se desvió hacia una actividad inusual que tenía lugar en el huerto al lado de la casa.

Cuando Wilson apareció con refrigerios, ella le preguntó qué estaban haciendo dos hombres que no reconocía en el jardín.

—Informales, señorita Saxton —explicó, con la nariz en el aire mientras ofrecía los vasos de limonada.

—Se ven toscos —respondió Eliza, tomando un vaso de la bandeja.

—Toscos se queda corto, Su Excelencia. A juzgar por el olor, ha pasado un tiempo desde que se bañaron.

—¿Qué diablos están haciendo aquí? —exigió Lady Penélope.

—Los habría enviado a partir, señora —dijo el mayordomo—. Pero el Señor Frobisher, el administrador de la finca, los ha contratado como trabajadores temporales. La señora Knight está nerviosa por esto. Nuestro jardinero jefe no está muy contento. Y Rampling cree que no saben nada de jardinería.

—¿Imagino que no se les permite entrar a la casa? —preguntó la madre de Amelia.

—Afortunadamente para todos los involucrados, el Sr. Frobisher los ha alojado en el cobertizo, bastante lejos de la casa.

—Supongo que hoy en día hay hombres de paso que buscan trabajo — comentó Jenny.

—De hecho, ha sido un hecho lamentable desde la guerra, Su Excelencia. Aunque dudo que esos dos hayan estado alguna vez en el ejército. Quizás no sepan que yo mismo serví. Incluso un ex soldado con mala suerte tiene cierta disciplina.

—Gracias, Wilson —dijo Amelia—. Espero que los vigile.

—Por supuesto, señorita Saxton —le aseguró mientras saludaba a las dos duquesas visitantes y se despedía.

Amelia entrecerró los ojos al mirar a esos hombres en el jardín, y tembló cuando un escalofrío le recorrió la nuca.

Coronación

El tráfico en las calles cercanas a la Abadía de Westminster se había paralizado. Warrick, Alex y Philip se vieron obligados a abandonar el carruaje y caminar entre la multitud. Warrick se sintió incómodamente visible con la túnica ducal de su padre, pero la gente fue respetuosa y se hizo a un lado.

Consternado porque a Philip y Alex les habían asignado asientos en diferentes partes de la Abadía, Warrick siguió al ujier hasta su lugar en el palco del Lord Steward. No conocía a ninguna de las personas que ya estaban sentadas, pero Alex le había indicado que simplemente usara su título como introducción. Su túnica ducal diría el resto, a pesar de que le quedaba demasiado pequeña.

—Beaufort —afirmó mientras se sentaba.

—Gloucester —respondió un compañero.

—Norfolk.

—Wessex.

Saludó a cada compañero duque con un movimiento de cabeza. Philip había señalado que eventualmente podría participar en debates con otros pares de la Cámara de los Lores, por lo que era mejor causar una buena impresión.

Sintiéndose un fraude, decidió que la mejor manera de hacerlo era mantener la boca cerrada.

—Tengo gran curiosidad de ver la tan promocionada túnica de coronación del primo George —declaró Gloucester.

—Está decidido a superar a Napoleón —añadió Wessex—. Incluso envió a un sastre a París para estudiar la túnica del Pequeño Emperador.

Con la mandíbula apretada, Warrick asintió. Alex ya le había hablado de la extravagancia.

—Desde aquí deberíamos tener una vista razonablemente buena — comentó Norfolk—. ¿Beaufort? En fin ¿eres tú el...?

Warrick casi sintió lástima por el tonto cuando su gordo rostro enrojeció.

—Sí. Yo soy el bastardo —dijo con no poco grado de satisfacción.

Hasta aquí las buenas impresiones.

Un murmullo de emoción recorrió la abadía cuando entró la procesión real, que previamente había recorrido las concurridas calles bañadas por el sol.

El *Herb Strewer* Real del Rey y seis doncellas abrieron el camino, esparciendo pétalos sobre la alfombra. Siguió una banda militar, acompañada por un coro que entonó repetidamente el himno *Oh Señor, concede al Rey una larga vida*. Luego vinieron fanfarrias de tambores y trompetas. Warrick calculó que debía haber al menos setecientas personas en la procesión. Finalmente, con el sudor goteándole por la punta de la nariz, apareció el monarca con su magnífica túnica. La congregación jadeó y chismorreó, claramente sin importarles que estuvieran en una iglesia.

Después de la procesión, un notable suspiro de alivio resonó en las piedras antiguas cuando el Arzobispo de Canterbury invitó a todos a sentarse.

—Se rumorea que usará el texto de la última coronación —murmuró Wessex—. Excepto, por supuesto, que no se mencionará a la Reina.

Los tres duques se rieron entre dientes. Warrick conocía la disputa entre el rey y su esposa legal. Consideraba una tragedia nacional que un príncipe real se comportara como un trabajador portuario mujeriego.

—Caroline intentó entrar ¿sabéis? —dijo Gloucester.

—No lo puedo creer —replicó Norfolk.

—Sé de buena fuente que a las seis de la mañana, su carruaje llegó al Westminster Hall y fue recibido con aplausos por parte de un sector comprensivo de la multitud.

—Esque es muy popular —comentó Wessex—. Dios sabe por qué.

—La Reina se acercó del brazo de Lord Hood —continuó Gloucester. —El guardia le pidió la entrada. Ella respondió que la Reina no necesitaba billete, pero fue rechazada firmemente. Cuando intentaron entrar por una puerta lateral, les cerraron la puerta en su cara. Su intento de encontrar otra entrada fue bloqueado por una fila de soldados armados. Luego se dirigieron a la Cámara de los Lores, que está conectada con el salón, pero también le negaron la entrada.

—Y ese fue el final, supongo —dijo Norfolk.

—Ni por asomo. El grupo llegó a la abadía y se acercó a la puerta justo aquí, cerca del Rincón del Poeta. Lord Hood se dirigió al portero.

—Escuché que se contrataron boxeadores profesionales como guardias para el evento —interrumpió Wessex.

Warrick miró al corpulento guardia en la puerta más cercana y decidió que Wessex podría tener razón.

—De todos modos, Hood dijo: 'Te presento a tu Reina, ¿rechazas su admisión?' El portero respondió que no podía dejar entrar a nadie sin billete. Después de más discusiones aparentemente infructuosas, el grupo de la Reina se retiró, mientras la multitud gritaba ¡Vergüenza! ¡Agravio! cuando salió en su carruaje.

A Warrick esto le sonaba demasiado a la clase de disputa conyugal de la que había oído hablar en los barrios marginales... ¿Y sus tres compañeros duques no tenían nada mejor de qué charlar en esta importante ocasión? Todo este drama aparentemente había tenido lugar hacía muy poco tiempo, pero los detalles escabrosos ya se habían comentado.

Finalmente comenzó la elaborada ceremonia y se prolongó tanto que Warrick tuvo dificultades para mantener los ojos abiertos.

El codo de Wessex en sus costillas lo despertó sobresaltado.

—Parece que han extraviado el texto manuscrito del juramento de coronación.

Se escuchó una inhalación colectiva audible mientras una ráfaga de actividad estalló alrededor de la silla de la Coronación. Luego, un murmullo de alivio cuando George simplemente firmó una de las tarjetas impresas con la orden de servicio.

El arzobispo de York pronunció un largo sermón. Warrick tenía sus propias ideas sobre cuál debería haber sido el tema del prelado. Sólo una fracción del gasto de este asunto obscenamente extravagante podría haberse utilizado para rescatar a muchos niños indigentes de la pobreza extrema.

Agobiado por el peso de sus suntuosas túnicas, el obeso rey transpiraba copiosamente durante toda la ceremonia.

En su conjunto, a Warrick le pareció toda la experiencia repugnante.

Su consternación aumentó cuando siguió a la multitud hasta Westminster Hall, donde se celebraría el banquete. Al preguntarse sobre las instalaciones para el alivio de las necesidades corporales, descubrió que los varones aristocráticos no eran tan diferentes después de todo. Reflexionando sobre cómo se las arreglaban las invitadas, se unió al grupo orinando contra los antiguos muros de la Plaza del Parlamento.

Después de mucho buscar, se alegró de descubrir que Alex y Philip le habían reservado un asiento en el pasillo. Se sentó con sus amigos y esperó.

Finalmente, una fanfarria de trompetas anunció la llegada del Rey en procesión. Las cosas salieron cómicamente mal cuando un grupo de hombres intentó llevar un dosel sobre la monarca.

—Son los barones de Cinque Ports —explicó Alex—. Es su derecho tradicional a llevar un dosel sobre el Rey.

Tal vez queriendo ser visto por la multitud, George decidió caminar frente al dosel.

Warrick se unió a las risitas cuando los ancianos barones intentaron caminar más rápido. El rey miró el dosel que se balanceaba y aceleró el paso.

—Es como una ópera cómica —comentó Philip con disgusto.

Warrick, que ya se sentía como un animal enjaulado después de estar sentado durante horas, supuso que el banquete comenzaría, pero el rey se retiró, aparentemente para descansar.

Cuando reapareció en el salón sofocantemente caluroso, los tres amigos ducales se encontraban entre los cientos de invitados a los que les caía continuamente grandes glóbulos de cera derretida desde las más de dos mil velas en los altos candelabros.

En lugar de enmascarar el olor a sudor, una miríada de olores fuertes sólo empeoraron el hedor empalagoso. Las damas se desmayaron. Otros se avivaron con creciente desesperación. Los condes pidieron sales aromáticas para sus condesas afectadas. Warrick temía no volver a respirar aire fresco nunca más.

—Gracias a Dios nuestras esposas no han asistido —dijo Alex.

—Amén por eso —respondió Philip.

El ruido se intensificó hasta convertirse en un caos total cuando tres hombres montados en enormes caballos llegaron al centro de la sala.

—El diputado Earl Marshal, Lord High Steward y Lord High Constable —explicó Philip, gritando cerca del oído de Warrick.

Cientos de camareros salieron de las cocinas adyacentes al salón llevando soperas. Desde lo alto de sus corceles, los tres jinetes patrullaron los pasillos, supervisando el proceso.

—Esto será interesante —dijo Alex mientras el Lord Alto Mayordomo se acercaba a la mesa principal real—Se supone que Henry Paget debe desmontar y descubrir el primer plato del rey. Pero perdió una pierna en Waterloo. Lleva una prótesis diseñada para montar a caballo. Eso podría complicar las cosas.

Warrick había asumido que nada podía ser más ridículo que todo eso. Sin embargo, resultó evidente que el caballero tenía considerables dificultades para desmontar. En medio de las risas desenfundadas de los miles de invitados, finalmente lo logró con la ayuda de varios pajes.

La comida que le sirvieron a Warrick probablemente era deliciosa, pero había perdido el apetito. Alex y Philip recogieron sus porciones.

—¿Es posible escapar? —preguntó Warrick.

—No pasa desapercibido —respondió Alex después de mirar a su alrededor—. Además, lo más destacado del banquete aún está por llegar.

Warrick gimió, sintiéndose acalorado bajo su túnica ducal.

Los vítores resonaron cuando un hombre con una armadura completa entró a través del arco. Galopó a lo largo de la sala, lanzando un guantelete tres veces en el desafío tradicional.

—El Campeón del Rey —explicó Philip—. Es un título hereditario que ostenta la familia Dymoke desde el siglo XIV.

—Escuché que el actual titular del puesto es un clérigo —dijo Alex—Entonces el honor pasó a su hijo. Este tipo sólo tiene veinte años y no posee un caballo adecuado, por lo que el que monta fue alquilado en Astley's Circus.

—Qué apropiado —respondió Philip.

Warrick podría haberse reído si hubiera tenido la energía.

Cuando el Rey salió en procesión, pasadas las ocho de la noche, el cuerpo y la mente de Warrick habían dejado de funcionar. Mientras intentaban salir del pasillo, él y sus amigos esquivaron a los compañeros del reino que estaban desmayados en el suelo. Los espectadores de las galerías se apiñaron para limpiar las mesas de cualquier cosa que pudieran encontrar: comida, cubiertos, vidrio, adornos de mesa, incluso los platos de oro de la coronación.

Warrick encontró irónica su desesperación. Si la vida hubiera sido diferente, él podría haber estado entre los que robaron los recuerdos.

Luego llegaron soldados armados para impedir el saqueo y estallaron los puñetazos.

—Esperemos que George reine durante muchos años —dijo Alex cuando llegaron a la calle—. No podría soportar pasar por esto otra vez.

Warrick estaba de acuerdo, pero la experiencia fortaleció su decisión de utilizar su nuevo título para poner fin a los excesos aristocráticos que había presenciado.

Un rey debe velar por el bienestar de su pueblo.

Volcán

Amelia tenía buenos recuerdos de su indulgente padre entreteniendo a sus hijas con la creación de un volcán de papel maché.

A sus hermanas le pareció también que sería lo ideal para mantener el interés de los huérfanos de Hull y deleitar a los sobrinos de Amelia.

Wilson finalmente fue convencido para que revelara la ubicación de una pila tambaleante de copias antiguas de *The Times*, pero quedó horrorizado ante la idea de que fueran cortados en tiras.

—El antiguo duque ha fallecido —señaló Amelia—. ¿Qué hay de malo en usarlos para un experimento científico?

—Quizás el heredero del duque quiera leerlos —respondió.

—¿No cree que estará más inclinado a leer noticias de la actualidad? — preguntó, con cuidado de no revelar la dificultad de Warrick con la lectura.

Finalmente capituló y permitió que los muchachos llevaran los periódicos al aula.

Antes de comenzar el experimento, ella explicó la necesidad de construir una estructura para el volcán. La discusión sobre las posibilidades finalmente llevó a la conclusión de que algún tipo de alambre delgado sería la mejor idea, ya que se podía doblar para darle forma.

Tras ofrecerse como voluntarios para preguntarle al jardinero jefe si tenía algo de sobra, Tim y Tom se marcharon corriendo muy animados.

El salón de clases tenía un suministro limitado de tijeras Sheffield y Amelia aún no se sentía cómoda poniendo objetos afilados en las manos de los niños. En ese momento, incluso Avery y Rowland se dedicaron alegremente a romper los periódicos en tiras. El enorme montículo resultante también produjo manos negras y rostros sonrientes manchados de tinta.

Mientras todos limpiaban, Tim y Tom regresaron con una buena provisión de alambre, pero Amelia sintió que algo andaba mal. Parecían nerviosos y asustados pero, cuando se les preguntó, desviaron la mirada y se negaron a dar explicaciones. Tendría que hablar con Rampling sobre cómo asustarlos.

* * *

—Esto es lo único bueno de estar en Londres —dijo Alex, blandiendo un periódico mientras se unía a Warrick, Philip y otros invitados para un desayuno tardío el día después de la coronación.

— *El Times* recién salido de la imprenta —respondió Philip con una sonrisa.

Warrick había visto a su padre devorar las noticias de esa misma publicación y sabía de su importancia para los lectores educados. Afortunadamente, su difunto padre había obtenido un gran placer leyendo artículos pertinentes en voz alta, aparentemente sin sospechar que su hijo bastardo no sabía leer.

Cuando Amelia mencionó que necesitaba una buena cantidad de periódicos para un experimento que quería realizar con los muchachos, él le contó sobre el alijo de copias antiguas de *The Times* que tenía su padre. Hacer un volcán sonaba intrigante, pero sospechaba que Wilson protegería el tesoro.

Las habilidades de lectura de Warrick habían mejorado, pero un periódico entero estaría fuera de su alcance. Philip sabía de su analfabetismo. Se sintió aliviado cuando Alex exclamó: — Escucha esto. En Londres, una turba que apoyaba a la reina Carolina arrasó el West End rompiendo ventanas. Se llamó a la Caballería Real para dispersar a los alborotadores.

—Wessex afirmaba que ella es muy popular —dijo Warrick.

—En otros lugares —continuó Alex— una multitud afable observó el ascenso de un globo de gas desde Green Park y luego se dirigió a Hyde Park, donde había una regata. Por la noche, los árboles y el Serpentine se iluminaron con faroles y hubo un espectáculo de fuegos artificiales. Todos los teatros de Londres estaban abiertos de forma gratuita a expensas del Rey.

—Entonces —dijo Philip—. Las festividades continúan. Esta noche tenemos invitaciones a varios bailes. Aparentemente, el rey no organizará ninguna celebración en Carlton House. Planea pasar de un baile a otro en durante la noche—.

—Cualquiera que elijas, tendrás que presentar mis excusas —respondió Alex—. La hora que pasamos anoche buscando nuestro carruaje agotó las pocas energías que me quedaban. Planeo acostarme temprano.

Warrick no se sorprendió. No había sufrido lesiones catastróficas como las que le habían ocurrido a Alex en Waterloo. Sin embargo, él también estaba exhausto e irritable cuando se abrieron paso entre la bulliciosa multitud y subieron al carruaje. Habían evitado varias discusiones ruidosas entre nobles enojados que no podían encontrar sus vehículos entre los cientos que obstruían las calles.

—¿Puedes darme algunas pistas sobre las damas elegibles que podrían asistir? —Warrick preguntó de mala gana—. Estoy ansioso por hacer las cosas bien.

—Sí, no estaría bien perseguir a mujeres casadas —bromeó Philip. Aunque se me ocurren algunas que estarían encantados de atraer tu atención.

—De hecho —añadió Alex—. Philip y yo podemos nombrar al menos dos duquesas que estarían interesadas en ti.

—Eso es alarmante —respondió Warrick—. ¿Quiénes son estas mujeres?

—Pronto lo sabrás—, respondió Philip. —También reconocerás fácilmente a las señoritas solteras. Te mirarán con esperanza en sus ojos y llevan una tarjeta de baile colgando de sus muñecas.

—¿Qué pasa con los títulos?

—No te preocupes por eso. No importa qué evento elijamos, todos los asistentes recibirán el título.

La principal preocupación de Warrick era suprimir el nerviosismo que podría provocar escribir incorrectamente su nombre en las tarjetas de baile.

Acogió con agrado la sugerencia de Philip de pasar el día recorriendo la ciudad y dejar que Alex disfrutara de su periódico en paz.

* * *

No fue fácil convencer al cocinero de que entregara harina para el experimento de Amelia. Al final, las súplicas de los muchachos con los ojos muy abiertos la convencieron de entregárselo de mala gana, junto con vinagre y bicarbonato. De regreso al salón de clases, los niños se turnaron para mezclar la harina y el agua para hacer una pasta. Hicieron un desastre de ellos mismos y su ropa, pero Amelia les aseguró que eso era parte de la diversión. Todos estaban muy divertidos, excepto Tom y Tim, que permanecieron tranquilos. Se dio cuenta de que seguían mirando a Kenny con recelo y se preguntó si los habría intimidado. Sin embargo, ¿qué tenía eso que ver con la misión de pedir prestado un alambre delgado al jardinero jefe...?

Le vino algo a la mente. ¿Se habían encontrado los chicos con los dos hombres rudos que ella había visto el día anterior? Decidió llegar al fondo del problema, pero completar el experimento tenía prioridad.

Ninguno de sus alumnos había visto nunca una imagen de un volcán. Una vez que dibujó la

forma básica del cono en la pizarra, Charlie y Kenny, como los dos mayores, hicieron un buen trabajo al darle forma al alambre.

Luego comenzó la complicada tarea de mojar las tiras de periódico en la pasta y colocarlas sobre el marco. Los huérfanos ayudaron pacientemente a Sax y a los dos pequeños a aplicar las tiras. Se rieron de la insistencia de Bruto en lamer el volcán. La armonía reinó mientras seguían en la rutina de turnarse.

—Ciertamente se están comportando más como caballeros —susurró Jenny cerca del oído de Amelia.

Satisfecha, ella asintió en señal de acuerdo.

Al recibir la noticia de que tendrían que dejar secar el volcán durante la noche, se quejaron y gimieron en protesta. Pero las ilustraciones en la pizarra, la explicación de Amelia sobre las erupciones volcánicas y el espectáculo que verían al día siguiente los aplacó.

Sus hermanas llevaron a sus hijos a bañarse. Sin prestar atención a los dedos pegajosos ni a los trozos de pasta en el pelo, los muchachos se apresuraron a salir al patio para jugar un partido de cricket antes de cenar.

Novedad

Philip recomendó recorrer la ciudad a caballo, ya que el conductor de Alex no estaba familiarizado con Londres. Su anfitrión les prestó gustosamente dos castrados maleables que, según él, estaban acostumbrados a las calles concurridas.

Pronto se hizo evidente para Warrick que su compañero sabía cómo moverse en la metrópoli. Sabía que Philip había sido agente de Whitehall antes de heredar el ducado de Wentworth, pero tal vez fuera mejor no mencionar ese tema.

—A lo largo de los años, el rey ha gastado cantidades incalculables de dinero en su residencia —explicó Philip mientras inspeccionaban la docena de pilares que daban a Carlton House—. Ahora se queja de que no es lo suficientemente grande y está gastando aún más dinero en renovar el Palacio de Buckingham.

—Escuché sobre su pabellón en Brighton —dijo Warrick.

—Nunca lo he visto —respondió Philip—. Aparentemente, las cúpulas en forma de cebolla y los minaretes hacen que parezca algo que uno podría ver en la India o Turquía.

Philip a menudo expresaba su deseo de cambiar las actitudes de la aristocracia, por lo que Warrick decidió que era lo suficientemente seguro sacar a relucir el descontento popular con el lujoso estilo de vida del monarca. —Tarde o temprano, la gente corriente expresará cada vez más su oposición al privilegio aristocrático.

—Tienes razón y lo has visto de primera mano —respondió Philip.

—Tú también lo viste cuando te infiltraste en la Sociedad Correspondiente de Hull.

Philip negó con la cabeza. —Si tan solo George y los de su calaña hubieran aprendido del intento de asesinato....Se comporta como si la Revolución Francesa nunca hubiera ocurrido. Tú y yo simplemente tenemos que seguir presionando para lograr reformas.

—Admito que estoy nervioso por ocupar el asiento de Beaufort en los Loes.

—No hay duda de que enfrentarás censura, oposición e incluso ridículo, pero estoy seguro de que no será la primera vez en tu vida que te enfrentarás a matones testarudos.

Las palabras de Philip tranquilizaron a Warrick hasta cierto punto.

—Supongo —admitió.

Cruzaron Hyde Park, ya abarrotado de carruajes. Las calles principales estaban repletas de gente, todos con prisa por ir a alguna parte, al parecer. Los banderines de coronación rojos, blancos y azules ondeaban con la brisa del verano. Warrick debería haberse sentido como en casa en una gran ciudad, pero se dio cuenta de que le encantaba vivir en la zona rural de Derbyshire, y Amelia era en gran parte la razón.

Deseaba estar de regreso en Cavendish Manor ayudando a construir un volcán.

* * *

Las hermanas Saxton compartieron una discreta sonrisa mientras desayunaban el día después de la construcción del volcán. Estaba claro que los chicos estaban impacientes de que los excusaran de la mesa. Incluso Tim y Tom parecían menos apagados.

Sus alumnos huyeron tan pronto como Amelia dijo que los encontraría en el aula.

Sus caras ansiosas la esperaban cuando llegó diez minutos después. Eliza y Jenny la acompañaron y trajeron a sus hijos.

—¿A quién le gustaría probar el volcán para ver si el papel maché está seco? —ella preguntó.

Todas las manos se alzaron, incluida la de Sax.

Se tocó la barbilla y examinó al grupo.

—Veamos —dijo.

—Creo que Lord Saxton debería hacerlo —ofreció Kenny.

Nadie había mencionado que Saxton Harcourt era en realidad un niño pequeño con un título en virtud de su nacimiento. De alguna manera, los huérfanos se habían dado cuenta del hecho, pero Amelia no sintió ningún resentimiento.

—Me gustaría, tía Amelia —respondió Sax—. Pero creo que el mayor debería hacerlo.

Su respuesta diplomática y desinteresada hizo que su madre, Eliza, brillara de orgullo.

Amelia esperaba que su sobrino no se hubiera sentido intimidado por Kenny. El muchacho Watkins siempre dejaba claro que él era el jefe de la pandilla y el resto a menudo lo respetaba. —Muy bien. Pruébalo y mira lo que piensas, Kenny.

Haciendo un evidente esfuerzo por ocultar su nerviosismo, el niño golpeó el costado de la estructura.

—Sólida como una roca, señorita Saxton —declaró.

—Es hora de los fuegos artificiales —respondió ella.

* * *

A pesar de las protestas de que cada uno podía ayudarse mutuamente a vestirse para el baile de la noche, su anfitrión proporcionó ayuda de cámara a Warrick y Philip. Ambos eran ex ordenanzas del ejército. Warrick pensaba que Carlos era quisquilloso, pero el ex soldado demostró ser aún más exigente a la hora de atar correctamente una corbata y lograr el grado de brillo de las botas lustradas. Warrick trazó la línea cuando el ordenanza insistió en que le cortaran el pelo más corto para ser más *atractivo*. Finalmente accedió a que lo recogieran nuevamente en una coleta.

—Maldita sea —exclamó en voz baja a Philip cuando ambos fueron declarados adecuadamente vestidos.

—De hecho —respondió su amigo con una sonrisa irónica, aparentemente no sorprendido por las malas palabras—. Pero sí quieres lucir lo mejor posible...

—Me siento como un pirata.

—Pareces un poco un bucanero moreno —respondió Philip—. Las mujeres aman a los pícaros.

Warrick no se consideraba un pícaro; ciertamente, un hombre rudo. Una vez casado, tenía la intención de ser un marido fiel, aunque sabía que la mayoría de los nobles tenían una amante. Él era el resultado de tal relación y nunca se arriesgaría a traer bastardos al mundo. Además, era casi imposible que un hombre que vivía en los barrios bajos se casara felizmente. A Warrick se le había dado la oportunidad de encontrar a la mujer adecuada; una vez que lo hiciera, la atesoraría.

Alex no tuvo ninguna objeción a dejarles llevar su carruaje al baile de Bradshaw, elegido porque se celebraría cerca de su alojamiento. Philip también pensó que asistirían menos aristócratas pomposos. Consideraban a la duquesa de Bradshaw *fuera de lugar* gracias a sus esfuerzos por promover la educación de las mujeres.

—Suena como dos duquesas que conozco —bromeó Warrick, aunque sus pensamientos se dirigieron a Amelia. Si su ilustrado padre no se hubiera ocupado de su educación, Warrick sería el perdedor. Le debía mucho más de lo que jamás podría pagar.

Esa verdad lo persiguió mientras subía la larga y sinuosa escalera hasta el piso superior de la casa londinense del duque de Bradshaw. Philip le presentó a su anfitrión y anfitriona. —Bienvenido, Su Excelencia —dijo la anciana duquesa, extendiendo su mano—. Estaba ansioso

por conocerlo.

—Gracias por la invitación, Su Excelencia —respondió, dándole un beso en los nudillos—. Su casa es encantadora.

—Prepárate para ser la curiosidad del día —advirtió Philip después de estrechar la mano del duque y entrar al salón de baile.

—El duque bastardo, querrás decir —respondió Warrick.

—El Regente que finalmente se convirtió en Rey es una vieja noticia. Pero tú eres una novedad —declaró Philip, dándole una palmada en la espalda—. Ahora, ve y encuentra una novia.

Erupción

Nadie respiró cuando Charlie vertió el vinagre por la abertura en la cima del volcán. Amelia les había explicado sobre las erupciones volcánicas, pero no les había dicho a sus alumnos exactamente qué pasaría cuando el vinagre entrara en contacto con el bicarbonato de sodio que Eddie había echado cuidadosamente con una cuchara.

Chillidos de alegría llenaron el aula cuando la *lava espumosa* fluyó por las laderas del volcán. Brutus gruñó, obviamente sin saber qué hacer con el evento. La visión de los muchachos duros como uñas transformados en niños pequeños con los ojos muy abiertos hizo que a Amelia se le llenaran los ojos de lágrimas. Había llegado a amar a estos huérfanos.

La perspectiva de dejarlos a ellos y a Cavendish Manor no podía soportarse, pero su partida sería inevitable cuando Warrick encontrara a su heredera.

—Otra vez, por favor, tía Amelia —suplicó Sax, barriendo su melancolía.

Brutus repitió su petición con un fuerte ladrido.

Cuando todos se turnaron para verter el vinagre o servir el bicarbonato, la cima del volcán estaba empapada.

—Nuestro cono parece bastante triste —dijo Amelia—. Lo dejaremos secar y luego veremos qué hay que reparar mañana.

—Oh —llegó el coro de decepción.

—Ahora almuerzo, luego un partido rápido de cricket antes de que se reanuden las clases a las dos en punto.

—Eres estupenda —dijo Eliza, levantando a Avery mientras los chicos salían en tropel—. Esa brillante demostración me trajo buenos recuerdos de papá.

Apoyado en la cadera de su madre, el sobrino de Amelia le tendió los brazos y flexionó sus dedos regordetes.

—Incluso has encantado a este pequeño —bromeó su hermana mientras le entregaba al niño.

—Siempre insististe en que tu destino era ser educadora —dijo Jenny —Y tenías razón.

Amelia acarició el cabello rubio de Avery, entristecida porque parecía que su destino no incluía una familia propia.

—¿Listo para almorzar, joven? —preguntó con un suspiro.

Él tomó su rostro y le dio un beso en la mejilla en respuesta.

* * *

Warrick llenó sus pulmones para calmar sus nervios. Con las manos enguantadas entrelazadas a la espalda, cruzó el salón de baile y se acercó a una joven llamada Lady Felicia Montague. Alta, esbelta y rubia, era la hija menor del conde de Hansbury. Según Philip, se la consideraba la presa de la temporada, gracias en gran parte a una dote sustancial. A Warrick no le interesaba la dote, pero lady Felicia tenía una sonrisa atractiva y el cuerpo que la acompañaba. —Beaufort— anunció, sintiéndose como un títere mientras se doblaba por la cintura.

—Lady Felicia Montague —respondió ella, ofreciéndole la mano enguantada.

Realizó el ritual cortés necesario, asumiendo que el nerviosismo contribuía a la falta de interés de su polla. O tal vez fuera su empalagoso perfume.

—Sería un honor para mí si me permitiera firmar su tarjeta de baile — dijo, repitiendo como un loro a Philip a la perfección.

—Tengo entendido que su ducado está en Derbyshire —respondió, y su voz nasal hizo que

Derbyshire sonara como las profundidades del infierno.

Por muy tentador que fuera señalar que en realidad nació y se crió en los muelles de Hull, apretó la mandíbula y asintió.

Ella lo miró de arriba abajo como si fuera un caballo en la subasta.

—Eres agradable a la vista —ronroneó finalmente—. Sin embargo, tengo el corazón puesto en casarme con alguien de los condados del sur.

—Por supuesto —dijo mientras se inclinaba cortésmente y se alejaba para reunirse con su amigo en la mesa de refrigerios.

—No me casaría con esa perra aunque fuera la última mujer en la tierra —gruñó.

—¿No mencioné su reputación de perra? —Respondió Philip, sorbiendo su ratafia—. Lo siento. Se me debe haber olvidado.

Parecía que Philip no estaba dispuesto a tomarse en serio la cuestión de encontrar una novia, pero Warrick siguió adelante. Tuvo más suerte en su siguiente intento. Lady Timothea St. Andrews accedió a acompañarlo en la cuadrilla de baile. En el transcurso de las secuencias de danza, sus abundantes pechos estuvieron a punto de rebotar fuera de su vestido escotado, pero a él la experiencia le pareció más cómica que excitante. No fue el único hombre que se saltó uno o dos pasos. Era difícil concentrarse en el baile cuando las tetas se desbordaban y aparecían pezones. Sin embargo, se ofreció a acompañar a la hija de un marqués hasta la mesa de refrigerios donde consiguieron vasos de limonada.

—Entonces, tú eres el tipo ilegítimo —dijo, adelantándose a sus esfuerzos por pensar en una manera de comenzar la conversación.

—Lo soy —respondió, y la limonada de repente dejó un sabor amargo.

—Qué interesante —dijo—. No es que me importe. De hecho...

Y comenzó a parlotear sobre la bastardía, la ilegitimidad y el terrible estado de la moral pública, cuya culpa recaía directamente en la puerta del hombre común. Warrick se preguntó si una buena bofetada podría derribarla. En cambio, se disculpó y fue en busca de Philip.

—¿Alguna otra sugerencia brillante? —preguntó sarcásticamente.

Sus siguientes tres compañeras eran mujeres agradables, atractivas y buenas conversadoras, pero simplemente no se veía pasando el resto de su vida con ninguna de ellas. No desencadenaron ninguna respuesta emocional o física.

—Seamos realistas —dijo Philip cuando Warrick, abatido, lo encontró de nuevo—. Ninguna de las mujeres aquí esta noche estará a la altura de Amelia en tu opinión. O en la mía, de hecho.

¡Así que había sidola estratagema de Philip!

—Pero...

—Lo sé. Tu padre quería que te casaras con una mujer noble. Sin embargo, creo que él también querría que tú fueras feliz. Amelia te hace feliz.

—¿Es tan obvio?

—Cuando un hombre está enamorado de una mujer, le resulta casi imposible ocultar sus sentimientos.

—Puede que ella no sienta lo mismo.

—Eso una tontería, y lo sabes.

El nudo que Warrick tenía en el estómago se aflojó. Estaba a punto de sugerir que se fueran cuando el rumor de la llegada del rey se extendió por la asamblea.

La necesidad de regresar a Cavendish Manor bullía dentro de él, pero no podían irse hasta que el acicalado monarca pasara al siguiente baile.

* * *

Ansiosa por continuar con la lección que había preparado para la tarde, Amelia escribió la palabra POMPEYA en la pizarra. No era raro que los muchachos perdieran la noción del tiempo cuando jugaban al cricket, pero ya llegaban quince minutos tarde.

Se sobresaltó cuando Eddie y Charlie irrumpieron en el aula, ambos gritando. Ella se detuvo cuando Eddie la agarró del brazo. —No puedo entender una palabra de lo que estás diciendo —lo reprendió—. Cálmate y dime qué pasa.

Eddie tragó con fuerza. —El padre de Kenny —jadeó sin aliento—. En el jardín.

El miedo apretó la garganta de Amelia. Su corazón se aceleró al sentir culpa. Hizo la conexión de inmediato. ¿Por qué no había prestado atención a los sentimientos de temor que le provocaron los nuevos trabajadores temporales?

Sus rodillas temblorosas amenazaron con doblarse cuando Charlie gritó: —Ha matado al perro y también se ha llevado a Lord Saxton—.

La indignación venció al miedo. Salió volando del aula como un ángel vengador, con los dos muchachos pisándole los talones.

—El español intentó detenerlos —dijo Eddie— Pero lo golpearon.

Salió de la casa a tiempo para ver a los matones desaparecer en una arboleda, con Sax y Kenny colgados sobre sus hombros como sacos de grano. Bruto yacía inmóvil. Con la ayuda de Tim y Tom, Carlos logró ponerse de pie en el patio delantero.

—Dijo que nos mataría si lo contábamos, señorita —se lamentó Tim, con el rostro mojado por las lágrimas.

Una vez más, Amelia no había prestado atención a su intuición. Levantándose las faldas, se apresuró a perseguir a los secuestradores.

—Detente —gritó sin aliento cuando los alcanzó cinco minutos después. Cuestionó la sabiduría de sus acciones cuando el más grande de los dos hombres se detuvo abruptamente y se giró para gruñirle.

—¿Te das cuenta de que estás secuestrando al hijo de un duque? —gritó, agarrándose al tronco de un árbol como un superviviente de un naufragio aferrándose a los restos de un naufragio—. Es un delito de horca.

Arrojó a su hijo al suelo. Kenny se alejó de su padre, hasta que el bruto le ordenó que se quedara quieto. Él obedeció, con terror en sus ojos.

—Si no es la chica elegante de Farrell... —gruñó Watkins mientras caminaba hacia ella.

—Yo no soy tal cosa —replicó ella, alarmada por la sonrisa en su cara sucia.

—Los muchachos dicen lo contrario —dijo—. Le debo una deuda a Farrell, pero ya no podemos seguir luchando por él. Mira cómo se siente cuando le quito algo.

Casi antes de que ella se diera cuenta de lo que estaba pasando, la habían izado sobre su hombro.

El bruto pateó a Kenny con fuerza y le ordenó que se pusiera de pie.

—Sigue a Freddie —escupió.

Apenas capaz de respirar por el hedor del sudor masculino y el hombro huesudo clavándose en su vientre mientras él se alejaba, instó a Kenny a correr, pero ningún sonido salió de su garganta contraída.

El niño, sollozando, tropezó para mantenerse delante de su padre.

Ella golpeó la espalda de Watkins con sus puños, pero él no le prestó atención mientras la llevaba hacia lo más profundo del bosque.

Travesura

Ni Philip ni Alex querían quedarse en Londres ni un momento más. Warrick se sintió aliviado, pero habría encontrado algún medio para viajar solo hacia el norte si fuera necesario. Se había enfrentado a la verdad (que Amelia era la esposa que quería y necesitaba), pero temía que su propuesta llegara demasiado tarde. No podía librarse de la premonición de que ella había abandonado Cavendish Manor en su ausencia.

Aunque los tres duques partieron antes del amanecer, les llevó hasta el anochecer llegar a Northampton. Los caminos llenos de baches y abrasados por el sol estaban atestados de caballos, carruajes, carros y carretas. Parecía que la nobleza no era la única que se había aventurado al sur para la coronación. Warrick se encontró mordiéndose las uñas, un hábito del que se había curado años atrás.

Pasaron la noche en la misma posada y comieron en el mismo comedor privado, pero Warrick reconoció que no era el mismo hombre que había hecho el viaje a Londres. Philip y Alex habían insistido todo el tiempo en que se le había dado la oportunidad de marcar la diferencia, de romper el molde aristocrático. Sin embargo, estuvo decidido a contraer el tipo de matrimonio aristocrático sin amor que su padre consideraba sabio. Pero su padre pertenecía a una generación diferente y Warrick vivió en tiempos cambiantes. Comprender esto fue liberador pero, al mismo tiempo, aterrador. ¿Y si Amelia lo rechazara? Era el duque de Beaufort pero, por dentro, siempre sería el viejo Warrick Farrell.

—Estás muy callado esta noche —observó Philip mientras cenaban pasteles de cerdo con puré Melton Mowbray.

—Simplemente ansioso por llegar a Cavendish —respondió.

—Yo también —estuvo de acuerdo Alex—. Tengo la extraña sensación de que algo salió mal.

Philip asintió. —Admito tener el mismo sentimiento de inquietud. Quizás simplemente estemos extrañando a nuestras familias.

—Sin embargo —respondió Warrick—. Sugiero que nos vayamos con las primeras luces del día.

El calor húmedo y los sueños de estar desnudo con Amelia provocaron una noche inquieta y una erección matutina incómoda.

* * *

El canto de una lechuza despertó a Amelia de su sueño. El suelo cubierto de maleza debajo de ella estaba húmedo y el árbol a su espalda era inflexible. Es probable que en estos bosques abundaran los reptiles nocturnos y cosas peores. No merecía la pena pensar en ello. Ella apretó sus brazos alrededor de Sax, quien se agitó en sueños. No había llorado durante las horas de caminata a través de bosques, praderas y pantanos. Debió haber visto a Brutus abatido, pero no había dicho una palabra sobre la muerte de su leal cachorro. —Hombrecito valiente —susurró, mirando a Kenny al otro lado del claro. Apenas podía ver su forma acurrucada en la oscuridad, pero sintió que estaba despierto y probablemente congelado. Tumbado entre ellos, acaparando el calor de las brasas del fuego y de la única manta, su padre roncaba ruidosamente. El desgraciado al que llamaba *El Hurón* supuestamente estaba vigilando en algún lugar fuera de la vista.

El sol de verano los había golpeado sin piedad cuando atravesaban terreno abierto. Kenny se había quitado la gorra y se la había dado a Sax. Era demasiado grande para el niño, pero estaba agradecida por el atento sacrificio de Kenny. Por primera vez en su vida, deseó tener una

de esas omnipresentes gorras. El raro bosquecillo ofrecía una agradable sombra, pero su nariz debía tener un color rojo remolacha quemado.

El día era sofocante, pero no estaban vestidos para la noche fresca. Encerrados en botas mojadas y embarradas, los dedos de sus pies pronto se congelaron. Cuando cayó la noche, le hizo una seña a Kenny para que la abrazara a ella y a Sax, pero su padre lo había echado. Ningún hijo suyo iba a crecer siendo un mariquita.

La situación era desesperada, pero esperaba que su presencia fuera de algún consuelo para los dos niños. Cualquier señal de la arrogancia de Kenny había desaparecido. El miedo a su brutal padre lo había dejado mudo.

No habían comido ni bebido nada desde el secuestro, pero tampoco sus captores. Tarde o temprano, Watkins tendría que aventurarse más cerca de un pueblo o aldea; dudaba que estos habitantes de la ciudad supieran atrapar conejos u otros animales de caza menor.

Los niños habían logrado aliviar sus vejigas durante el día. Ella no había tenido esa oportunidad y preferiría ensuciarse antes que pedirles favores a estos rufianes.

Se aferró a la esperanza de que los rastrearan. Alex movería cielo y tierra para rescatar a su amado hijo y heredero, aunque dudaba que Warrick y sus amigos hubieran abandonado las festividades de coronación que se anunciaban que durarían días.

Ella lloró por su hermana. Eliza debe estar volviéndose loca de preocupación por su pequeño. Seguramente habrían convocado al magistrado local de Derby y habrían organizado un grupo de búsqueda.

No estaba familiarizada con el paisaje de Derbyshire, pero pensó que se dirigían al Peak District. Esa posibilidad le dio esperanza. El terreno más accidentado ralentizaría su avance.

Warrick y ella habían planeado recorrer colinas y valles con sus pupilos. Si tan solo le hubiera confesado sus sentimientos, él podría haber cambiado su determinación de casarse con una heredera con título. Ahora era demasiado tarde.

Apoyó la cabeza contra el árbol y dejó que las lágrimas fluyeran.

* * *

El alivio inundó a Warrick cuando finalmente apareció Cavendish Manor, pero su optimismo duró poco. Ya casi había anochecido, pero el patio de su casa estaba abarrotado de vehículos de todas las formas y tamaños. Hombres que no reconoció se apresuraron hacia la casa. La luz brillaba en todas las ventanas.

—Algo anda mal —declaró Philip, haciéndose eco de los temores de Warrick.

A pesar de su cojera, Alex saltó del carruaje cuando Eliza salió de la casa y corrió hacia ellos. Atrapó a su angustiada esposa cuando ella se desplomó en sus brazos, lloriqueando incoherentemente.

—Cuéntame lentamente qué pasó —dijo Alex.

—Sax ha sido secuestrado —se lamentó.

Philip se movió para apoyar a su amigo de toda la vida cuando éste se tambaleó de manera alarmante.

Warrick sólo tuvo que mirar los rostros afligidos de sus pupilos reunidos alrededor de la puerta principal para saber que ese no era el alcance de las travesuras que habían ocurrido. Jenny corrió hacia Philip. ¿Pero dónde estaba Amelia?

—¿Quién se lo ha llevado? —Preguntó Alex, su voz goteando hielo.

—El padre de Kenny Watkins —exclamó Jenny.

Warrick apretó los puños —debería haber matado a ese desgraciado cuando tuve la oportunidad —gruñó.

De repente, Tim estaba de rodillas y miraba a Warrick. —Lo siento mucho —gritó—. Vino por Kenny, pero amenazó con matarnos a Tom y a mí si lo contábamos.

Warrick maldijo su propia estupidez. Había pensado ingenuamente que podría proteger a sus muchachos simplemente llevándolos a Derbyshire. En cambio, el mal los había seguido.

—¿Cuánto tiempo hace que se fueron? —preguntó Philip.

—Desde ayer por la tarde —respondió Jenny—. Le golpearon hasta dejarlo sin sentido cuando intentó detenerlos. El magistrado ha organizado a los lugareños en un grupo de búsqueda, pero hasta el momento no hay señales de ellos. Han suspendido la búsqueda por esa noche.

—Brutus podrá rastrear a Sax —declaró Alex resueltamente—. Incluso en la oscuridad.

El gemido de Eliza se hizo más fuerte.

—Brutus yace a las puertas de la muerte —explicó Jenny con voz ronca y con las mejillas mojadas por las lágrimas—. Lo cortaron con un cuchillo cuando intentó proteger a Sax.

Afligido por el tormento de Alex, Warrick escudriñó el patio, desesperado por retrasar la formulación de la pregunta que lo carcomía.

Jenny le puso un brazo en la manga.

—Se llevaron a Amelia también.

Warrick estaba furioso. La preciada joya que debería haber protegido estaba en manos de un matón despiadado.

—Yo apostaría por la identidad de su cómplice en el crimen —siseó.

—Freddie el Hurón —confirmó Charlie mientras se unía a ellos.

Pastel de pichón

Amelia contaba con que el hambre nublaría los pensamientos de Watkins y lo llevaría a cometer errores. Su circunferencia sugería la de un hombre no acostumbrado a controlar su apetito.

—Estos muchachos necesitan desayunar algo si queremos continuar con esta locura — insistió, ganándose la amenaza de un revés del gruñón Watkins. Se salvó de la violencia cuando Kenny se lanzó frente a ella y fue derribado por el golpe.

—Bruto —gritó, ayudando al muchacho a levantarse—. ¿Es de extrañar que su hijo se haya escapado?

—Gracias —le susurró a Kenny antes de que su padre, maldiciendo, lo agarrara.

Sax le tomó la mano. Estaba enojada porque su joven sobrino había sido testigo de la violencia, pero también había visto la acción desinteresada de Kenny. Apretando su mano, rezó para que su presencia fuera de alguna manera tranquilizadora.

A la luz del día, pudo ver que el terreno más alto del Peak District aún estaba muy lejos. La decepción y el alivio luchaban en su interior. No tenía la resistencia para afrontar la escalada, pero esperaba que un progreso más lento aumentaría las posibilidades de ser rescatada.

Se preguntó si Freddie el Hurón había abandonado a su compañero, pero pronto entró al claro con los brazos llenos de leña.

—Mi estómago cree que tengo la garganta cortada —se quejó, dejando caer su manojito de ramitas.

Watkins empujó a su hijo hacia los restos ennegrecidos del fuego.

—Hazte útil —gruñó.

Kenny logró arrancar una débil llama de las brasas y el fuego cobró vida después de emitir nubes de humo asfixiante. El calor ahuyentó parte de la humedad de la mañana. Amelia no vio otro propósito ya que no tenían nada que cocinar en el fuego.

—¿Has visto una cabaña o algo así? —Watkins le preguntó a Hurón.

—Sí. Unas pocas en aquel valle.

—Entonces, ¿por qué no has traes algo de comer?

Freddie se rascó la cabeza. —Sí. Podría.

Le tomó un momento darse cuenta de que Watkins lo estaba mirando. Finalmente entendió el mensaje y se escabulló.

Sax se acurrucó contra Amelia cuando ella se sentó lo más cerca que pudo del fuego. —Papá siempre me dice que nunca pierda la esperanza — susurró—. Las cosas nunca son tan malas como parecen.

—Estaría muy orgulloso de su valiente hijo —respondió ella, conteniendo las lágrimas.

—Trato de ser como papá —dijo.

Amelia se tragó el nudo que tenía en la garganta. Por muy joven que fuera, Sax era consciente de los dolorosos desafíos físicos que su padre había superado.

* * *

—No soy veterinario, pero creo que estará bien en una semana —dijo Philip mientras acariciaba la cabeza del perro que gemía.

Warrick sabía que Philip había hecho todo lo posible por el perro lobo. El hecho de que el animal hubiera sobrevivido era testimonio de sus habilidades. El vendaje alrededor de su vientre cubría una impresionante hilera de prolijos puntos.

Los tres duques habían encabezado grupos de búsqueda. Habían cabalgado desde el amanecer hasta el anochecer en la dirección que supusieron que había tomado Watkins para regresar a Hull. Creyendo que los secuestradores evitarían las zonas pobladas, atravesaron pantanos, prados y bosques.

Pero necesitaban las habilidades de rastreo del perro.

—Agradecido como estoy —gruñó Alex—. Una semana es demasiado. Mi esposa está desesperada.

Warrick estaba preocupado por su amigo. Alex había envejecido años en sólo dos días. Su cojera había empeorado considerablemente.

Warrick se guardó para sí su frenética desesperación. Todo el mundo estaba lo suficientemente molesto por la desaparición de Amelia como para que él llamara la atención sobre su propia pérdida.

La culpa lo consumió. Debería haber previsto la determinación de Watkins de recuperar a su hijo y vengarse. Había dejado Cavendish Manor completamente desprotegida... ¿y para qué? La coronación había sido una farsa, la búsqueda de una esposa *adecuada*, un fiasco.

Al menos finalmente había recobrado el sentido en lo que a Amelia concernía, pero podría ser demasiado tarde.

* * *

Freddie regresó al campamento, con una sonrisa triunfante en su cara de comadreja y migajas salpicando su desaliñada barba.

—Cha chán —declaró, sosteniendo en alto un pastel al que le habían arrancado el anillo exterior de la corteza.

Watkins se puso de pie de un salto y agarró los restos del pastel.

—De pichón —dijo Freddie mientras Watkins mordía el pastel—. Una buena esposa lo dejó en la ventana.

—¿Vas a burlarte de todos? —Amelia exigió.

—¿Qué te importa a ti? —respondió el rufián con la boca llena.

Ella ya había visto a dónde podría conducir su temperamento, pero alguien tenía que enfrentarse al matón.

—Si esperas que estos muchachos caminen hasta Hull sin sustento, eres más estúpido de lo que pensaba.

—Tal vez me deshaga de ese señorito —amenazó, agitando una mano hacia Sax—. Una boca menos que alimentar. De ti y de todos. Moza entrometida...

—No —dijo Freddie, lamiéndose los labios mientras miraba el pastel que desaparecía—. No seré cómplice del asesinato.

Refunfuñando, Watkins arrojó lo que quedaba del pastel a los pies de Amelia. —Voy a mear —le dijo a Hurón mientras caminaba penosamente hacia los árboles—. Estate atento.

Agradecida de no verlo haciendo sus necesidades, Amelia rescató lo que quedaba de comida del plato destrozado, probablemente una posesión preciada de la esposa de algún granjero. Lo dividió en dos y les dio las porciones a Kenny y Sax.

—Toma parte del mío —dijo Kenny, partiendo un trozo para ella.

—Y el mío, tía —dijo Sax.

Aunque era reacia a quitarles comida, era importante mantener sus fuerzas si quería estar atenta a cualquier oportunidad de escapar.

—Ojalá pudiera ser tan valiente como usted, señorita Saxton —dijo Kenny.

—No soy valiente —respondió ella—. Simplemente estoy decidida a no dejar que vean mi

miedo.

Matón

—Podríamos vagar sin rumbo por todo Derbyshire y no encontrarlos nunca —opinó Philip al tercer día mientras se preparaban para unirse a otra búsqueda—. Sabemos hacia dónde se dirigen. Es mejor estar esperando en las afueras de Hull a que lleguen.

Alex sacudió la cabeza, con el rostro demacrado. —Es posible que no sobrevivan tanto tiempo.

Quizás Alex tenía razón, pero Warrick admitió que Philip tenía la idea correcta. —Amelia es fuerte. Ella mantendrá a los niños con vida.

—No creo que Eliza pueda superar que le pase algo a nuestro hijo —dijo Alex.

Warrick estaría devastado si perdiera a Amelia, pero Alex estaba claramente agotado. —Sugiero que Philip y yo vayamos a Yorkshire.

Alex luchó por ponerse de pie. —Os acompaño.

Philip puso una mano en el brazo de su amigo. —Ahora no estás en condiciones de montar. Además, Eliza te necesita aquí.

—¿Qué pasa con Brutus? —preguntó Álex—. Él sigue siendo nuestra mejor oportunidad de rastrearlos.

La indecisión cruzó por el rostro de Philip mientras se mordía el labio inferior.

Warrick tomó la decisión por él. —Podríamos instalar un cabestrillo. Llévalo con nosotros.

Puede que el perro no sobreviviera al viaje, pero si llevarlo le daba esperanza a Alex...

* * *

Mientras caminaban cansinamente por lo que ella pensó que podría ser el norte de Lincolnshire, Amelia notó un cambio en Kenny. Ya no se encogía de miedo cuando su padre lo reprendía o lo amenazaba con darle una paliza. De hecho, se burló de su torturador.

Watkins estaba claramente desconcertado por este comportamiento. Amelia reconoció su confusión como típica de un matón cuyo poder residía en el miedo de su víctima. El sentido común debería abrirle los ojos al hecho de que su hijo se había convertido en un joven robusto. Si se tratara de una confrontación física, la juventud y la agilidad de Kenny podrían resultar demasiado para la pesada corpulencia de su padre.

A medida que se acercaban a Yorkshire, el peligro aumentaba. Su captor no tendría ningún motivo para liberarla a ella y a Sax una vez que hubiera escondido a su hijo en los barrios marginales. Ella tomó el cambio en Kenny como una señal positiva. Agotada, hambrienta y sucia, poco podía hacer por sí sola, pero con la ayuda del muchacho...

La cuarta noche, Kenny se acercó sigilosamente para unirse a ella y a Sax después de que su padre comenzara a roncar.

—No voy a permitir que le haga daño a usted y a su sobrino, señorita Saxton —susurró.

—Hay que tener mucho cuidado —respondió.

—Sólo tenemos que retrasar las cosas hasta que Warrick venga a rescatarnos —dijo—. Y él vendrá.

Amelia había intentado desesperadamente aferrarse a esa esperanza. La fe de Kenny en Warrick renovó la suya. —Sé que lo hará—, respondió ella, acercando al muchacho para que pudieran compartir calidez.

—¿Has notado que los continuos lloriqueos de Freddie también han cesado? —dijo—. Sospecho que está preocupado por las intenciones de Watkins una vez que lleguemos a nuestro destino. Parece cada vez más reacio a cumplir las órdenes de su socio.

—No es de extrañar. A Freddie no lo ha tratado diferente que a nosotros. Mi padre acapara la manta, el fuego y la comida.

—Y eso que ha sido Hurón quien ha robado el poco sustento que teníamos y ha buscado la leña.

Kenny se enderezó. —Estoy harto de ser el chivo expiatorio de mi padre. Me gusta mi nueva vida con usted y Warrick y tengo la intención de luchar por ella. Prefiero morir antes que volver al infierno.

Amelia rezó para que no llegara a eso.

* * *

Seis horas después de abandonar Cavendish Manor, los dos duques entraron al patio de la casa de Philip, Wentworth Manor. Habían recorrido por buen tiempo el terreno mayoritariamente llano de su ruta, deteniéndose sólo para preguntar a los trabajadores del campo si habían visto alguna señal del variopinto grupo. Nadie los había visto.

A pesar de su obligación de seguir cabalgando, Warrick se vio obligado a estar de acuerdo con su amigo en que los caballos estaban agotados y que el crepúsculo se acercaba. Los establos de Wentworth Manor proporcionarían nuevas monturas para el día siguiente.

Al final, decidieron no traer a Brutus. La probabilidad de que el perro muriera en el camino y la tensión adicional sobre los caballos inclinaron la balanza a favor de confiar en la intuición humana.

Después de un baño muy bienvenido, se sentaron a cenar y discutieron el mejor plan de acción.

—Es posible que hayan viajado más al oeste de aquí —dijo Philip, extendiendo un mapa de la zona—. Cruzar el Trent y luego el Ouse sería mucho más fácil que abordar el propio Humber.

Warrick consideró lo que sabía de Watkins. —Eso lo ubicaría bastante al oeste de Hull. Es vago y probablemente está cansado de caminar.

—Si es que todavía van a pie —señaló Philip.

—Un carruaje o caballos robados significaría viajar por carretera. Querrá seguir caminos a campo traviesa. Tenemos que asumir que van a pie y que Amelia y Sax están con ellos.

No merecía la pena pensar en la alternativa.

—Entonces, ¿crees que intentará cruzar el Humber?

—Sí. Lo ha hecho muchas veces antes. Cualquier hombre nacido y criado en Hull está familiarizado con las arenas cambiantes y las mareas del río. Especialmente si se dedica al contrabando procedente de Escandinavia y Europa.

Philip se rascó la barbilla recién afeitada. —Solía haber un ferry desde South Ferriby. Tengo contactos allí, pero hoy en día el barco de vapor sale de New Holland.

Warrick estudió el mapa. —No caminará hasta New Holland y en ningún caso abordará un ferry de pago, especialmente con rehenes a cuestas. Robar un barco es más su estilo.

—Pero es un largo camino por recorrer, como ambos recordamos.

Warrick se rió entre dientes, recordando la artimaña que habían ideado para convencer al villano Derrick Peploe de que había ahogado a Philip en el río. —Conociendo a Watkins, no remaré.

—Trabajo duro, según recuerdo —bromeó Philip, frotándose el bíceps mientras compartían el humor de Warrick obligando a su *víctima* a remar hacia su propia muerte falsa—. Sigo pensando que vale la pena detenerse en South Ferriby. El sueco Nelthorpe es un buen amigo y sabe todo lo que sucede a este lado del río. Si no lo sabe, tendrá un pariente que sí lo hará.

Ratas ahogadas

Cuando Watkins finalmente hizo alto, Amelia cayó de rodillas sobre la hierba húmeda. Tembló con la fuerte brisa que agitaba la superficie de un ancho río. Nunca había visto el Humber antes, pero todas las chicas de Yorkshire habían oído historias sobre sus legendarias mareas y arenas movedizas. Su condado natal apenas era visible en la orilla opuesta, pero bien podría haber estado a mil millas de distancia.

De pie cerca, Kenny colocó a Sax en el suelo. Había cargado a su exhausto sobrino sobre su espalda durante kilómetros. Sin darse cuenta del creciente peligro en el que se encontraban, Sax se acurrucó formando una bola apretada.

Watkins y Freddie se habían alejado entre los altos juncos que bordeaban la orilla.

—¿Tu padre no tendrá intención de llevarnos al otro lado del río? —le preguntó a Kenny, odiando la ronca desesperación en su voz. ¿Era una tontería esperar que el rescate fuera posible todavía, o era demasiado tarde? ¿Por qué no había venido Warrick?

—Por supuesto —respondió el muchacho, alejándola de Sax para que no lo oyera—. Se considera el rey de los contrabandistas.

—Pero no veo ningún ferry ni ningún medio para cruzar.

—Robará un barco. Eso es lo que están buscando ahora.

Amelia miró hacia el agua oscura. Lucharía con uñas y dientes si Watkins intentara obligarla a ella y a Sax a subir a un barco. El bruto no tenía intención de llevarlos a Hull. Un ahogamiento *accidental* sería lo más adecuado para sus propósitos.

—Esta es nuestra última oportunidad —dijo Kenny, claramente de la misma opinión—. Papá os arrojará a ambos por la borda. A Freddie también, no me extrañaría.

Como conjurado por la mención de su nombre, Hurón salió de la orilla llena de juncos, agitando sus flacos brazos. —Ven conmigo —jadeó—. Tengo que ir casi hasta Ferriby para encontrar un barco.

La esperanza brilló en el pecho de Amelia. ¿Estaban cerca de un pueblo?

—Sabes que ahogará a todos menos a mí —advirtió Kenny.

La duda apareció brevemente en los ojos de Freddie, pero luego sacudió la cabeza. —No creo. Vamos. A ese pescador no le gustó perder su barco. Probablemente haya ido a buscar ayuda.

—No vamos a movernos —declaró Amelia, con las manos en las caderas. Su resolución se hizo añicos cuando Freddie cogió a Sax y se alejó corriendo.

—Quédate aquí —gritó Kenny mientras salía corriendo en su persecución.

Era el lugar más seguro para ella, pero no podía abandonar a su querido sobrino.

* * *

Warrick temía que estuvieran perdiendo un tiempo precioso contándole la terrible situación al posadero que Philip conocía en South Ferriby. Su colega duque insistió en que el sueco Nelthorpe era su mejor opción.

—Esta zona es el pequeño reino de la familia Nelthorpe —explicó— Por aquí no pasa nada que Swede no sepa.

—Si viene de esa dirección —dijo Swede cuando terminaron el cuento, —mi primo Alfred tiene un barco de pesca en la orilla.

Gritando instrucciones a alguien en la cocina para que *vigilara*, los condujo afuera y señaló hacia el oeste. —Creo que media milla más o menos.

Warrick y Philip volvieron a montar. No habían recorrido mucho cuando se encontraron con un anciano que se dirigía cojeando al pueblo.

—¿Alfred Nelthorpe? —preguntó Philip.

—Sí, Su Excelencia —jadeó el hombre, aparentemente reconociendo a su duque local.

Al borde de la desesperación, Warrick no podía creer que algo finalmente hubiera salido bien. —¿Alguien ha robado tu barco?

—Sí. Un gran cabrón —confirmó Alfred, bajando la vista al darse cuenta de que había usado lenguaje soez—. Le pido perdón, Su Alteza. Por allí, vamos.

Los dos amigos galoparon hasta un cobertizo en ruinas, a tiempo de ver un bote de remos sobrecargado a varios metros de la orilla. —La marea saliente se lo llevará pronto —gritó Philip con urgencia, señalando la corriente que se movía rápidamente en medio del río—. ¿Hay alguien a los remos?

—Ese es el menor de los problemas —respondió Warrick, con el corazón dando un vuelco cuando el barco se inclinó de manera alarmante. Amelia, Watkins y Kenny estaban todos de pie, luchando por controlar a Sax—. Está tratando de tirar al niño por la borda.

Ambos hombres desmontaron rápidamente y se adentraron entre los juncos. Warrick se quitó la levita y casi pisó el cuerpo de Freddie, pero no se detuvo para ver si el desgraciado estaba vivo. Era dudoso, dado el enorme agujero en su garganta.

Cuando el agua le llegó a la cintura, Warrick escuchó el grito de Amelia. Se sumergió de cabeza en las aguas rápidas, y Philip no se quedó atrás.

* * *

Amelia gritó cuando Watkins agarró a Sax y lo arrojó al río. Sin dudarlo, saltó para salvar a su sobrino, recordando sólo cuando el agua se cerró sobre su cabeza que no podía nadar. Sus medias botas empapadas la pesaban. Las faldas destrozadas se le pegaban a las piernas.

Se estaba hundiendo... hundiéndose... demasiado cansada y con el corazón roto para preocuparse.

Entonces, de repente, algo o alguien la estaba levantando... sus pulmones apunto de estallar...

Tragó aire cuando salió a la superficie. Ella estaba viva... pero Sax...

—Te tengo —dijo una voz familiar—. Tranquila, soy yo. Philip tiene a tu sobrino.

—Viniste —gimió, confiada en que el fuerte brazo alrededor de sus costillas la llevaría sana y salva a la orilla.

—Llevamos días buscando —dijo entrecortadamente, ayudándola a tumbarse en la orilla después de arrastrarla entre los juncos.

Ella rodó sobre su costado mientras el agua subía por su garganta. Cuando cesaron las arcadas, comenzaron los escalofríos incontrolables. Warrick la tomó en sus brazos y la abrazó con fuerza.

Había deseado que la abrazaran así, cerca de su corazón palpitante, pero... —Debo parecer los restos del *Minotauro* —dijo, avergonzada de que él la viera tan sucia y desaliñada. ¿Qué debe pensar de que ella tenga arcadas delante de él? ¿Y el *Minotauro* ? ¿Podría sonar más pretenciosa?

—Eres la hermosa mujer de nariz roja que amo, Amelia Saxton. ¿Me harás el honor de convertirte en mi esposa?

Sorprendida, levantó la mirada y miró a los ojos conmovedores del hombre que adoraba. Había perdido su corbata en el río. La camisa empapada se pegaba a su poderoso cuerpo. Su cabello mojado estaba pegado a su cabeza. Su pícaro pirata la había rescatado y no podía

reprimir la risa que burbujeaba en su garganta.

—Parecemos dos ratas ahogadas —exclamó, disolviéndose en un ataque de risas intercaladas con hipo. Finalmente logró decir que sí a su propuesta.

Las risas se convirtieron en lágrimas cuando Philip, empapado hasta los huesos, le entregó un tembloroso Sax en sus brazos.

—Mi niño precioso —murmuró sobre su cabello mojado.

—Te dije que vendrían —dijo con una sonrisa engreída.

* * *

Habiendo sido alertado del drama por su primo, el sueco Nelthorpe llegó a la orilla del río con un grupo de hombres y rápidamente se hizo cargo. Amelia y Sax estaban envueltos en cálidas mantas. Warrick montó en su caballo e insistió en que levantaran a Amelia en sus brazos. No tenía intención de perderla de vista jamás. Philip subió a Sax a su caballo y acunó al niño en su regazo. El cuerpo de Freddie fue recuperado de los juncos y cargado en un carrito para perros.

En diez minutos, todos estaban de regreso en la posada. Se enviaron mensajeros para alertar a Alex y Eliza de que su hijo estaba a salvo.

Dos horas más tarde, después de bañarse, vestirse con ropa prestada y comer abundantemente, Amelia arropó a Sax en un lecho con ropa de cama limpia. Al mirarla, el corazón de Warrick se hinchó. Sus hijos serían bendecidos con una madre maravillosa. Su propia madre lo había amado a su manera, pero la ginebra le había robado sus instintos maternos.

—Rezo para que esta experiencia desgarradora no persiga a este valiente muchacho —susurró Amelia.

—Si demuestra ser tan resistente como su padre, capeará la tormenta —respondió.

Warrick, Philip y Amelia se sentaron en un comedor privado y comenzaron a discutir seriamente sobre la dura realidad que no habían querido abordar. Las cosas habían salido bien para todos los involucrados, excepto para Kenny. Watkins había escapado a través del Humber y se había llevado a su hijo con él.

—Tenemos que rescatarlo —exclamó Amelia con lágrimas en los ojos. —Sax y yo no hubiéramos sobrevivido sin su ayuda.

Warrick sabía que había más que eso. Al igual que él, ella había llegado a considerar a los muchachos como una familia. Cubrió la mano de Amelia con la suya. —No te preocupes. Lo recuperaré—.

Chantaje aristocrático

—Ojalá no tuvieras que ir —le dijo Amelia a Warrick la mañana después del rescate.

No había dicho nada más sobre su relación desde la dramática propuesta en la orilla del río. Por supuesto, esta era su primera oportunidad de estar juntos a solas, y era más que inapropiado que ella hubiera ido a su habitación. Sin embargo, tenía que saber si su oferta de matrimonio había sido motivada por una conciencia culpable, o tal vez por un alivio abrumador de que los cautivos hubieran sido encontrados con vida.

Su ropa había sido lavada y secada minuciosamente. Incluso sus botas brillaban. Carlos estaría orgulloso del intrincado arreglo de la corbata prestada. Se preguntó brevemente quién en este remanso rural sabía cómo lograr tal cosa.

Warrick, el pirata pícaro, se había convertido una vez más en el duque de Beaufort, un hombre muy por encima de su alcance.

—Ven, pon el dedo en este nudo —respondió.

No fue la respuesta que esperaba, pero se fijó en la corbata que estaba intentado atar con una cuerda.

Puso el dedo en el medio nudo.

El calor la inundó cuando él apretó el nudo en su dedo.

—Todo listo —susurró, su cálido aliento en su robándole un suspiro

Ella esperaba que él le quitara los brazos de la cintura.

En cambio, la giró para mirarla e inclinó la cabeza.

Su ánimo se elevó cuando él tocó sus labios con los de ella. Ella le rodeó el cuello con los brazos y pasó los dedos por el sedoso pelo de su nuca mientras él profundizaba el beso y la acercaba más. Su lengua exigió entrar e y ella se lo permitió de buena gana. Recorrió su boca con avidez, sin esforzarse en disfrazar el hambre de su cuerpo por ella. Amelia era inocente, pero sus hermanas casadas habían insinuado los placeres del encuentro sexual. El poder carnal de su asalto a sus sentidos encendió un deseo ardiente de unir sus cuerpos, de conocer por sí misma la alegría de la intimidad con un hombre.

Warrick apoyó su frente contra la de ella cuando se separaron para respirar. —Será mejor que nos detengamos, de lo contrario te tomaré aquí y ahora —dijo con voz áspera.

Éste era el Warrick que amaba. El hombre que sabía lo que quería y no dudaba en ello. Warrick Farrell no era de hacer el amor de manera aristocrática y florida.

—Te amo —susurró ella, presionando descaradamente su monte de Venus contra su dura masculinidad.

—Lo sé —admitió—. Y yo te he amado desde el momento en que te vi por primera vez. Dejé que los deseos de mi padre nublaran mi buen juicio. Fuiste hecha para mi.

Su corazón se alegró, pero él se iba.

—Sólo desearía que todo esto terminara.

—Será. Tan pronto como estemos de vuelta en Derbyshire, obtendré una licencia especial y nos casaremos.

—Pero primero...

El asintió.

—Philip y yo iremos a Hull y alertaremos a los magistrados sobre los crímenes de Watkins. El testimonio de dos duques debería sellar su destino: secuestro del hijo y de la cuñada de un duque, robo, asesinato e intento de asesinato.

—Pero...

Le tocó los labios con un dedo.

—Tendrá que ser capturado y detenido antes de que puedan ser procesados —Recogió un bulto de ropa—. Ahí es donde entra esto. Swede me ha proporcionado lo que necesito para pasar desapercibido por los barrios marginales. Es la única manera de expulsarlo.

—Me gustaría poder ir contigo.

—Por supuesto que no —replicó—. Alex y Eliza sin duda estarán aquí hoy más tarde para reunirse con Sax. Ve a Beverly con ellos y espera a que Kenny y yo vayamos a buscarte. Necesitas descansar después de tu terrible experiencia.

Un golpe en la puerta anunció la llegada de Philip.

—Debo irme —dijo Warrick, dándole un beso en la frente.

—No, Su Excelencia —declaró ella, agarrando su brazo—. Por muy bonitos que sean los besos de Beaufort, quiero un beso de Warrick Farrell.

Con un brillo lujurioso en sus ojos y una sonrisa engreída, accedió.

Después de tocar dos veces más, Philip tosió y anunció que estaría esperando abajo.

—No bajes —dijo Warrick cuando finalmente se despidió.

Ella contuvo las lágrimas hasta que el sonido de sus pasos en las escaleras se apagó. Se negó a exponerla a los peligros de los barrios marginales, pero también estaría en peligro si alguno de los antiguos miembros de la Sociedad Correspondiente de Hull descubriera su disfraz. En su opinión, era un traidor que había ayudado a frustrar su complot para asesinar al Regente en el hipódromo de York. Peor que eso, había traicionado sus raíces al convertirse en un rico.

* * *

Warrick y Philip se dirigieron al muelle del ferry en New Holland, donde abordaron el barco de vapor. Después de un viaje agitado de dos millas, desembarcaron del PS Caledonia en Hull. Philip todavía poseía una casa en la ciudad y fue allí donde pasaron la noche.

A la mañana siguiente se reunieron con el alcalde. Después de volver loco a Warrick al tachar cada detalle de un libro de contabilidad con una pluma roma, Charles Whitaker recomendó que lo acompañaran a visitar al Alto Sheriff.

Visiblemente conmovido por el horror y la magnitud de los crímenes de Watkins, Craven, sin embargo, vaciló.

— Dice que secuestró al niño y a su tía en Derbyshire.

—Correcto —dijo Warrick, preguntándose adónde conducía esta línea de preguntas.

—¿Pero el asesinato de este tal Hurón tuvo lugar en Lincolnshire?

—No veo...— comenzó Warrick, teniendo la sensación de que Craven estaba tratando de eludir la responsabilidad.

—¿Entonces en realidad no ha cometido crímenes en Yorkshire?— preguntó el Alto Sheriff, aunque ya sabía la respuesta—. ¿Quizás este sea un asunto que corresponde a Derbyshire Assizes?

Afortunadamente, Philip intervino antes de que Warrick sucumbiera a la tentación de estrangular al tipo. —Mi querido Craven —dijo con una voz altiva y aristocrática que Warrick nunca le había oído usar antes. Lo único que faltaba era el monóculo—. ¿Estás realmente dispuesto a arriesgarte a la ira de tres duques y la indignación de la población al trasladar este asunto a una jurisdicción diferente? Mi sede ducal está en Lincolnshire, como usted sabe, pero soy muy conocido en Hull.

—Pero, Su Excelencia —comenzó Craven.

Philip rechazó la interrupción como si fuera una molesta mosca.

—La última vez que lo comprobé —continuó— Derbyshire y Lincolnshire todavía eran parte de este Reino Unido. El secuestro y el asesinato son delitos contra la Corona, ¿no es así?

Era el tipo de chantaje aristocrático que Warrick aborrecía en circunstancias normales, pero el alcalde asintió.

—Tiene razón, Su Excelencia —admitió Whitaker—. Sin embargo, no podemos enviar vigilantes a rastrear los barrios bajos en busca de este tal Watkins. Puede que no salgan con vida.

—No será necesario —respondió Warrick—. Le haré saber exactamente dónde encontrarlo.

—Redactaré la orden —murmuró Craven.

—Ese es un lado tuyo que nunca había visto antes —dijo Warrick mientras volvían a montar en la calle.

—No es uno que me guste usar —respondió Philip—. Pero en serio. Pasarlo a un tribunal diferente. Imagínese la burocracia. Podría llevar años.

—Con suerte, estarán listos cuando los envíe a buscar —dijo Warrick.

—¿Viste sus caras de asombro cuando les dijiste que serías tú quien localizaría a Watkins en los barrios bajos? ¡No tenía precio!

Warrick se rió entre dientes, decidido a ignorar el nudo de temor que se apretaba en sus entrañas. Había jurado no volver nunca a las malas calles del puerto de Hull. Había demasiado del verdadero Warrick Farrell en esos barrios bajos.

Reunión

Fue un alivio encontrar a Sax todavía durmiendo cuando Amelia regresó a su habitación. Alternativamente atormentada por vívidos recuerdos de la aterradora experiencia y excitada por la inesperada propuesta de Warrick, había pasado una noche inquieta. Su sobrino, sin embargo, durmió profundamente, sin tener pesadillas, una buena señal de que podría recuperarse rápido.

Reacia a despertarlo, corría el peligro de volverse loca sin nada que hacer ni nadie con quien hablar. Vestir a Sax, llevarlo abajo a desayunar y tal vez un paseo por South Ferriby ocuparían al menos algunas de las horas vacías. Alex y Eliza estarían en camino, pero probablemente no llegarían hasta mucho más tarde ese día, sin importar lo mucho que su conductor exigiera a los caballos.

Deambulaba de un lado a otro cuando su sobrino se movió.

—Buenos días, tía Amelia —murmuró con un bostezo.

—Buenos días —respondió ella, corriendo hacia su cama—. ¿Has dormido bien?

—Sí. ¿Mis tíos han ido a rescatar a Kenny? —preguntó mientras se sentaba en la cama.

Agradecida por su resistencia, sólo pudo asentir, temiendo que su preocupación pudiera provocar lágrimas si intentaba hablar.

—No te preocupes —respondió—. Lo salvarán y meterán a ese canalla en la cárcel.

—Por supuesto —confirmó, decidida a no causar más preocupaciones al niño. No se le podía permitir creer que Watkins todavía representaba un peligro para nadie—. Creo que tu ropa está seca. Vamos a vestirme y prepararte para el desayuno.

* * *

—¿Cómo te sientes? —preguntó Philip.

Warrick se quedó mirando el espejo de caballero. —Bien —mintió.

El hombre mal afeitado vestido con ropa sucia y andrajosa que le devolvía la mirada era demasiado familiar: Warrick Farrell, habitante de los barrios marginales. Era como si nunca hubiera dejado atrás esa vida. —Y mal —admitió.

—Entiendo —respondió Philip, dándole una palmada en el hombro—. No tienes que hacer esto. Podemos idear otra manera.

Warrick negó con la cabeza. —Cada día que retrasamos es otro día que Kenny sufre. Este es el mejor plan.

—Cogeremos el carruaje que tengo aquí. Preferí no anunciar mi título cuando trabajaba en Hull, por eso no tiene escudo en la puerta. ¿Dónde quieres que te dejen? Es probable que provoques disturbios si caminas por este vecindario vestido así.

Warrick tuvo que admitir que el consejo era acertado. Con sus galas ducales, nadie se atrevería a desafiarlo. Era una verdad incuestionable que las apariencias exteriores importaban.

—La enfermería es probablemente la mejor opción. Puedo caminar desde allí.

Veinte minutos después, su amigo le estrechó la mano. —Envíe un mensaje a la casa —dijo Philip—. Avisaré a las autoridades tan pronto como tenga noticias.

Warrick salió del carruaje a la vista de la Royal Infirmary. Cerró la puerta de golpe por si alguien estaba mirando e hizo un gesto obsceno mientras el vehículo se alejaba y luego se alejó hacia los muelles.

Watkins tenía enemigos: hombres y mujeres a los que había intimidado y brutalizado a lo largo de los años. Warrick esperaba que al menos uno de ellos estuviera dispuesto a ayudar a expulsar al matón asesino de cualquier agujero en el que se hubiera metido.

* * *

Al anochecer, Amelia y Sax salieron corriendo a recibir los carruajes cuando Nelthorpe anunció su llegada a South Ferriby.

Alex cabalgaba a su lado.

Cayendo de rodillas en el patio de la posada, Eliza sollozó, incapaz de hablar mientras abrazaba a Sax.

Las lágrimas brotaron del ojo bueno de Alex mientras desmontaba y levantaba a su hijo en brazos.

Jenny, Rowland, Lady Penelope y Nanny Brown habían viajado con ellos desde Derbyshire, por lo que hubo muchos abrazos y lágrimas.

Sax parecía casi avergonzado de ser el centro de atención, pero finalmente lloró de alegría cuando su padre sacó a Brutus del carruaje. El niño echó sus bracitos alrededor del cuello del perro. Brutus se lamió la cara, claramente feliz de reunirse con su amo.

—Vuestro hijo fue muy valiente —les dijo Amelia a sus padres—. Él mantuvo mi ánimo en alto cuando estaba a punto de perder la esperanza.

El pecho de Alex se hinchó de orgullo mientras revolvía el cabello de su hijo.

Amelia explicó el plan de Warrick de regresar a los barrios marginales para llevar a Watkins ante la justicia.

—De vuelta a la alcantarilla donde pertenece —opinó Lady Penélope.

Amelia se enfureció. —Warrick Farrell es uno de los hombres más nobles que puedas desear conocer, mamá —replicó ella—. Y será mejor que aprendas a respetar a mi futuro marido.

Sus hermanas gritaron de alegría mientras su madre permanecía con la boca abierta.

—Lo sabía —gritó Eliza, abrazando a Amelia y Jenny que ya estaban abrazándose.

Pero fue Sax quien mejor lo dijo. —Me alegro de que Warrick sea mi tío.

Los Harcourt estaban ansiosos por regresar directamente a su casa en Beverly al día siguiente. Warrick la había instado a viajar con ellos, pero Jenny y Rowland irían a la casa de Philip en Hull.

Amelia agradeció que Jenny le sugiriera acompañarla. Regresar a Harrowby Dower House para pasar unos días de ansiedad con su madre no le resultaba atractivo. Al menos en la casa estaría más cerca de Warrick mientras esperaba noticias y rezaba para que nada saliera mal.

* * *

Warrick se dirigió al laberinto de chozas del estrecho callejón donde había nacido y vivido la mayor parte de su vida. Parecía apropiado que una llovizna gris comenzara cuando se paró al final de la calle y arrugó la nariz. Al parecer se había vuelto inmune al hedor de los desechos humanos cuando vivía aquí. ¡Y el ruido! Los bebés hambrientos lloraban, las mujeres borrachas gritaban y decían obscenidades, los perros ladraban, los sucios pilluelos se gritaban burlándose unos de otros.

—Bienvenido a casa —murmuró, entrecerrando los ojos ante uno de los muchachos que pasaba corriendo—. ¿Peter?

El chico hizo una pausa, mirándolo.

—¿Qué te importa?

—¿Es que no me reconoces? —dijo, con los brazos abiertos—. Warrick Farrell.

Pedro negó con la cabeza. —No. Farrell se fue a vivir con un caballero elegante.

Warrick se rió. —¿Es eso lo que dicen? Bueno, ahora soy libre y estoy buscando un lugar donde recostarme.

¿Podría evitar que el muchacho llegara a la conclusión equivocada de que había estado en la

cárcel?

—Algunos de nosotros tenemos un catre. Puede quedarse allí por hoy si los demás dicen que sí.

Temeroso de caer con demasiada facilidad en el inglés del rey, simplemente asintió y siguió al pilluelo.

Hombrecitos duros

Hubo una despedida entre lágrimas afuera de la posada en South Ferriby. Era la última vez que todas las mujeres Saxton se verían, posiblemente en meses. Antes de subir a su carruaje, Eliza y Lady Penélope armaron un escándalo para planear otra boda ducal, y esta última insistió en que la ceremonia tenía que tener lugar en Beverly Minster. Amelia agradeció sus esfuerzos por distraerla de la peligrosa misión de Warrick, pero insistió firmemente en que ella y su futuro esposo serían quienes decidirían los detalles de su matrimonio.

Con una amplia sonrisa, Sax se dirigió al muelle del ferry en New Holland en el regazo de su padre. Amelia viajó con Jenny y Rowland en el carruaje de Wentworth. Su sobrino dormía en brazos de su madre mientras el barco de vapor atravesaba el agitado Humber.

Philip les dio la bienvenida a su casa y les informó sobre los procedimientos legales y la partida de Warrick.

Cansada por el viaje y preocupada por el hombre que amaba, Amelia accedió de buena gana a tomar una siesta antes de cenar.

—Futuro marido —susurró, saboreando la idea cuando estaba sola en su habitación—. Lady Amelia Farrell, duquesa de Beaufort.

La perspectiva era al mismo tiempo estimulante y aterradora.

* * *

Warrick estaba agradecido a los pilluelos de la calle que lo habían acogido, pero su acento y valentía eran un agudo recordatorio de cuánto habían cambiado sus protegidos. La transformación en su comportamiento se debía en gran medida a Amelia. Había sido un tonto al no darle su derecho desde el comienzo de su relación. Su cuerpo y su corazón le decían que ella era la indicada, pero él se había negado rotundamente a escuchar.

Si hubiera brindado más protección a las personas que le importaban, Amelia, Kenny y Sax podrían haberse ahorrado esa terrible experiencia. Era un milagro que Amelia todavía lo amara después de que él insistiera en casarse *bien*. ¿Cómo podría hacerlo mejor que tener a Amelia como esposa y madre de sus herederos? Ella se había hecho un lugar en su corazón y su cuerpo no tuvo ningún problema en responderle.

Una discusión estalló entre dos de los muchachos, lo que lo devolvió a la realidad. Si esperaba regresar a su nueva vida, tendría que mantenerse alerta. Un movimiento en falso alertaría a Watkins, y Warrick podría terminar como cebo para peces en el Humber.

Sin embargo, los muchachos lo recordaban y sabían que había acogido a huérfanos antes de su desaparición. Era sólo cuestión de tiempo antes de que cumplieran con su propósito de que regresaran a los barrios marginales. Las calles los habían hecho precozmente sabios y olfatearían una mentira a la primera. Además, podrían resultar útiles. Era probable que supieran mantenerse alejados de los puños de Joss Watkins.

Sentado en un colchón sucio relleno de paja, en el suelo de un sótano oscuro, con las rodillas pegadas al pecho, aceptó el trozo de pan que le ofrecía Peter.

—Nada más —explicó el muchacho.

La generosidad tocó el corazón de Warrick. Los niños fácilmente podrían haberlo dejado pasar hambre en lugar de compartir lo poco que tenían. —Gracias —dijo, arrancando un trozo de pan duro con los dientes.

—Cuidado con las migajas —advirtió Peter.

Warrick asintió, ya que había notado los excrementos de rata.

—¿Puedo hablar con tus amigos? —preguntó.

—Sí —respondió Peter, inclinando la cabeza hacia los demás. Se pararon a su alrededor como si hubieran estado esperando una explicación. Se tragó el nudo que tenía en la garganta. La escena recordaba demasiado a otro quinteto de hombrecillos duros, con los brazos cruzados y con gorras planas. —He venido buscando a Kenny Watkins —confesó—. Y necesito ayuda.

Lo miraron con cautela, todavía con los brazos cruzados.

—¿Qué es Kenny para ti? —preguntó un muchacho.

Pedro respondió por él. —El es el tipo que acogió a Kenny cuando su padre casi lo mata.

—Kenny es como un hijo para mí —explicó Warrick con sinceridad. —Me lo llevé para empezar una nueva vida, pero su papá vino por él. Freddie el Hurón lo ayudó.

—No he visto ni he sabido de Freddie hace rato —dijo Peter.

Warrick no vio ningún sentido para ocultar la verdad. —Watkins lo asesinó —reveló—. Justo antes de cruzar el río.

—Escuché que Watkins había regresado —ofreció el chico más alto después de un largo silencio. —Debe estar en Bullion Street.

Warrick asintió. Conocía bien Bullion Street. Si iba allí a investigar, era más que probable que se topara con miembros de la Sociedad Corresponsiente de Hull, especialmente si todavía mantenían reuniones clandestinas en uno de los sótanos. El malestar revolucionario aún debía arder intensamente en los corazones de los trabajadores de Hull.

—Puedo ofrecer una recompensa si ustedes, muchachos, están atentos a Watkins o Kenny.

—¿Qué tipo de recompensa? —Preguntó Pedro.

—Dinero —respondió, aunque su mente ya estaba tratando de imaginar alguna forma permanente de ayudar a estos muchachos.

Miraron su ropa con dudas, pero él estaba seguro de que habían notado que había dejado caer el acento.

Ante alguna señal invisible, se alejaron sin decir una palabra más.

Ya con náuseas por el hedor de la choza, Warrick se puso de pie y salió a la calle. Pasar la noche en el *catre de los niños* no era algo que le apeteciera. El lugar no era muy diferente de donde había vivido la mayor parte de su vida, aunque había mantenido su casa libre de alimañas. Alguna que otra cucaracha que podía tolerar. Las ratas y las pulgas definitivamente no.

Afuera, inhaló los familiares olores fétidos, pero también un toque del mar. Se rió entre dientes cuando se dio cuenta de que había extrañado el aroma salado en sus fosas nasales.

Preocupado de que sus antiguos conocidos pudieran reconocerlo, se bajó la gorra, mantuvo la cabeza gacha y se dispuso a explorar algunos de sus antiguos lugares favoritos.

Un defecto en el plan

Despertado por sonidos de movimiento, Warrick se estiró, asombrado de haber dormido en medio de la suciedad. No había ventanas en el sótano, pero una pequeña reja en lo alto de una pared dejaba entrar un rayo de luz. Todos los muchachos estaban despiertos. No hubo conversación entre ellos, lo que no sorprendió a Warrick. Los niños que tenían poco que esperar tendían a perderse pensando en cómo sobrevivir el día siguiente.

El chico más alto, que parecía tener uno o dos años mayor que el resto, estaba agachado junto al colchón de Warrick.

—Dijiste algo de monedas —dijo, con un destello de incertidumbre en sus ojos entrecerrados.

—Sí —respondió Warrick—. ¿Cómo te llamas, muchacho?

—Michael. Hermano de Peter.

—Bueno, Michael. Quizás hayas oído que recientemente obtuve dinero. Puedo hacer más que pagarte por información sobre Kenny Watkins.

—¿Cómo qué?

—Un lugar mejor que éste —respondió—. Buena comida. Escolarización si lo deseas.

Para entonces, los otros chicos se habían reunido a su alrededor. Recibieron la idea con resoplidos de burla.

—No —respondió Michael—La escuela no es para nosotros.

Warrick negó con la cabeza. —Kenny pensaba lo mismo, pero ahora sabe leer y escribir. Eso significa que puede esperar una vida mejor que robar para su padre y terminar en la cárcel o colgado de una soga. ¿No quieres cosas mejores para Peter?

—Sí. Algo que no sea la horca, pero a saber si eso se puede...

—Bueno, cuando lo encontremos, puedes preguntarle a Kenny, Eddie Powell, Tim Cooper, Charlie Hart o Tom Williams. Todos ellos son mis pupilos y darán fe de que soy un hombre de palabra.

Un murmullo recorrió el grupo con los ojos muy abiertos. Habían reconocido los nombres.

—Entonces, ¿qué tenemos que hacer? —Preguntó Michael.

—Cuando encontremos a Kenny, alguien debe llevarle un mensaje a un amigo mío que vive en King's Terrace.

—Eso es una broma —exclamó otro niño—. No podemos ir allí.

Tenían razón. Serían ahuyentados por la gente rica que vivía en ese barrio. —Podríaís dejarle un mensaje en la enfermería. ¿Sería eso posible? Para el doctor Philip Fortescue. Consideró preferible no mencionar el estatus noble de Philip—. ¿Podéis recordar eso?

—Sí —respondió Michael—. Vino a firmar papeles cuando mamá murió de viruela.

Warrick conocía los esfuerzos de Philip para ayudar a erradicar la viruela. Michael y Peter habían quedado huérfanos y sus padres eran víctimas de las duras realidades de la vida en los barrios marginales.

El paseo del día anterior por el barrio le había convencido de que tenía el deber de mejorar las vidas de los niños abandonados de Hull. Había cientos de huérfanos como sus pupilos que necesitaban que alguien interviniera y les brindara ayuda. Estaba seguro de que Amelia apoyaría tal esfuerzo. Sólo deseaba haber tenido la previsión de pensar en el futuro. Esperar que estos pilluelos fueran a la consulta de Philip era como pedirles que nadaran en el Humber.

Al quedar solo nuevamente después de que los niños se fueron, decidió caminar hasta la

enfermería. Había que informar a Philip del cambio de planes. Ya no trabajaba en el hospital pero las autoridades sabrían cómo contactarlo.

Cuando el portero le negó la entrada, se dio cuenta de que tenía una batalla cuesta arriba entre manos. —Soy el duque de Beaufort—insistió.

—Y yo soy el rey Georgy Peorgy —respondió el portero—. Ahora, vámonos.

—Al doctor Fortescue no le agradará que me hayas rechazado. Está esperando un mensajero.

Quizás fue el acento *elegante*, o quizás la mención del nombre de Philip lo que hizo que el portero se detuviera. —Fortescue ya no trabaja aquí.

—Es de vital importancia que alguien lleve un mensaje a su casa en King's Terrace. Es posible que haya vidas que dependan de ello. Dile que se reúna con Beaufort aquí en la enfermería. El mensajero será ampliamente recompensado.

La promesa de monedas disipó la sospecha de los ojos del portero. Warrick había hecho lo que pudo. Tenía que esperar que el mensaje llegara. La alternativa era caminar hasta King's Terrace e informar a Philip del cambio de planes, pero su disfraz probablemente le impediría poner un pie en ese barrio.

* * *

Amelia sabía que no debía desafiar directamente a su cuñado. Philip era un aristócrata con visión de futuro que había arriesgado su vida por el rey y la patria. Pero, aun así, era un hombre, e incluso los hombres ilustrados a menudo pensaban que sabían más.

Por lo tanto, se acercó a su hermana con las preocupaciones que la habían carcomido toda la noche. Philip podría estar más dispuesto a escuchar a su esposa. Con cuidado de no cuestionar el juicio de Philip sobre el asunto, dijo: —Warrick ya debe haberse dado cuenta de que su plan de enviar un mensajero desde los barrios marginales no tendrá éxito—.

El gesto pensativo de Jenny fue un alivio.

—Esperar que lleguen a King's Terrace no es realista.

—Tú y yo podemos ver eso —respondió Amelia.

—Porque, incluso si nacimos en una familia elegante, no seríamos bienvenidas en este vecindario si yo no fuera la duquesa de Wentworth.

—Exactamente.

—¿Exactamente que? —Preguntó Philip, tomándolos por sorpresa cuando entró inesperadamente al salón.

—Nadie de los barrios marginales podría llegar hasta aquí con un mensaje —declaró Jenny.

Amelia contuvo la respiración. Aunque se alegraba de que su hermana hubiera sacado a relucir el fallo del plan, no había garantía de que Philip estuviera de acuerdo.

—Es curioso que digas eso —respondió con una sonrisa—. Acaba de llegar un mensajero. Jenkins lo envió a la enfermería. Parece que Warrick ha llegado a la misma conclusión. Allí debo esperar noticias.

Amelia temía volverse loca aislada en King's Terrace, sin saber lo que estaba pasando. Pero era poco probable que Philip le permitiera acompañarlo.

Jenny vino a rescatarla. —No puedo ir en mi condición—, dijo tímidamente—. Pero Amelia podría avisarme para que no me preocupe.

—Muy bien —dijo con la resignación de un hombre que sabe que ha sido superado en maniobras—. Haré que me traigan un carruaje.

La trampa

Michael regresó al sótano con los ojos muy abiertos por la emoción, seguido por su hermano menor. —Lo encontramos —explicó sin aliento—. Última vivienda en Bullion Street antes del gasómetro. En la buhardilla. Watkins se anda jactando ante sus amigos que ata a Kenny cuando sale por la noche.

—No quiere que su hijo se escape mientras está bebiendo —respondió Warrick.

—Sí, pero...

—Nuestra mejor opción para sacar a Kenny de allí es durante la noche —añadió Warrick, adelantándose al niño.

—Iré contigo, como vigía —ofreció el muchacho.

—No. Peter y tú debéis avisar al doctor Fortescue en la enfermería.

—¿Qué pasa si él no está allí?

—Estará —respondió Warrick, esperando que su mensaje hubiera llegado.

Michael se escabulló.

Por muy tentador que fuera dirigirse inmediatamente a Bullion Street, Warrick se obligó a esperar hasta que las sombras se alargaran antes de salir a liberar a Kenny.

Había caminado por esas calles oscuras antes y no había pensado en ello. Ahora se sentía incómodo y fuera de su elemento. Quizás la vida de un duque rico lo había ablandado. O tal vez simplemente tenía más motivos para evitar el peligro. La gente dependía del éxito del ducado de Beaufort. Tenía el poder de hacer campaña por el cambio social. Por encima de todo, tenía el amor de una mujer hermosa e inteligente que había aceptado ser su duquesa.

Estos pensamientos lo preocuparon mientras subía sigilosamente las desvencijadas escaleras que colgaban tenuemente de la pared exterior de la vivienda junto al gasómetro en Bullion Street.

La desgastada puerta de la buhardilla se abrió fácilmente al empujarla con el hombro. Se sintió aliviado al ver a Kenny atado como un pollo a la olla, aunque la mordaza parecía innecesaria.

—Está bien —dijo suavemente cuando Kenny sacudió la cabeza, con lágrimas brotando de sus ojos muy abiertos—. Voy a sacarte de aquí.

—'Oh, qué conmovedor' —fue una respuesta siniestra.

Warrick se dio la vuelta y levantó los puños mientras Watkins y dos compinches fornidos se tambaleaban hacia él. Había caído directamente en la trampa.

* * *

Lady Penélope siempre afirmó que tenía un sexto sentido. Amelia se preguntó si tal vez habría heredado la capacidad de su madre de saber en el fondo cuándo algo había salido mal. No podía deshacerse de la bola de miedo alojada en su vientre. Warrick había confesado que había regresado apresuradamente de Londres porque tenía la premonición de que a ella le había sucedido algo desagradable. ¿Fue el amor lo que te alertó cuando tu amado estaba en peligro?

—Warrick está en peligro —le dijo a Philip probablemente por enésima vez.

—He enviado un mensaje al Alto Sheriff para que llame a la Guardia Nocturna —respondió, igualmente preocupado—. Nos recibirán en la enfermería.

Cuando llegaron, encontraron a tres agentes maltratando a dos niños desaliñados. El más pequeño de los dos estaba golpeando las piernas de un gigante de dos metros de altura que sujetaba al otro niño por la oreja. Amelia reconoció inmediatamente las gorras planas. Éste era el tipo de muchachos que gravitarían hacia Warrick.

—Ellos son los mensajeros —exclamó.

Philip saltó del carruaje y exigió saber qué estaba pasando.

—Estos inútiles quieren hablar con un médico —se burló el hombre que sostenía al niño mayor.

—Soy el Dr. Fortescue —les dijo a los muchachos—¿Es a mí a quien habéis venido a ver?

—Sí —se quejó el niño, sacándole la lengua al vigilante—. Warrick dijo que te dijera que fue a rescatar a Kenny.

—¿De noche?

—Es el mejor momento. Su padre lo ata en una buhardilla mientras él sale.

La garganta de Amelia se contrajo. Parecía demasiado fácil.

—No me gusta esto —dijo Philip—. Dame las instrucciones para llegar.

—Conmigo —gritó a los vigilantes tras conocer la dirección—. El otro extremo de Bullion Street.

Gruñidos y vacilaciones recibieron esta orden.

—Soy el duque de Wentworth —gritó Philip más fuerte—. Haré que castiguen a cualquier hombre que no cumpla con su deber de salvar vidas esta noche.

Las quejas cesaron.

—Lleva a estos dos héroes adentro —dijo, volviéndose hacia Amelia—. Dile a las enfermeras que te envíe. Prometo sacar a Warrick y Kenny sanos y salvos.

Los vigilantes se alejaron, con las porras en la mano y las linternas en alto, dejando a Amelia sin otra alternativa que llevar a los pilluelos al hospital. Ella pronunció una silenciosa oración de agradecimiento por que Philip y ella hubieran llegado antes de que echaran a los mensajeros.

—Ojalá lleguen a tiempo —dijo el niño mayor—. Hay casi dos millas hasta Bullion Street.

—Warrick nos prometió monedas —dijo su compañero pecoso—. Y más.

Amelia se tragó el nudo que tenía en la garganta. Warrick fue típicamente generoso al querer ayudar a estos niños desfavorecidos. —Bueno, es un hombre de palabra —respondió ella—. Ahora, veamos si podemos encontraros algo de comer.

* * *

Warrick abrió los ojos y los volvió a cerrar rápidamente cuando el dolor le atravesó el cráneo. Inhaló profundamente y luego deseó no haberlo hecho.

—Costillas rotas, probablemente.

Tentativamente, Warrick abrió un ojo y el recuerdo de la paliza regresó al ver a Kenny. Al niño le habían quitado la mordaza, pero todavía estaba atado al marco oxidado de la cama—. Puede que tengas razón —admitió, descubriendo cuando intentó moverse que tenía las manos y los pies atados.

—Gracias por venir a buscarme —dijo Kenny—. Pensé que así sería, pero lo siento... por todo.

—No es tu culpa —jadeó Warrick, luchando contra el mareo. —¿Dónde está tu padre?

—Celebrando con sus amigos —respondió Kenny con disgusto—. Ya debe estar borracho...

—Tenemos que marcharnos antes de que regrese —declaró Warrick.

—¿Y cómo lo lograremos?

—¿No sabes que un chico astuto de barrio nunca va a ningún lado sin una daga en la bota?

Hizo un agonizante intento de alcanzar el cuchillo, sospechando que una costilla rota le había perforado el pulmón.

—Tendrás que conseguirlo —dijo con voz áspera, acercándose a Kenny.

Obstaculizado por sus ataduras, el niño se esforzó durante interminables minutos para alcanzar el arma y finalmente la agarró con ambas manos.

—Libérate primero —dijo Warrick.

Entraba y salía de la conciencia, demasiado débil para ofrecerle aliento mientras Kenny cortaba las cuerdas que lo ataban.

No tenía idea de cuánto tiempo había pasado cuando se dio cuenta de que sus manos y pies estaban libres. —Gracias—, gruñó aturdido, temiendo desmayarse cuando Kenny intentó ayudarlo a levantarse.

—Tenemos que salir de aquí, Beaufort —gruñó Kenny—. Huelo humo.

Galletas y limonada

Mientras Philip y un grupo de agentes más jóvenes corrían hacia el final de Bullion Street, se dio cuenta de dos cosas. En primer lugar, volutas de humo flotaban desde el piso superior y, en segundo lugar, uno de los tipos fornidos que bajaban pesadamente las escaleras exteriores se parecía mucho al bruto que había arrojado a Sax por la borda.

Los vigilantes eventualmente los alcanzarían pero, si el fuego se propagaba, toda la calle ardería en llamas. Philip tenía que actuar ahora. No había señales de Warrick o Kenny entre el grupo descontento que ya se arremolinaba en la calle, por lo que tuvo que asumir que todavía estaban en la buhardilla. Señalando a Watkins y sus compinches, gritó a los agentes:

—¡Detened a esos cuando lleguen abajo!

Observó con horror cómo la multitud reaccionaba a su orden. Se abalanzaron sobre Watkins y sus matones arrastrándolos fuera de la escalera antes de que los agentes pudieran alcanzarlos. Podía entender su ira desesperada. El fuego destruiría sus escasas vidas.

Abriéndose camino entre la multitud, llegó al último escalón y miró hacia arriba para ver a Kenny y Warrick. Pero algo andaba mal. Warrick se agarró a la endeble barandilla mientras Kenny luchaba por mantenerlo erguido. Claramente no estaban en condiciones de apagar el fuego.

—Necesitamos agua allí arriba. ¡Ahora! —Gritó a todo pulmón, esperando que su voz pudiera penetrar la sed de sangre. Subió las escaleras de un salto, sin estar seguro de si los golpes en sus oídos eran los latidos de su propio corazón o los pasos de los hombres que lo seguían.

* * *

Apretando los dientes por el dolor, Warrick se agarró a la barandilla y trató de liberarse del agarre de Kenny.

—Sálvate —instó.

—No es posible, Beaufort —respondió el niño. No me abandonaste.

Warrick pensó que debía estar delirando cuando de repente apareció Philip, sin aliento, le puso una mano en el hombro y pronunció su nombre ahogado.

—Adentro —explicó Kenny—. Alfombras viejas y cosas así. Más humo que fuego.

Warrick se tambaleó y entrecerró los ojos cuando más hombres pasaron corriendo junto a él y entraron en la buhardilla detrás de Philip. Podría haber jurado que de los cubos que llevaban salía agua, pero eso era imposible.

—Cuidado —advirtió Kenny mientras guiaba a Warrick hasta el primer escalón—. Los escalones están mojados.

Si respirar no fuera tan doloroso, Warrick podría comprender lo que estaba pasando.

—A mitad de camino —dijo Kenny después de una eternidad.

—¡Se apagado el fuego!

Pensó que era la voz de Philip, pero mirar hacia arriba era arriesgado.

Una fuerte ovación resonó desde la calle de abajo. Manos fuertes se acercaron para ayudarlo mientras luchaba por mantenerse erguido.

—Ahora estáis a salvo —dijo alguien.

Warrick asintió y dejó que la oscuridad lo invadiera mientras sus rodillas temblaban.

* * *

Amelia estaba sentada en un banco cerca de la entrada principal de la enfermería con un brazo alrededor de cada niño dormido. Había escuchado su charla entusiasta sobre la comida que

les había conseguido. El país se encontraba en una situación lamentable cuando pasteles de té rancios y limonada aguada constituyeron un festín para dos niños pequeños. Entonces, de repente, fue como si hubieran apagado una vela. Se acurrucaron contra ella y se quedaron dormidos. No podía dejar de bostezar, pero la compulsión de mirar la puerta la mantenía despierta.

Minutos, o tal vez horas más tarde, voces y movimientos urgentes la sacaron de su sueño. Apenas podía creer que se había quedado dormida, pero se olvidó de la culpa cuando dos camilleros entraron corriendo. Los ojos del paciente estaban cerrados por la hinchazón y el rostro golpeado y magullado. Estaba casi irreconocible, pero su corazón roto sabía que era Warrick. Ella tomó su mano y se la llevó a sus labios temblorosos, casi cayendo de rodillas con gratitud cuando él sonrió y dijo con voz áspera: —Amelia.

Philip la agarró del brazo mientras se llevaban a Warrick.

—Lo han golpeado mucho, pero sacamos a Kenny. Le mantendré informada.

Con eso se fue.

A través de sus lágrimas, vio a Kenny parado cerca, con semblante inseguro. Él corrió hacia ella al verla abrir los brazos. Sollozando, se abrazaron hasta que Peter le dio un codazo a Kenny y le preguntó: —¿Quieres una galleta de té?

* * *

Warrick escuchó la voz de Philip, pero no pudo entender lo que decía. Cuando intentó responder, su lengua se sentía demasiado grande para su boca. Sin embargo, estaba agradecido por cualquier droga que hubieran usado para aliviar su dolor, y lo único que realmente importaba era sentir la mano firme de Amelia cada vez que regresaba al mundo. Ella fue el ancla que mantuvo viva la esperanza.

—¿Cuánto tiempo? — finalmente logró decir.

—Un día y medio —respondió Philip—. Me gustaría trasladarte a mi casa ahora que te estás recuperando.

—Moverse suena doloroso —admitió.

—Puede que sea incómodo —coincidió su amigo—. Tu pulmón fue perforado por una costilla rota, así que tendrás que tener cuidado de no esforzarte.

—¿No sería mejor para él quedarse aquí? —Preguntó Amelia, entrelazando sus dedos con los de él.

—Tengo que ser honesto contigo —respondió Philip—. Trabajé duro para mejorar las cosas aquí. La enfermería emplea un excelente recolector de insectos cuyo trabajo es eliminar los piojos de los colchones. De hecho, le pagan más que a los cirujanos.

Warrick inmediatamente sintió picazón por todas partes.

Amelia suspiró. —Cuando estuve en Bolton, escuché de un paciente que encontró hongos y gusanos en su ropa de cama. Al hospital lo llaman la *Casa de la Muerte*.

—Desafortunadamente —añadió Philip—. Algunos hospitales son caldos de cultivo para la fiebre. Aquí no hay ventilación y lo que necesitas es aire fresco.

—No me importa dónde esté —respondió Warrick—. Mientras Amelia esté conmigo.

—Yo me ocuparé de los arreglos —declaró Philip.

Convaleciente

Philip contrató a una enfermera para que cuidara a Warrick una vez que lo transportaran a la casa de Hull.

Con creciente impaciencia, Amelia toleró dos días en los que la oficiosa mujer le pedía que abandonara la cámara mientras lavaba a Su Excelencia en la cama, le administraba su dosis de láudano o le cambiaba las vendas.

—Debería cuidar yo de mi prometido —se quejó a Jenny.

—Tú ayudas a alimentarlo —respondió su hermana.

—Quiero decir... eh... otras cosas que tienen que ver con su cuidado.

—Parece que estás celosa.

—¿Y si lo estoy? —ella replicó.

—Hablaré con Philip —prometió Jenny—. Él sabrá qué es lo mejor.

Tentada a responder que Warrick sanaría más rápido bajo su amoroso cuidado, Amelia se mordió la lengua. Esa misma tarde, se alegró de haber guardado silencio cuando Philip le ordenó a la enfermera que le explicara los procedimientos necesarios.

Cómo administrar la cantidad justa de láudano fue fácil de entender y realizar. Darle a Warrick un baño de esponja bajo la mirada crítica de la enfermera amenazaba con resultar abrumador. Ella siempre había sabido que él era un hombre bien formado, pero se sobrecalentaba simplemente limpiando sus brazos desnudos. Su amplio pecho estaba fuertemente vendado, por lo que, por ahora, se libró de la necesidad de atender esa parte de su anatomía. Había bastantes moretones en su torso. Quitar gotas de agua de la línea de cabello oscuro que serpenteaba por su vientre plano provocó floreciera un dolor en un lugar secreto.

El brillo lujurioso en los ojos de Warrick no ayudó a su equilibrio, ni tampoco los frecuentes murmullos de la enfermera de que nada de esto era *apropiado*.

Aún quedaban por abordar las largas piernas escondidas bajo la ropa de cama. —Amelia va a ser mi esposa —le dijo a la enfermera, sonriendo mientras quitaba la sábana—. No me avergüenza que ella me vea en mi peor momento.

Una necesidad de pasar las yemas de los dedos por el vello oscuro de sus poderosos muslos se apoderó de Amelia. Pero fue la lanza que sobresalía orgullosamente de su nido de rizos oscuros lo que atrajo su mirada. Sabía que los hombres estaban hechos de manera diferente pero, si éste era Warrick en su peor momento...

La enfermera indignada huyó de la habitación.

Con los ojos entrecerrados, Warrick rió seductoramente mientras tomaba la mano de Amelia y la enroscaba alrededor de su virilidad. —¿Ves lo que me hace tu tacto amoroso? Mi polla te saluda, muchacha —dijo.

Él la observó atentamente, sin duda para evaluar su reacción. La recatada y formal Amelia Saxton debería haber huido con la enfermera. Pero este era el lado rudo y dispuesto de Warrick que tiraba de la fibra sensible de su corazón y de otras partes más íntimas de su cuerpo. Ella le devolvió la sonrisa y acarició lentamente su impresionante *polla* con la esponja.

—Ya me siento mejor —gruñó.

—Yo también —confesó ella.

* * *

—Su recuperación ha sido nada menos que milagrosa —observó Philip la quinta mañana después del rescate.

Warrick notó una pizca de humor en el comentario. Su anfitrión debía sospechar de su creciente intimidad con Amelia, pero ni él ni su duquesa habían expresado ninguna objeción a su papel como *enfermera*. La verdadera enfermera debió haber declarado su indignación cuando renunció abruptamente, pero Philip solo sonrió con complicidad cuando le dio la noticia.

Las exploraciones de Warrick de los lugares íntimos de Amelia habían ayudado a que su cuerpo sanara más rápido. Mirarla durante su primera liberación sexual lo había fortalecido. Su pequeña protuberancia era muy receptiva. Anhelaba probar sus jugos. Y su evidente aprecio por sus dotes masculinas era, cuanto menos, excitante. No se había sorprendido en absoluto cuando sus pequeñas manos hicieron que su semilla estallara con más fuerza de la que él jamás creyó posible. Se volvió cada vez más impaciente por unir su cuerpo al de ella. Pero no era necesario que nadie más supiera de los placeres que compartían. Que lo sospecharan, si así lo deseaban, pero Warrick ciertamente no iba a traicionar la confianza de su amada.

Sin embargo, su respeto y gratitud por la amistad de Philip se estaban convirtiendo en algo más profundo. Philip le había salvado la vida, pero había más que eso. Entre ellos se había desarrollado un sentimiento de camaradería masculina. A pesar de su comportamiento, ciertamente poco digno de un duque, en la privacidad de la habitación del enfermo, Warrick se sentía menos como un extraño mirando hacia adentro.

Irónicamente, Amelia la plebeya fue la llave que le permitió entrar en el mundo privado de una amistad genuina entre caballeros titulados.

—¿Cuánto falta para que pueda llevar a Amelia a su casa en Cavendish? —preguntó.

—Vamos a sacarte de la cama hoy y ver cómo te sientes a la hora de cenar.

* * *

—Siento que Kenny está ansioso por dejar Hull —le dijo Amelia a Warrick cuando se reunió con él y Philip esa misma mañana—. Está esperando hablar contigo.

—Bien —respondió—. Philip dice que puedo salir de la cama y tengo la sensación de que podría necesitar ayuda para levantarme.

Era tentador decir en broma que normalmente no tenía problemas en ese sentido, pero Philip pensaría menos de ella... aunque, pensándolo bien, Jenny ya había hecho algunos comentarios crípticos...

Sacudiendo la cabeza para disipar la inquietante visión de su hermana en la cama con Philip, abrió la puerta para invitar a Kenny a pasar. Había ido a visitar a Warrick todos los días pero, en esta ocasión, la ausencia de su gorra plana sugería que algo estaba sucediendo.

—Beaufort —comenzó el muchacho sin rastro de acento—. ¿Cómo estás hoy?

—Mejor. Y Wentworth dice que puedo levantarme de la cama, así que necesito tu brazo fuerte para ayudarme.

La mueca tensa de Warrick reveló su continua incomodidad al sentarse, pero la respiración se había vuelto más fácil, una señal de que su pulmón estaba mejorando. Con cuidado, pasó las piernas por el costado de la cama y plantó los pies en el suelo alfombrado. —Esperemos lo mejor —dijo mientras Kenny tomaba un brazo y Philip el otro.

Estar de pie resultó más fácil de lo que nadie esperaba, pero se tambaleó.

—Mareado —confesó.

—Tómate tu tiempo —advirtió Philip—. No esperes hacer demasiado al principio.

—Me siento como un debilucho.

—Sufriste heridas graves. Tu cuerpo tiene que volver a aprender a hacer cosas que antes eran naturales.

Amelia tuvo que apartar la mirada cuando Warrick le guiñó un ojo. Ciertas partes de su

anatomía habían funcionado admirablemente.

—Prueba dar algunos pasos —sugirió Philip—. Te aguantaremos hasta que te sientas estable.

—Es una lástima que Eliza no esté aquí para ayudar —dijo Amelia, sintiéndose esperanzada cuando Warrick finalmente logró dar algunos pasos por su cuenta—. Sus ejercicios y masajes suecos hicieron maravillas para su marido. Alex todavía confía en ellos.

El calor subió a su rostro cuando Warrick respondió: —Tendrás que conseguir que ella te enseñe cómo masajear eficazmente mis dolores y molestias.

Ella esperaba que Philip se sorprendiera, pero se rió de buena gana y dijo: —Tendrás las manos ocupadas con este.

Seguramente estas eran bromas inapropiadas para que las escuchara un niño. Una rápida mirada a Kenny lo mostró mordiéndose el labio inferior, claramente preocupado.

Le había contado a Warrick sobre la valentía del niño y como protegió a Sax durante la terrible experiencia con Watkins. Había compartido la negativa de Kenny a abandonarlo en la buhardilla en llamas.

Estuvieron de acuerdo en que el adolescente fanfarrón había descubierto una fortaleza que tal vez no sabía que tenía y se estaba convirtiendo en un hombre.

—Eso es suficiente por ahora —dijo Warrick con voz áspera—. Me sentaré un rato.

—Me voy —dijo Philip una vez que Warrick estuvo instalado en una silla junto a la chimenea.

Kenny vaciló, aparentemente inseguro de quedarse o irse con Philip.

—Algo te preocupa —dijo Amelia, sospechando que podría ser la reciente noticia de que el cuerpo de su padre había sido encontrado flotando en el Humber.

—Tengo una petición —respondió Kenny, con la mandíbula apretada.

—Si está en mi poder, lo concederé —le aseguró Warrick.

—Ya no quiero que me llamen Kenny.

Amelia intercambió una mirada de perplejidad con Warrick.

El muchacho cambió su peso.

—Kenneth es más... eh...

—¿Maduro? —Amelia suministró.

—Buena idea —, concordó Warrick—. Has demostrado que ya no eres un niño. Kenneth ya es un joven.

Los dos se dieron la mano y Kenneth Watkins se fue con la cabeza descubierta en alto.

De vuelta a casa

Al décimo día de su convalecencia, Warrick fue declarado en condiciones de viajar a casa. Ya había cenado en la mesa de Wentworth durante varios días y quería aprovechar esa última noche con sus amigos para discutir un asunto de importancia.

—Regresar a los barrios marginales me ha obligado a ver que hay cientos de muchachos que necesitan ayuda.

—Chicos como Michael y Peter —dijo Amelia.

—Y Kenny. Lo siento, Kenneth —añadió Warrick con una sonrisa.

Kenneth le devolvió la sonrisa, consciente de que se estaban burlando de él.

—Lo que necesitan es una escuela —sugirió Philip.

—Y Amelia como su maestra —añadió Jenny.

—Por supuesto que no —respondió Warrick—. Amelia va a estar muy ocupada enseñándome cómo ser un duque adecuado. Pero tienes razón sobre la escuela.

—Necesitan más que eso —intervino Kenneth—. ¿De qué sirve ir a la escuela durante el día y luego tener que regresar a casa, a alguna choza?

—Y la exposición a todos los peligros de los barrios marginales —coincidió Philip.

—Tendría que ser un internado —dijo Amelia, expresando los pensamientos de Warrick.

—Una escuela que los alimente, los vista y les ofrezca un refugio seguro además de educación —dijo.

—¿Pero cómo pagarán todo esto? —Preguntó Kenneth.

—No lo harán. Yo pago la cuenta —declaró Warrick, confiando en que Amelia apoyaría el plan.

Ella unió su brazo con el de él. —Estoy muy orgullosa de ti —susurró.

Sentir el pecho de ella contra su bíceps amenazó con distraerlo, pero ordenó sus pensamientos cuando Philip sacudió la cabeza. —No podemos permitir que asumas toda la responsabilidad. Necesitarás un lugar y esta casa estará vacía cuando Jenny y yo regresemos a Lincolnshire. ¿Qué tal un contrato de arrendamiento? Digamos dos libras esterlinas al año.

Warrick reconoció que la magnífica casa valía mucho más. —Los vecinos podrían oponerse —advirtió.

—Bueno, seguiremos el ejemplo de Alex y Eliza y le daremos un nombre prestigioso y solicitaremos a personas del vecindario que formen parte de la junta —sugirió Jenny.

Los ojos de Philip se iluminaron. —Estoy seguro de que Alex estaría encantado de contribuir, ya que vive en este condado y no muy lejos de Hull.

—Harrowby sería perfecto como presidente de la junta —declaró Warrick.

—Entonces —dijo Amelia—. ¿Qué nombre elegiremos?

* * *

Amelia, Warrick y Kenneth pasaron la primera hora del viaje a casa discutiendo posibles nombres para la escuela propuesta. Warrick estaba entusiasmado con los planes que habían hecho para mantener correspondencia con los Harcourt y los Fortescue en relación con el establecimiento de la escuela.

Sin embargo, Amelia vio que los baches estaban pasando factura a sus costillas aún convalecientes y se alegró cuando el láudano que había aceptado tragar a regañadientes hizo efecto y se quedó dormido.

Philip había prescrito unos días de descanso una vez que regresaron a Cavendish Manor,

pero Amelia sospechaba que Warrick dedicaría su energía a contratar personal, constituir una junta, reclutar alumnos, etc.

Estaba ansiosa por colaborar en tan noble empresa y confiaba en que él solicitaría su ayuda.

A medida que pasaban los kilómetros, sus párpados fueron cerrando. Adormecida por el rítmico golpe de los cascos de los caballos, su mente vagaba hacia los acontecimientos de los últimos años. A su familia le habían sucedido tantas cosas improbables... Si su querido papá no hubiera enviado a Eliza al extranjero para estudiar los beneficios médicos del ejercicio y los masajes suecos, Alex Harcourt nunca habría conocido ni se habría casado con la hermana mayor de Amelia. Entonces Jenny no habría conocido a Philip, ya que fue él quien convenció a Alex para que aceptara la ayuda de Eliza. Y si James Hastings no hubiera decidido nombrar a Warrick como su heredero, el hombre que amaba...

Un bache en el camino la despertó de golpe. Esperaba no haber babeado cuando se dio cuenta de que Kenneth la estaba mirando.

—Estaba pensando —dijo, inclinándose hacia adelante—. Beaufort siempre ha sido un tipo noble.

Todavía medio dormida, ella asintió.

—Incluso antes de convertirse en duque, nos acogió a mí y a los muchachos. Le dio una buena paliza a mi papá cuando vino a arrastrarme de regreso una vez antes.

Ella asintió de nuevo.

—Me alegra que vea ese lado de él, señorita Saxton.

Su respiración se cortó. El amor por Warrick brilló en sus ojos.

—Así es y prometo que seré una buena esposa.

—Tiene suerte de haberla encontrado.

El joven se acomodó en su rincón del carruaje. Amelia se vio obligada a revisar sus pensamientos anteriores sobre las relaciones. ¿Fue la suerte lo que unió a personas que se amaban? ¿O era todo parte del plan de Dios?

* * *

Warrick abrió un ojo, complacido de ver que Amelia se había vuelto a dormir. O tal vez, como él, ella nunca había dormido realmente. La pequeña dosis de láudano le había ayudado a aliviar el dolor en las costillas, pero sólo se había quedado dormido.

Él se rió por dentro. El astuto Kenny Watkins era una persona poco probable para inspirar sentimientos paternos, pero sus palabras sirvieron como un agudo recordatorio de que debía buscar la tutela legal de sus muchachos. Su futuro parecía incierto hasta la llegada de Amelia. Ahora veía el potencial para que les fuera bien en la vida.

La tentación de tomar a Amelia en sus brazos era poderosa, aunque sus costillas vendadas pudieran protestar. Dudaba que Kenneth se sorprendiera o que luego se jactara del comportamiento inadecuado del que había sido testigo.

Aun así, Amelia se sentiría avergonzada. Le gustaba que ella proyectara una imagen *adecuada* al mundo exterior, mientras que él había llegado a conocer a la mujer salvaje y sin restricciones que acechaba en su interior. Sospechaba que ella le había permitido ver ese lado de ella porque reconocía que no eran tan diferentes. Anticipándose a años de vida sexual, se movió en su asiento para aliviar la presión que se acumulaba en su ansiosa verga.

A la luz

A Amelia le pareció que todos los habitantes de Cavendish Manor se apresuraban a salir al patio para darles la bienvenida a casa. Se habían enviado mensajes informando al personal de la necesidad de permanecer en Hull unos días, aunque Warrick no había querido explicar los motivos. No quería que los muchachos se preocuparan por él.

—Es bueno ver que ha regresado sano y salvo, Su Excelencia —dijo Wilson, luciendo aliviado. Y la señorita Saxton, por supuesto. Y el maestro Kenny.

Sus ojos se abrieron cuando este último extendió una mano. —Ahora soy Kenneth, Sr. Wilson, y me gustaría disculparme por mi comportamiento anterior. Puedo asegurarles que no habrá más problemas con este grupo.

El mayordomo aceptó el apretón de manos, pero miró perplejo al sonriente Warrick, que se limitó a asentir.

Los chicos incluidos en el amplio gesto de Kenneth se quedaron boquiabiertos, pero la nota de autoridad en la voz de su amigo los hizo asentir en señal de acuerdo.

Tim y Tom, avergonzados, dieron un paso adelante. —Lo sentimos, Kenny —dijo Tim—. Temíamos que tu papá nos matara si le contábamos algo.

—De ahora en adelante será Kenneth —respondió, agachándose—. No os culpo. Él también me aterrizó, hasta que me di cuenta de que no tenía poder sobre mí si no mostraba miedo.

Los ceños fruncidos de Tim y Tom le indicaron a Amelia que no entendían del todo. —Creo que Kenneth está tratando de decir que no puedes dejar que un acosador vea que lo temes. Se alimenta del miedo.

—Entremos —dijo Warrick—. Me encantaría darme un buen baño en la bañera.

Wilson enarcó una ceja, sin duda de que tal declaración no era adecuada para los oídos de una joven de buena educación.

—Por supuesto, Su Excelencia —dijo.

Amelia se sintió satisfecha. Poco sospechaba el mayordomo.

—Por cierto —añadió Warrick—. La señorita Saxton y yo estamos comprometidos. Ella ha aceptado ser mi novia.

Lo siguiente que Amelia supo fue que los muchachos la vitoreaban mientras se aferraban a sus faldas. Todos los sirvientes, incluido Wilson, felicitaron a Warrick por su buena suerte. Su corazón se alegró. Ella estaba exactamente donde pertenecía.

* * *

Warrick apoyó la cabeza contra la bañera de madera.

—Te horrorizará saber que nunca me bañé cuando vivía en Dockland.

—¿Por qué me sorprendería eso? —Respondió Amelia, enjabonando una franela—. Preparar un baño ya era un trabajo duro en nuestra pequeña cabaña familiar en Beverly.

Hablando de duro, el miembro de Warrick ya estaba en pleno saludo anticipando lo que Amelia pretendía con el paño enjabonado.

—Ahora soy adicto al baño —dijo, agarrándola por la muñeca—. Especialmente cuando tengo que eliminar las preocupaciones del día.

—Cuidado —advirtió con una sonrisa seductora—. Me mojarás.

Los pezones rígidos que asomaban por su corpiño húmedo plantearon la posibilidad de que su lugar secreto ya estuviera mojado. Decidió correr el riesgo. —Entonces quítate la ropa y ven aquí conmigo.

Amelia la institutriz vaciló, pero no pudo ocultar el brillo lascivo en sus ojos. —Quizás mi vestido —admitió—. Solo para que no se empape.

Ella le dio la espalda y se sentó en el borde de la bañera para que él pudiera desatar los cordones, luego se quitó el vestido.

Los pechos maduros casi desbordaban el corsé bellamente bordado. Si se inclinaba un poco, apostaría a que aparecerían unos pezones rosados. Sintió como salivaba su boca y pensó que ella se resistiría. Pero a su polla desenfrenada no le importaba.

—Las enaguas también —dijo.

Entre los dos le quitaron las enaguas sin discutir y quedó frente a él con corsé, medias y ligas. Se tocaron íntimamente pero nunca se quitaron la ropa. Su polla palpitaba de admiración. Hambriento por poner su boca en esos ansiosos pezones, se puso de pie, se acercó y la metió en la bañera.

El agua se derramó por la borda cuando se sentó con ella en sus brazos. Ella abrió la boca para protestar, pero él la abrazó con fuerza y sofocó sus objeciones con un beso. Cuando ella se calmó, él miró hacia abajo, satisfecho de ver sus pezones expuestos.

—A veces olvido cómo comportarme correctamente —admitió, lamiendo un pezón.

—Hombre travieso —respiró ella, pasando los dedos por su cabello mojado cuando él succionó con fuerza.

Si ella pensaba que él estaba siendo travieso ahora...

* * *

Amelia se rindió a las sensaciones embriagadoras que recorrían su cuerpo. No le importaba si la sociedad desaprobaba este tipo de comportamiento. Warrick era un hombre que establecía sus propias reglas y ella felizmente seguiría donde él la llevara, como lo demuestra el hecho de que ella estuviera escasamente vestida en una bañera con un hombre.

Las razones por las que ella le permitió tomarse libertades fueron simples. Confiaba en que él nunca la lastimaría y la vida con él prometía ser divertida, emocionante y llena de sorpresas.

Ella dio un suave chillido cuando él se levantó inesperadamente. Los moretones casi habían desaparecido. El agua resbalaba por su cuerpo delgado y musculoso. Era Poseidón surgiendo de las olas, con su virilidad sobresaliendo con orgullo. Presa de un impulso irresistible, ella sacudió la cabeza cuando él intentó levantarla de sus rodillas.

—Déjame probarte —susurró.

—Amelia —respondió con voz áspera mientras su mirada se oscurecía.

Ella enroscó una mano alrededor de su gruesa longitud, lamió la punta y luego se lo llevó a la boca.

Sabía a jabón, pero algo más se apoderó de sus fosas nasales, algo exclusivamente masculino.

—No tienes idea de cuánto anhelo estar dentro de ti—, gruñó él, sosteniendo su cabeza mientras ella mamaba.

—Quiero ser tuya —respondió ella, sus músculos internos se apretaron ante el dolor tembloroso que florecía entre sus muslos.

—Ya eres mía —dijo—. Pero no te quitaré la virginidad hasta que nos casemos. Ambos tenemos derecho a eso. Ahora será mejor que pares o me correré en tu boca.

* * *

Los niños estaban ansiosos por escuchar toda la historia del secuestro y el rescate, por lo que Warrick los reunió en el salón de clases al día siguiente después del desayuno y le indicó a Kenneth que comenzara con su parte del cuento.

El niño contó los horrores de la caminata de cinco días a través de tres condados, atribuyendo la supervivencia de todos a la fortaleza de Amelia y el coraje de Sax. —No podría haberlo logrado sin ellos —insistió.

Amelia negó con la cabeza. —Estoy de acuerdo con Kenneth sobre la valentía de mi sobrino. No lloró ni una vez. No me avergüenza admitir que yo sí lloré... a menudo.

—No la culpamos, señorita —dijo Eddie.

—Pero —continuó— me sentí inspirada a no perder la esperanza porque vi a Kenneth reunir coraje. Sabía que no podíamos salvarnos solos, pero con la ayuda de Kenneth...

—No, señorita Saxton —intervino Kenneth— Fue mi culpa que mi padre la arrojara a usted y a Sax en el Humber.

Hubo un grito ahogado colectivo de la audiencia.

—Tonterías —respondió ella—. Sacrificaste tu propia libertad para que pudiéramos ser rescatados—.

Miradas confusas.

—Su Excelencia me sacó del río —explicó—. El duque de Wentworth salvó a Sax. Sin embargo, mientras tanto, Watkins se escapó al otro lado del río con Kenneth.

—Es como el libro que nos leyó, señorita Saxton —exclamó Charlie. —Excepto que Beaufort es el héroe, no Sir Ivanhoe.

—Entonces, ¿cómo es que Kenneth está aquí? —Preguntó Tom.

—Porque —respondió Kenneth— al igual que un héroe, Su Excelencia se negó a darse por vencido. Él vino a buscarme.

—Sí, bueno —dijo Warrick, avergonzado de que lo consideraran heroico—. Eso no salió según lo planeado. Estúpidamente caí en una trampa y Kenneth terminó salvándome. Él es el verdadero héroe.

—¡Vaya! —exclamó Eddie—. Debería escribir un libro sobre esto, señorita Saxton.

—Tal vez lo haga —dijo.

Preparándose para el gran día

Cuando los hermanos Mawdsley entregaron la orden de tutela, el hermano mayor se alegró mucho de que le pidieran que leyera las disposiciones en voz alta para Su Excelencia.

Amelia escondió una sonrisa cuando Warrick pidió una explicación sobre esta u otra cláusula. Sus habilidades de lectura habían mejorado enormemente. Estaba bastante segura de que ninguno de los abogados sospechaba que él necesitaba su ayuda para entender parte del texto.

Pero su verdadero orgullo residía en la increíble generosidad de su prometido. Había proporcionado una anualidad de cien libras para cada niño, pagadera al alcanzar la mayoría de edad.

Archibald Mawdsley también acompañó a Warrick a visitar al obispo de Southwell en Nottingham para obtener una licencia especial para su matrimonio. Amelia y él confiaron en Archibald para asegurarse de que todos los detalles de la licencia estuvieran en orden antes de presentarla al ministro en St. Werburgh's en Derby.

Amelia envió cartas a su familia tan pronto como se acordó con el ministro la fecha de la boda.

Como era de esperar, recibió una respuesta indignada de su madre por no haber elegido Beverly Minster. Eliza y Jenny le escribieron para expresar su alegría y le aseguraron que estarían allí a pesar de que ambas estaban muy embarazadas.

—Con todos reunidos en un solo lugar —dijo Warrick—deberíamos lograr buenos avances con los planes para la escuela.

Ella también se alegró de tener la oportunidad de concretar los planes, pero esperaba que el establecimiento de la organización benéfica no eclipsara su día especial.

El entusiasmo por las próximas nupcias era notorio entre el personal de Cavendish Manor. Incluso el ama de llaves parecía feliz, aunque debía saber que su amo y su futura ama a menudo compartían la bañera. Fue bueno escuchar a Carlos cantar en voz alta en su idioma. Estaba inquietantemente deprimido después de la paliza y todavía caminaba con la ayuda de un bastón.

Los pupilos de Warrick se comportaron como perfectos caballeros, especialmente después de que se les informó que serían una parte importante del séquito del novio. Kenneth siempre había sido el líder reconocido del grupo. Desde su regreso, había asumido el papel de jefe disciplinario. Cualquier indicio de mala conducta era inmediatamente reprendida.

Amelia temía que tal vez se estuviera volviendo un capataz demasiado duro. —A veces, los niños pequeños tienen que portarse mal —le dijo a Warrick.

—Los niños grandes también —respondió, sonriendo seductoramente—. A pesar de la culpa.

Su comentario la hizo dudar. —¿Debería sentirme culpable de que tú y yo...?

Él entrecerró los ojos. —¿Tú y yo qué? ¿Hemos aprendido a darnos placer mutuamente y mejoraremos aún más? No hay nada pecaminoso en eso.

—Sólo lo pregunto porque no me siento culpable en lo más mínimo —le aseguró—. Nunca pensé mucho en la excitación sexual hasta que te conocí. Ahora deseo tocarte constantemente.

Él la abrazó. —Y lo mejor está por llegar, mi amor.

* * *

Dos días antes de la ceremonia, Kenneth estaba visiblemente decepcionado cuando Sax no llegó con sus padres y su abuela. Warrick tenía la intención de hablar con él más tarde al

respecto, pero Alex Harcourt se acercó al muchacho poco después de bajar del carruaje a su esposa muy embarazada. —Mi duquesa y yo queremos agradecerte personalmente por lo que hiciste para proteger a nuestro hijo —dijo Alex, extendiendo una mano—. Sax nunca deja de hablar de ti y se indignó mucho cuando le dijimos que tendría que quedarse en casa con la niñera Brown en este viaje.

Kenneth cuadró los hombros y le devolvió el apretón de manos. —Es un gran muchacho, Su Excelencia.

—Así es —afirmó Alex, quizás un poco divertido de que se refirieran al futuro duque de Harrowby como un *gran muchacho* .

—Si viajas a Yorkshire, puedes visitarnos en Harrowby Hall —dijo Eliza, su brazo entrelazado con el de Amelia—. A Sax le encantaría eso.

—Sería un honor —respondió Kenneth—. Aunque Yorkshire no tiene buenos recuerdos para mi.

—No —dijo Alex, levantando el parche que cubría su ojo de cristal—.Entiendo como te sientes. Pero sé de primera mano que el tiempo curará las heridas.

Warrick apretó la mandíbula, agradecido de que Alex compartiera con ese gesto su viaje desde la desesperación infernal hasta la felicidad. Una fuerte tos llamó su atención hacia Lady Penélope que estaba parada a su lado.

—¿Bien? —ella preguntó—. ¿Mi futuro yerno me acompañará a la casa?

Estaba a punto de ofrecerle el brazo cuando el carruaje de Wentworth entró en la avenida. Siguieron otros diez minutos de gritos y abrazos. Los Fortescue habían dejado a Rowland en casa. Después de que la sacaran del carruaje, Jenny se contoneaba como un pato.

—Dios mío —le susurró Amelia a Warrick—. Parece que mi hermana podría dar a luz en cualquier día de estor.

Warrick de repente se sintió mareado.

* * *

—Sé que todos sois solo familia —dijo Amelia, agradecida por la mano de Warrick en la parte baja de su espalda mientras se levantaba para proponer un brindis.

—¿Qué quieres decir? *Sólo* familia —bromeó Eliza.

Siguieron risas burlonas.

Amelia se aclaró la garganta y empezó de nuevo. —Siento que he organizado mi primera cena como duquesa de Beaufort y estoy encantada de que nuestros pupilos y mi familia sean mis invitados —ella levantó su copa—. Gracias a todos por venir.

—No me lo habría perdido por nada del mundo —resonó alrededor de la mesa mientras todos, excepto las futuras madres y los muchachos, bebían el vino dulce.

Cuando Amelia se sentó, Alex se puso de pie. —Me corresponde a mí, como el primero en casarme con un miembro de la familia Saxton, saludar a Beaufort como el miembro más nuevo de nuestra tribu.

—Por Beaufort —gritaron todos de buen humor mientras alzaban sus copas.

Amelia sintió la agitación de Warrick mientras permanecía con la mandíbula apretada.

—Perdóname si me emociono —dijo con voz ronca—. A veces apenas puedo creer la buena suerte que me ha tocado.

Amelia contuvo las lágrimas mientras sus invitados asentían.

—No sólo soy ahora un caballero con título...

Sonrisas por todos lados.

—...He sido bendecido con Amelia Saxton como mi novia. La amo más que a mi vida, no

sólo porque es hermosa, inteligente y será la duquesa perfecta (lo sé gracias a las dos duquesas que están aquí esta noche), sino también porque me ha traído al redil de la primera familia de verdad que conozco y que alguna vez haya tenido.

Reinó un silencio conmovedor hasta que Jenny exclamó: —Dios mío.

* * *

Warrick tenía la intención de pedirle a Philip que actuara como su padrino, pero esa idea desapareció como una nube de humo en el momento en que su amigo sacó a Jenny del comedor después de que comenzara el parto.

Llamaron a la partera.

Amelia y Lady Penélope fueron obligadas a ayudar a la apropiadamente llamada Sra. Brest.

Philip fue desterrado del lecho de su esposa.

Los muchachos finalmente fueron enviados a la cama cuando llegó la medianoche y los débiles gritos desde el piso de arriba no habían tenido fin.

Cuando Eliza finalmente accedió a retirarse a altas horas de la madrugada, Warrick, Alex y Philip estaban tomando brandy en el estudio.

Alex se había ofrecido a acompañar a Amelia hasta el altar, por lo que Warrick no podía pedirle que fuera el padrino, aunque había cumplido una doble función en la boda de Philip.

—¿Por qué no le preguntas a Kenneth? —Sugirió Alex, aparentemente sintiendo el dilema de Warrick.

Era una elección tan obvia que Warrick no podía imaginar por qué no se le había ocurrido antes. Algunas personas podrían sentirse ofendidas por su elección de un antiguo pilluelo de la calle (le vino a la mente Lady Penélope), pero Kenneth y él tenían una historia compartida que se remontaba a mucho tiempo atrás. —Le preguntaré. Es una buena idea.

—Nunca es más fácil —murmuró Philip algún tiempo después.

Medio dormido, Warrick no estaba seguro de lo que se había perdido.

—La espera. Este es nuestro segundo hijo, pero estoy aún más preocupado que cuando estaba con Rowland.

—Sé lo que quieres decir —respondió Alex—. Este será el tercero de Eliza y me inquieta mucho. Tan solo la idea de perderla...

Warrick entendió por qué su amigo no podía expresar su peor temor. Un día sería él quien esperaría ansiosamente la noticia del nacimiento de su primer hijo. La perspectiva era a la vez emocionante y aterradora. La muerte durante el parto era algo cotidiano en los barrios marginales, pero la riqueza no garantizaba que no ocurriera una tragedia. Sólo podía rezar para que su Amelia diera a luz a muchos niños sanos sin que nada malo le ocurriese.

* * *

Agotada y abrumada por mil y un pensamientos que corrían por su cerebro, Amelia acarició distraídamente el pelo rubio de la cabeza de su sobrina recién nacida.

—Es perfecta —susurró Jenny—. Espera hasta que tu papá te vea, pequeña...

El parto de su hermana había sido una experiencia reveladora para Amelia. No podía entender por qué Jenny parecía tan radiantemente feliz después de gritar durante diez horas. ¡Y la sangre! Era suficiente para disuadir a una joven de tener hijos, excepto...

—Tiene los dedos de los pies muy pequeños —exclamó.

—Definitivamente se parece a mí —dijo Lady Penélope con cansancio, luciendo más desaliñada que Jenny.

Amelia estaba demasiado cansada para expresar la esperanza de que no fuera una declaración profética.

—Su Excelencia —declaró la señora Brest cuando un Philip demacrado irrumpió en la cámara, con los ojos inyectados en sangre y el pelo como un nido de ratas.

Haciendo caso omiso de las protestas de la partera, fue directamente a la cama y levantó al bebé de los brazos de su sonriente esposa. —Mi pequeña niña —susurró, meciendo a la bebé—. Mi hija.

Amelia cerró los ojos y se tragó el nudo que tenía en la garganta. En su mente, vio a Warrick acunando a su bebé, extasiado, feliz y orgulloso. Un gigante fuerte que mece suavemente una pequeña vida nueva.

Sintiendo que Philip y Jenny debían quedarse solos para disfrutar de su hija, Amelia luchó por recordar qué se suponía que debía hacer ese día.

Se sintió aliviada al encontrarse con Warrick con los ojos llorosos en el rellano fuera de la cámara. Sin duda él también había estado despierto toda la noche. Quizás podrían tomar una larga siesta juntos.

—Han llegado tu modista y su costurera —dijo.

Entonces lo recordó. —Oh Señor. La última prueba. Me caso mañana.

La boda

De pie ante el altar de St. Werburgh con Kenneth a su lado, los recuerdos de Warrick del día anterior permanecían borrosos.

Recordó haber visitado la sastrería local con Kenneth y que le dijeron que era imposible producir un traje adecuado en un día. Sin embargo, vestido como un joven adinerado, su padrino llevaba un impresionante traje de tres piezas hecho a medida. Warrick descubrió que imitar la fingida altivez aristocrática de Philip podía hacer maravillas. Sin embargo, la promesa de un asiento reservado en los primeros bancos para el sastre y su familia también ayudó a lograrlo. *La boda del siglo* podría haber sido una exageración, pero el sastre aprovechó la oportunidad. Al menos significaba que había alguien junto a sus pupilos sentado en el lado de la iglesia de Warrick.

Intercambió una breve sonrisa con su padrino. Había pensado que Kenneth iba a caer rendido a sus pies cuando se lo pidió, pero entonces el joven se enderezó y declaró: —Es un honor, Su Excelencia. Usted puede contar conmigo—. Tenía la sensación de que siempre podría contar con Kenneth Watkins y estaba muy contento de haberlo elegido como su padrino.

—Lo mejor de los británicos.

¿Philip?

Warrick se giró y vio a Philip escoltar a Lady Penélope hasta el primer banco, mientras las escandalosas plumas de su sombrero atraían la mirada de todos. Hasta donde él sabía, no había pavos reales en tierras de Cavendish. Él asintió en agradecimiento por los buenos deseos, asombrado y agradecido de que su amigo se hubiera separado de su esposa y su hijo recién nacido para asistir a esta ceremonia.

Era sorprendente cómo la llegada temprana e inesperada de un bebé podía provocar el caos en un hogar relativamente ordenado. Todos parecían tener prisa por ir a algún lado o hacer algo. La señora Knight recordó un viejo moisés en el ático que Wilson recuperó con la ayuda de Tim y Tom. Carlos entregó formalmente a Philip un medallón de plata de su santo patrón. —Para la niña, cuando crezca —dijo, besando con reverencia el medallón antes de entregárselo.

Y Amelia había estado en todas partes a la vez. Le prepararon el vestido de novia, revisaron los arreglos para el banquete con la cocinera y sus ayudantes, reorganizaron el plano de los asientos, supervisaron la colocación de flores traídas de un invernadero local para decorar el comedor, cortaron toallas para que sirvieran como pañales, obligó a Jenny a consumir un plato de caldo cuando insistió en que no tenía hambre, le ordenó a Eliza que pusiera los pies en alto durante una hora porque ciertamente no necesitaban otro bebé hoy, y estuvo extrañamente preocupada cuando regresó de ver a Jenny amamantar al bebé. Considerándolo todo, ella lo había dejado sin aliento.

Luchó por llevar aire a sus pulmones y dejar atrás los acontecimientos de ayer cuando el organista se lanzó a tocar la música adecuada y Kenneth y él se giraron para saludar a su novia.

* * *

De la extraña forma en que una persona sabe que hay detalles aparentemente sin importancia de un acontecimiento importante que recordará para siempre, la cadencia de la cojera de Alex tendría un lugar permanente en la mente de Amelia. Él marcó el ritmo perfecto y digno mientras la escoltaba por el pasillo.

Un murmullo de desconcierto se abrió paso entre la congregación apiñada en la iglesia. La mayoría de los lugareños probablemente nunca antes habían visto al duque de Harrowby. Era

divertido pensar que la presencia de este hombre digno con el parche en el ojo probablemente proporcionaría más alimento para los chismes locales que el evento en sí. ¡Y una mujer embarazada detrás como dama de honor! ¡Al parecer la hermana de la novia era duquesa!

Ella parpadeó cuando llegaron a los primeros bancos. ¿Estaban esas lágrimas de aprobación llenando los ojos de su madre?

Pero el recuerdo más vívido sería la admiración en la mirada de Warrick cuando Alex le pasó su mano a la de él.

Todo el caos frenético del día anterior se desvaneció. Aparte de la ausencia de Jenny, todo fue como debía ser. Amelia se iba a casar con el hombre que amaba y que a su vez la amaba.

El organista tocó. El coro cantó. El ministro predicó con excesiva extensión y luego pronunció las palabras consagradas por el tiempo. Ella y Warrick hicieron los votos tradicionales, aunque ambos sabían que la ceremonia era simplemente una formalidad, necesaria para el reconocimiento oficial de su unión. El amor y el respeto que compartían eran más profundos que las palabras escritas hace siglos.

Cuando Warrick besó a su novia, Amelia fue vagamente consciente de los aplausos y silbidos de aprobación. Rápidamente se convirtieron en predicciones obscenas de que el beso interminable podría incendiar la iglesia.

* * *

Warrick habría preferido llevar a su novia directamente a la cama, pero Lady Penélope nunca lo perdonaría si Amelia y él no presidieran el desayuno nupcial.

El evento resultó entretenido. Los invitados eran en su mayoría familiares, complementados con miembros de la nobleza de Derbyshire.

Las mujeres quedaron fascinadas por el sombrero de Lady Penélope, que aparentemente se sintió obligada a explicar que estaba inspirado en María Antonieta. Warrick visualizó a la desafortunada reina yendo a la guillotina con plumas de avestruz y pavo real pegadas en el cabello.

Sin embargo, su suegra fue eclipsada por Dorothea Derby Fortescue, quien se robó corazones mientras Philip llevaba con orgullo a su hija por el salón de baile para que todos la vieran. Warrick estaba bastante satisfecho con la decisión de Philip y Jenny de incluir el lugar de su nacimiento en el nombre del bebé.

—Mamá no estará contenta —susurró Amelia cerca de su oído.

A Warrick no le importaba. Si engendraban una hija, ciertamente no pensaba llamarla Penélope. Sin embargo, este no era el momento de expresar esa opinión. En cambio, apretó la mano de su esposa que ya estaba apretada alrededor de su excitación desenfadada, esperando poder llevar pronto a su novia al dormitorio.

Ropa de cama

Amelia se sintió aliviada cuando finalmente llegó el momento de salir del comedor con su marido, aunque echaba de menos tener el calor masculino de Warrick en su mano.

—Un desvío, mi amor —susurró mientras subían las escaleras—. Se lo prometí a Jenny.

Con la mandíbula apretada, asintió.

Dio unos golpecitos ligeros y la señora Brest los hizo pasar al interior de la cámara. —Está bien, patos. No mucho tiempo, claro.

Amelia sonrió. Le gustaba la costumbre de Derbyshire de llamar pato a todo el mundo, pero su sonrisa pronto desapareció.

Jenny estaba sentada apoyada en la cama, las líneas de fatiga estropeaban su belleza. —Dotty tiene un buen par de pulmones —explicó. —Nos mantuvo despiertos la mayor parte de la noche.

Warrick apretó la mano de Amelia y parecía más inquieto que nunca. Estar en el dormitorio de una mujer que recientemente había dado a luz a un bebé aparentemente ponía nervioso a un hombre.

—Hemos venido a mostrarte nuestras mejores galas de boda —explicó Amelia, besando la mejilla de su hermana.

—Ambos os veis maravillosos —respondió Jenny—. Lamento que no podamos irnos ahora para que puedas disfrutar de tu luna de miel sin tener a los Fortescues en casa.

Amelia controló las ganas de resoplar. La idea del duque y la duquesa de Beaufort de una luna de miel implicaba pasar horas dándose placer mutuo en la cama. —Tonterías —respondió ella—. Quédate todo el tiempo que necesites. Que estés aquí no interferirá con nuestros planes en absoluto.

* * *

Warrick sonrió a su novia mientras caminaban por el rellano hacia la cámara principal. —Eres una diplomática nata —dijo.

—Mi hermana no se deja engañar. Ella sabe lo que hacemos—, respondió ella, lanzando un pequeño chillido cuando sus pies dejaron el suelo y él la llevó a través del umbral de su habitación.

Parecía que había esperado una eternidad para hacer de Amelia completamente suya. Su instinto era desnudarse lo más rápido posible y realizar el acto.

Sin embargo, un caballero tendría más delicadeza, empezando por un beso.

Ella abrió la boca fácilmente, provocando su lengua con la suya. Parecía inocentemente reacia a poner las cosas fáciles.

La moderación iba a requerir fuerza de voluntad. Su polla palpitante se burlaba de la idea.

Se dio cuenta de que ella estaba tratando de alcanzar los cordones detrás de su espalda, mientras succionaba su lengua, dejándolo respirar por ella. Él acudió en su ayuda y el corpiño se le cayó de los hombros cuando desató los lazos. Lo bajó aún más para exponer sus senos.

Llenó sus pulmones, rezando para no avergonzarse incluso antes de entrar dentro de ella. Ella gimió cuando él succionó un pezón turgente. Las cosas iban de mal en peor.

De repente, sus miradas se encontraron.

—No te retengas —dijo—. Te quiero dentro de mí, ahora.

Su confesión resucitó al auténtico Warrick.

No supo cómo logró desvestirlos a ambos en un minuto, pero a su feliz miembro no le

importó mientras se deslizaba hacia un calor húmedo. La tensión de su vaina pulsante sólo lo inflamaba más mientras se sumergía dentro y más adentro, una y otra vez. Ella gritaba, clavándole las uñas en la espalda, igualando su ritmo frenético. Tenía que asumir que ella estaba tan embelesada como él no podía parar. Él gruñó su nombre mientras saltaba al abismo de la dichosa liberación.

* * *

Todavía tratando de contar las miles de estrellas detrás de sus ojos, Amelia pasó las yemas de sus dedos por la capa de sudor en la espalda de Warrick.

—Peso demasiado —murmuró en su cuello, aunque no hizo ningún esfuerzo por moverse.

¿Cómo decirle que ella disfrutaba de su peso y que había amado cada momento de ser receptora de su pasión desenfadada? No hicieron el amor de manera suave. —Ahora eres mío —susurró, confiando en que él entendiera que amaba al salvaje y terrenal Warrick.

O tal vez sus gritos de éxtasis habían sido suficientes.

—Perdóname —dijo mientras su virilidad abandonaba su cuerpo y se acurrucaba ante su entrada—. Debería haber atendido tu placer, pero no podía esperar.

—Que me necesitaras tanto fue emocionante —respondió ella—. Y estaba lista.

—Estabas mojada —concordó.

Ella supuso que a él también le había gustado, pero nunca se lo preguntaría.

—Y apretada —añadió.

¿Era eso algo bueno?

Él se apartó de ella y la tomó en sus brazos. —Ese fue el mejor sexo que he tenido —confesó.

Era lo que ella quería oír. ¿No era así?

* * *

Warrick se maldijo interiormente cuando Amelia se puso rígida en su abrazo. ¿Aprendería alguna vez a pensar antes de hablar? —Lo lamento. Eso no sonó tan bien como esperaba.

—Está bien —respondió ella, suavizándose un poco. —No soy tan ingenuo como para pensar que soy la primera mujer que llevas a tu cama—.

—Pero eres la única a la que necesitaré, Amelia. Los pocos otros tenían como objetivo aliviar los impulsos masculinos. Se trata de elevarse a los cielos en un carro de fuego—.

Ella puso una mano sobre su pecho y rozó su pezón con el pulgar. —Entiendo. Cuando sentí tu semilla precipitarse en mi cuerpo...—

Y eso fue todo lo que hizo falta para llamar la atención de su polla. La colocó para poder succionar un pezón y dejó que sus dedos vagaran para acariciar su protuberancia. —¿Te gusta eso?— preguntó cuando un gemido surgió de lo más profundo de su garganta.

—Sabes que sí—, respondió ella con voz ronca.

Cuando él sumergió un dedo en su calor húmedo, ella se arqueó fuera de la cama. Él sofocó sus gritos de éxtasis con su beso, se subió encima de ella y colocó la polla en su entrada. —¿Quieres más, pequeña?— dijo con voz áspera.

—Más, mucho más —suplicó.

Estaba muy feliz de complacer su deseo.

El pabellón de caza

—Ha sido una revelación —confesó Amelia mientras ella y Warrick saludaban con la mano hasta que el carruaje de Wentworth se perdió de vista.

—Por fin solos —dijo, abrazándola.

Parecía que cuidar a los bebés recién nacidos no era algo de lo que su marido quisiera hablar. Había visto poco a Sax cuando era pequeño y sólo tuvo una mínima interacción con Avery y Rowland. Dos semanas de los gritos hambrientos de Dorothea Derby Fortescue en mitad de la noche habían sido suficientes para poner a prueba la paciencia de un santo. Nunca supo cómo Warrick y los muchachos habían dormido durante todo eso. Le habían explicado que el llanto de los niños era algo a lo que uno se acostumbraba en los barrios bajos. Aún así, no quería insistir en caso de que Warrick pensara que eso la había disuadido de tener hijos. Como Jenny decía, era diferente cuando se trataba de tu propio hijo.

—¿En serio? —ella respondió a su comentario, señalando a los chicos que entraban—. ¿Con estos cinco en la casa?

—Al menos no esperan que los alimenten en mitad de la noche.

Así que, después de todo, ¡no estaba sordo a los llantos de un bebé!

—No te preocupes —le aseguró, dándole un beso en la parte superior de la cabeza—. Lo lograremos cuando llegue nuestro turno.

—Lo sé. Serás un padre increíble.

—Lo que me lleva a mi siguiente pregunta —dijo.

—¿Cual es? —preguntó, curiosa por la vacilación en su voz.

—Nuestra luna de miel. Er... estaba pensando que disfrutaríamos unos días recorriendo las montañas.

Ella entendió de inmediato.

—Estoy segura de que a los muchachos les encantaría.

—Yo me encargo —respondió con una sonrisa de alivio.

—Será una maravillosa oportunidad de aprendizaje para ellos —dijo mientras caminaban de regreso a la casa.

—Hablas como una verdadera institutriz. Pero debes darte cuenta de que tendremos que encontrar a alguien más que asuma ese papel.

Sabía que llegaría el momento, pero era difícil afrontar la realidad de que una duquesa no podía ser institutriz.

—Todavía quiero participar en su educación.

—Y la mía, espero —respondió.

—Por supuesto, y puedes enseñarme nuevas formas de complacerte.

—Amelia —respiró él, acercándola a sus brazos—. ¿Empezamos ya?

* * *

Los arreglos para las vacaciones de senderismo propuestas se concretaron una vez que Warrick se enteró por Wilson de que el ducado poseía un pabellón de caza en Peak District.

Convocado desde Derby, un proveedor le proporcionó calzado, ropa, mochilas y bastones adecuados. También les dio detalles de un guía local, en caso de que requieran dichos servicios.

—Quizás sea una buena idea —comentó Amelia—. Hasta que nos orientemos.

Warrick estaba de acuerdo.

—Podría evitar que los muchachos se desvíen y se pierdan.

Incluso mientras hablaba, sabía que eso era poco probable. El comportamiento de sus pupilos había mejorado mucho, pero eran muchachos aventureros que no tenían miedo de enfrentar nuevos desafíos, tal vez un rasgo aprendido en los barrios marginales donde había que enfrentar las duras realidades de frente.

Amelia nunca había aprendido a montar. El armador les informó que el carruaje los llevaría hasta Buxton, desde donde tendrían que recorrer el resto del camino hasta el albergue. Él se comprometió a encargarse de los caballos y Amelia aceptó recibir lecciones de equitación.

Warrick rápidamente adquirió el amor por los caballos cuando llegó por primera vez a Cavendish. Ver a su esposa perder poco a poco el nerviosismo y acomodarse en la silla fue motivo de gran placer. El caballo pronto supo quién tenía el control.

A pesar de las largas noches de intenso amor, adquirieron la costumbre de levantarse antes del amanecer para poder disfrutar juntos de un paseo matutino sin los muchachos.

* * *

La aprensión de Amelia creció a medida que el carruaje se acercaba a Buxton. El terreno ya era montañoso. Durante dos semanas, había disfrutado aprendiendo a montar a caballo por las praderas planas que rodeaban Cavendish Manor. Subir colinas y bajar valles sería un desafío. Los chicos estaban demasiado callados. Quizás ellos también estaban preocupados.

—Lo tomaremos con calma —dijo Warrick, obviamente sensible a su estado de ánimo.

Pasaron la noche en una cómoda posada en Buxton y salieron al patio después de un abundante desayuno. Amelia se había imaginado montando una yegua dócil y elegante. Lo que obtuvo fue un pony con una mirada desafiante en sus ojos.

—Esta es Gertrude, pato, eh, me refiero a Su Gracia —explicó el hombre contratado como guía—. Ella le dirá adónde quiere ir.

Con una amplia sonrisa, Warrick la ayudó a montar.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó, sintiéndose extrañamente torpe.

—Nada —respondió, montando su propio pony.

—Debería reírme yo de ti —respondió ella—. Tus piernas son demasiado largas para ese pobre animal.

El guía abrió el camino.

Rápidamente se hizo evidente que Gertrude conocía el estrecho camino que seguían. Cualquier intento de desviarla fue ignorado. Cuando se detuvieron en un pequeño lago para refrescar a los ponis, Gertrude caminó decididamente hacia el agua para beber, a pesar de los frenéticos esfuerzos de Amelia por frenarla. Se sentía ridícula sentada en medio del lago, sujeta a los caprichos de la bestia peluda. La sonrisa de Warrick no ayudaba en nada.

Cuando reanudaron su viaje, Amelia decidió relajarse y confiar en el pony. Realmente no había otra opción. Se quedó dormida, y de pronto unos gritos la despertaron.

Sorprendida, se frotó los ojos.

—Debo estar soñando —dijo—. Es más grande que nuestra antigua casa de campo en Beverly.

* * *

La vista del pabellón de caza y el número de sirvientes que salieron a recibirlos le hicieron comprender a Warrick la gran brecha que existía entre la aristocracia y la gente corriente. Qué alejado *estaba* de sus raíces. Se había imaginado una cabaña rústica, algo así como la cabaña de un pastor, y le preocupaba hacer el amor con Amelia estando los chicos cerca. —Cada uno podría tener su propia *maldita* habitación en este lugar —murmuró.

Como era de esperar, los muchachos ya habían desmontado y se habían apresurado a

explorar sus alojamientos de vacaciones. Se dio cuenta de que Amelia todavía estaba montada, mirándolo expectante.

—Es más grande de lo que pensaba —dijo después de que él se bajara de su pony y la ayudara a bajar.

—Eso es quedarse corto —respondió.

—Aquí lo vamos a pasar de maravilla —declaró con una amplia sonrisa.

Su felicidad la obligó a salir de su pesar interno. Ella tenía razón. No ganaba nada negando que era rico, ni tenía sentido no disfrutar de los frutos de su buena fortuna. Los muchachos ciertamente merecían esta experiencia, al igual que él y Amelia.

—Ya sabes —dijo, deteniéndose en la entrada llena de cientos de astas de venado y una cabeza de jabalí particularmente intimidante—. Se me ocurre que este lugar bien podría servir como complemento de la escuela que estamos planeando. Una especie de experiencia de aprendizaje al aire libre.

Si alguna vez había tenido dudas de que podría tener éxito como duque, su duquesa las barrió como paja que se lleva el viento.

Epílogo

Cinco años después

—A veces era una persona difícil de llevar —dijo Eliza con voz ronca—. Pero la extrañaremos.

Amelia se quedó mirando la sencilla lápida del cementerio detrás de Beverly Minster. —Ahora son dos Saxton. Papá y su Penélope se han reunido.

—Cuando supimos que no le quedaba mucho tiempo de vida, Alex ofreció generosamente un lugar en el cementerio de la familia Harrowby en la finca —dijo Eliza—. Sorprendentemente, ella no quiso oír hablar de eso...

Tomadas de la mano, las hermanas permanecieron de pie durante largos minutos, cada una perdida en los recuerdos de su extraordinaria madre.

—Será mejor que aparezcamos en el velorio —dijo finalmente Jenny—. Mamá no aprobaría que llegáramos tarde.

Caminaron a la antigua iglesia y bajaron los escalones de piedra hasta el sótano.

El murmullo de la conversación cesó tan pronto como fueron vistas. Eso inquietó a Amelia. Quería insistir en que las varias docenas de dolientes volvieran a consumir los platos llenos de sándwiches sin corteza y *petits fours* preparados por el personal de la cocina de Harrowby Hall.

Warrick la tomó del codo. —Quieren presentar sus respetos —dijo en voz baja.

—Dios mío —exclamó mientras Alex organizaba a los miembros de su familia—. ¿Incluso nuestros hijos?

Apostaría a que el Ministro rara vez había visto una fila de recepción así. Tres duques, tres duquesas y ocho descendientes de nobles. —Mamá estaría orgullosa —susurró, tragándose el nudo que tenía en la garganta.

Como hijo mayor y heredero de un ducado, se podía esperar que Sax tuviera un desempeño sólido, pero Amelia dudaba que sus gemelos de cuatro años mantuvieran el rumbo. Broxton y Beverly nunca permanecían quietos por mucho tiempo. Les daría cinco minutos. Entonces, su hijo tiraría de la trenza de su hermana y se desataría el infierno cuando ella tomara represalias.

Sin embargo, las niñeras mantenían un ojo atento y acorralarían a cualquier hijo descarriado.

La mayoría de los simpatizantes eran desconocidos para Amelia, pero sus condolencias parecían genuinas. Con palabras de pésame como *el alma de la discreción y la paciencia de un santo*, se preguntó si algunos de ellos habían conocido alguna vez a Lady Penelope Saxton.

Sin embargo, se alegró de ver a Kenneth Watkins, que había sido tutor en la Academia Saxton durante casi un año. Ella había propuesto el nombre de la escuela y se emocionó cuando se aprobó. Su intención no era honrar a su madre, como entendían Eliza y Jenny, sino a su padre fallecido hacía mucho tiempo. Había manejado mal las finanzas de su familia con resultados catastróficos, pero estaba decidido a que sus hijas tuvieran una buena educación. Gracias a él, todas sus hijas se casaron bien.

Con Kenneth vino Eddie Powell, de hombros anchos, recientemente designado para administrar la Escuela Wilderness de la Academia Saxton en Peak District. —¿Has tenido noticias de Tim y Tom? —ella preguntó.

—No, Su Excelencia —respondió—. Creo que las cartas del Alto Canadá tardarán un poco en llegar.

—Sí —concordó—. Y no tengo idea de dónde está Fort William. Me han dicho que es un puesto avanzado de comercio de pieles en medio de la nada.

Se había sorprendido tanto como cualquiera cuando el tímido par de repente se volvió aventurero y se inscribió como empleados en la Compañía del Noroeste.

Un apuesto Charlie Hart apareció unos minutos más tarde. Warrick lo había contratado como su ayuda de cámara cuando Carlos decidió regresar a España.

—¿Feliz? —Warrick preguntó cuándo había pasado la última persona en la cola.

—Es un velorio —replicó ella con una sonrisa, sabiendo muy bien a qué se refería—. Se supone que no debo estar feliz.

—Buenos jóvenes caballeros, nuestros pupilos —dijo con orgullo.

—Gracias a ti. Y pronto habrá más. Este año se gradúa el primer grupo de alumnos. Michael y Peter ya han conseguido empleo. Desde que William y Josiah Mawdsley fallecieron, Archibald necesita más empleados que lo ayuden.

—Excelente —respondió.

—Lo que me recuerda que creo que las niñas deberían tener la oportunidad de asistir a la escuela. Tengo la intención de hablar con el Presidente de la Junta de Gobernadores al respecto.

—Er... este año, ese sería yo, cariño.

—Exactamente. ¿Lo hablamos más tarde? Ahora será mejor que vaya a hablar con nuestra hija sobre patear a su hermano, o tu heredero podría quedarse permanentemente sin tripulación.

—Descarada —respondió.

EL FIN

La historia de Anna

Como genealogista aficionada (también conocido como adicta a la investigación de árboles genealógicos), me obsesioné con rastrear mis raíces inglesas hasta la conquista normanda en el siglo XI.

Esto resultó ser una quimera ya que no descendiendo de la nobleza y no se mantuvieron registros para la —gente común— hasta mucho más tarde. Incluso entonces, los primeros registros parroquiales suelen ser indescifrables.

Como resultado, comencé a escribir historias sobre una familia noble medieval que evocaba en mi imaginación. Así nacieron los Montbryce.

Como mucha gente, tenía la compulsión interior de escribir un buen libro. Lo que originalmente pretendía ser un libro sobre mi familia ficticia eventualmente se convirtió en la serie de 12 libros, *The Montbryce Legacy*.

En otras palabras, escribir reemplazó a la genealogía como mi principal adicción y desde entonces he publicado más de 60 novelas y relatos breves. Casi todos son romances históricos en los que aparecen vikingos, montañeses, caballeros medievales, orfebres isabelinos o aristócratas de la Regencia. Puede encontrar más detalles en mi sitio web <https://annamarkland.com/>.

He vivido la mayor parte de mi vida en Canadá, aunque nací en el Reino Unido. Una educación primaria inglesa me inculcó un amor por la historia europea que continúa hasta el día de hoy. Si bien puedo presumir de ser una canadiense orgullosa, en el fondo sigo siendo una muchacha de Lancashire.

Antes de convertirme en escritora a tiempo completo, fui maestra de escuela primaria, un trabajo que amaba. Luego trabajé como administradora para una organización mundial de ayuda en casos de desastre.

Me encantan los gatos, aunque no he podido decidirme a adoptar otro desde que perdí inesperadamente a Topaz hace unos años.

Tengo pocas habilidades domésticas. ¡Notarás que la mayoría de mis heroínas odian coser!

Intento seguir tres sencillas pautas de escritura. Doy rienda suelta a mis personajes para que cuenten su historia, que muchas veces resulta diferente a la versión original que tengo en mi cabeza. Soy un firme creyente en el amor a primera vista. Mis protagonistas pueden inicialmente negar su atracción pero, finalmente, mis héroes y heroínas encuentran a sus almas gemelas. Entonces me parece natural incluir escenas de intimidad que disfrutaban personas que se aman profundamente. Creo que esa intimidad es saludable. La precisión histórica es importante para mí, aunque se me conoce por modificar la historia cuando es necesario. Escribo novelas románticas porque los finales felices me resultan muy satisfactorios.

Puedes encontrarme en todas las plataformas de redes sociales habituales. En Facebook como Anna Markland y Anna Markland Novels, en Instagram como annamarkland y en Pinterest y BookBub como Anna Markland. También tengo un grupo de lectores en Facebook llamado Markland's Merrymakers y los nuevos miembros siempre son bienvenidos.

Por su ayuda para pulir este manuscrito, me gustaría agradecer la colaboración de Sylvie Grayson, Jacquie Biggar, Reggi Alder, LizAnn Carson, Alison Pridie y Maria McIntyre.